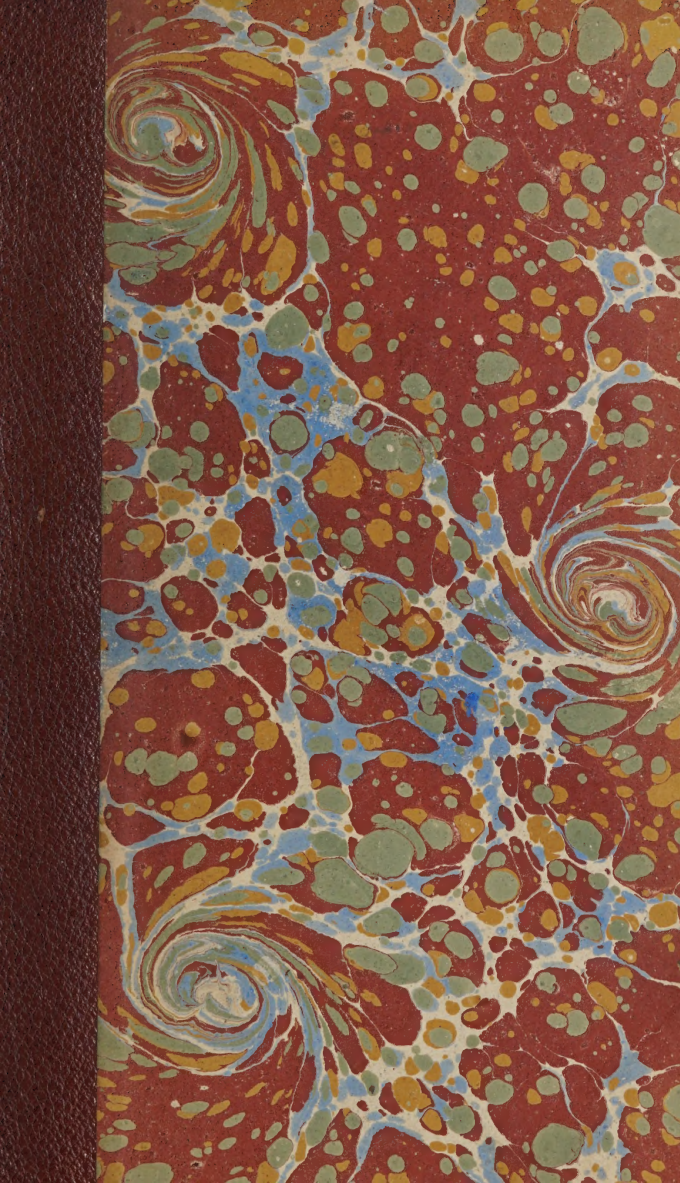
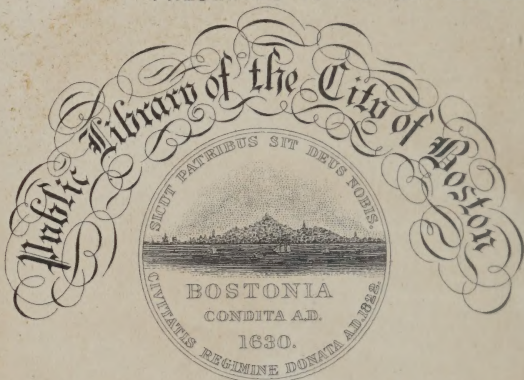




PRESENTED TO THE D. 160b.56



By George Ticknor, Esq.
Received _____ No. _____

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
Boston Public Library

6
BERNARDO

DEL CARPIO.

NOVELA HISTÓRICA,
CABALLERESCA, ORIGINAL.

POR

DON JORGE MONTGOMERY.

Mis arréos son las armas,
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.

Primera Edicion Americana de la última de Madrid.

BOSTON:

SE HALLARÁ EN LA LIBRERÍA ESTRANGERA DE
S. BURDETT Y C.^{IA}

Calle de la Corte, No. 18.

Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESTA CAPITAL

1834.

3942

D. 160 h. 56

NOTA.

ESTA EDICION ha sido revisada y corregida por FRANCISCO SALES, Instructor de Frances y Español en la Universidad de Harvard, Cambirgia, Estado de Massachusetts, Norte-América.

Marzo y 15.

115449

8.5.

Entered, according to Act of Congress, in the year 1834, by
S. BURDETT & Co.

In the Clerk's Office of the District Court of Massachusetts.

BOSTON.
Samuel N. Dickinson, Printer,
52, Washington Street.

ÍNDICE.

	Pág.
CAPÍTULO I.....	3
CAPÍTULO II	9
CAPÍTULO III	13
CAPÍTULO IV.....	18
CAPÍTULO V.....	23
CAPÍTULO VI.....	40
CAPÍTULO VII.....	54
CAPÍTULO VIII.....	62
CAPÍTULO IX.....	69
CAPÍTULO X	80
CAPÍTULO XI.....	87
CAPÍTULO XII.....	99
CAPÍTULO XIII.....	112
CAPÍTULO XIV	125
CAPÍTULO XV.....	130
CAPÍTULO XVI.....	136
CAPÍTULO XVII.....	145
CAPÍTULO XVIII.....	154

BERNARDO DEL CARPIO.

CAPÍTULO I.

Allá va á buscar la caza,
Con aves para volare,
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare,
Con él van sus caballeros
Para haberlo de guardare.

Empezaba el sol naciente á derramar sobre la tierra sus resplandores, vistiendo de oro y púrpura las ligeras nubes, y dorando con oblicuos rayos las altas cimas de los montes de Leon : á medida que se iluminaba el horizonte, iban disminuyéndose las largas sombras que se estendian por el valle de Miduerna, inmediato á la Capital del citado reino ; y naturaleza, ostentando todas sus galas, presentaba una perspectiva entre risueña é imponente, en que se veía por una parte verdear los amenos campos que riega el cristalino Ezla, y empinarse por otra, una cordillera de ásperos riscos y peñascos, que eran la barrera natural del valle. Prevalecía en todo el contorno un profundo silencio, interrumpido tan solo por el balido de alguna oveja, ó por el murmurar de un arroyo, que se agitaba un momento entre las peñas que se le oponían, y seguía despues su curso con plácida corriente : parecía, en fin, que el universo descansaba en

una paz tranquila; cuando se oyó de improvviso el agudo son de una corneta, cuyos repetidos ecos, retumbando de monte en monte, se prolongaron en la llanura. Poco despues asomó por un desfiladero una lucidísima comparsa de Caballeros bizarramente vestidos de caza, y montados en bellísimos caballos. Enderredor de ellos venia gran número de sabuesos y lebreles, tan impacientes por levantar alguna pieza, que no habia mata que no olfateasen, ni espesura que no reconociesen.

Uno de los Caballeros se distinguia de los demas por su noble presencia, y por el lujo de sus atavíos. Debajo de un bohemio, ó capa corta, aforrada con pieles de Armiño, traia un jubon de tela de plata en fondo verde, calzas ajustadas, sombrero con plumas prendidas con un broche de diamantes, y borceguies de tafilete; en la mano un venablo; un cuchillo de monte en el cinto, y sobre el pecho la banda roja; insignia que en lo antiguo casi siempre denotaba una Persona Real. En efecto, el sugeto que se acaba de señalar era don Alfonso II, llamado el Casto, rey de Leon y Asturias, que floreció hácia fines del siglo VIII, y que sin mas recursos que los de un reino tan reducido como el suyo, supo no solo mantener su independencia contra los moros de España, sino alcanzar victorias señaladas contra sus enemigos de fuera.

Era este Príncipe muy amante de la caza de montería; cuya distraccion apetecia ahora con mas frecuencia, á causa de algunos sucesos domésticos que le traian pensativo y disgustado. Habia salido aquel dia, como otras veces, para entregarse á este recreo, y los monteros, que se habian derramado por los

campos, se ocupaban en ojear la caza, cuando saltó de su guarida un valiente venado, que dió á huir con tanta ligereza, que dejaba atras el viento. Al momento sueltan todas las riendas á sus caballos, se abalanzan los perros á seguir el alcance, y se levanta tal algazara de voces, cornetas y ladridos, que parecia llegar al cielo.

El Rey, asi como los demas, seguia á carrera tendida en persecucion del venado; pero la misma fogosidad de su caballo era un estorbo á su ligereza; y no tardó mucho don Alfonso en hallarse el mas rezagado de los cazadores. Con esta ocasion se desvió de la direccion que llevaba, y echó por un atajo, creyendo ganar terreno; pero aun no era mucho el que habia adelantado, cuando llegó á un barranco que era preciso salvar, ó volver á deshacer lo andado. El salto era peligroso, aunque no tanto que arredrase á don Alfonso. Apenas el soberbio bruto sintió las espuelas, se arrojó á pasar aquella sima, y con el esfuerzo que hizo logró poner las manos en el borde opuesto, mas no alcanzó á fijar allá los pies. Veia el Rey que el caballo iba á rodar el barranco, cuando asió fuertemente de las raíces de un árbol que afortunadamente se le ofrecieron á la mano, y desocupando al mismo tiempo la silla abandonó á su suerte al caballo, que fue á parar mal trecho contra las peñas. De la situacion en que se hallaba, salió don Alfonso con algun trabajo, aunque sin lesion alguna, y trató cuanto mas antes de reunirse con los suyos.

Solo, á pie, y sin mas armas que las que se ha dicho llevaba, empezó á caminar por aquellos sitios solitarios, muy lejos de pensar en otra aventura aun

mas peligrosa, que no tardó en sucederle. Al pasar por una espesura le salió al encuentro un enorme jabalí, que erizando las cerdas, y mostrando sus blancos y agudos colmillos, parecia quererle disputar el paso. El impetuoso don Alfonso con poca advertencia y sin el acierto acostumbrado, le tiró el venablo, que no hizo mas de herir levemente al fiero bruto, el cual arremetió entonces á su contrario con ímpetu terrible; y á no haber sido tanta la prontitud con que éste hurtó el cuerpo, fuera sin duda aquel dia el último de su vida. Pasó de largo el jabalí, pero fue para volver á embestir con mayor saña. Entretanto, el Rey, terciando la capa en el brazo izquierdo, echó mano á su cuchillo de monte, y con una rodilla en tierra, se puso á esperar al feroz animal que ya venia sobre él. En tan crítico momento se oyó un grito agudo, y levantando el Rey los ojos, vió alli cerca á un jóven, que en su traje rústico parecia pastor, y que armado de un venablo llamaba para sí la fiera. En efecto, revolvió esta contra el pastor, que la esperó á pie firme, hasta que la tuvo casi encima, y entonces le clavó el hierro entre espalda y espalda con tal destreza, que entró con él la mitad del asta. Cayó el jabalí, revolcándose en su sangre, y rindió la existencia á los pies de su vencedor.

Maravillado quedó el Rey al ver ejecutada tan bizarra accion por mano de un rústico, y de un mozo de tan pocos años que aun no llegaba á los veinte. Y no fue menos su agradecimiento; pues olvidando su dignidad, le echó al villano los brazos al cuello, llamándole su libertador, y prodigándole las espressiones mas lisonjeras. Deseoso de premiarle y favo-

recerle, quiso el Rey saber quién era, dónde moraba, y por qué casualidad habia llegado tan á tiempo á dar un socorro tan importante.

El sencillo pastor, sin turbarse por la presencia del Rey, á quien aun no conocia, no obstante la insignia de la banda, trató de satisfacer sus preguntas, y señalándole la vecina sierra; “ alla dijo, al pie de esos montes, y en un sitio frondoso y retirado, habita un anciano labrador llamado Ruy Velasco, á quien, yo García, debo el dulce título de padre. Apacentar sus rebaños, y defenderlos contra la rapacidad del lobo, son la suma de mis obligaciones: discurrir por estos montes, sujetar las fieras sin armas, y vencer al ciervo en la carrera, son mis ejercicios y pasatiempos; pero ay! cuán diferentes de aquellos á que me llama mi natural inclinacion! Cuando oigo la voz sonora del clarín, cuando veo armado á un guerrero, ó tendidas al viento las banderas de mi Rey, toda el alma se me conmueve, palpita el corazon, y ardiendo en deseos de tomar las armas y ganar un nombre, resuelvo abandonar estas soledades á que mi suerte me ha reducido; pero mi padre, combatiendo mi voluntad, me detiene, me sujeta, y con aire misterioso me dice, aun no es tiempo! Hoy, dejando el rebaño al cuidado de mis mastines, me aparté para descubrir desde esa altura la direccion que llevaba en su carrera un ciervo que entró en el valle huyendo de unos cazadores. Llegué hasta aqui, noté vuestro peligro, y hallando en el suelo este venablo me arrojo á defenderos: lo demas ya lo sabeis. Id ahora, con Dios Caballero, cuya vida prospere el cielo luengos años; pues ya descubro desde aqui á vuestros compañeros,

que sin duda os vendrán buscando. Por esa senda podeis salir á su encuentro ; yo por esta parte me retiro á mi cabaña. A Dios, digo ; y si alguna vez hubiereis menester, para fines honestos, de un brazo robusto y de un corazon sin miedo, acordaos del humilde pastor de los campos de Miduerna.”

“No ha de ser asi, dijo el generoso Alfonso (en cuyo pecho habia ya hecho una impresion profunda la bizzarria de este jóven, su hablar suave, su aire y su fisonomia,) no ha de ser asi ; que si la fortuna ha sido injusta, negándote una nobleza que naturaleza te concedió, á mi me toca rectificar sus yerros, colocándote en parte donde puedas desplegar las nobles inclinaciones que te animan. Y ten por entendido que ni el Rey es mas poderoso que yo para servirte ; á él quiero que te presentes mañana de parte del Caballero de la banda roja ; y quédese lo demas á mi cuidado. Pero antes he de asegurarme de tu persona con esta cadena, que será, por ahora, señal de mi reconocimiento, y prision de tu voluntad. Diciendo esto, le echó una al cuello de inestimable precio ; y García, admitiéndola respetuosamente, se despidió de nuevo, prometiendo, para cuando el astro del dia volviese á campar en la parte del cielo que entonces señoreaba, buscar á su favorecedor en la corte de Leon.

CAPÍTULO II.

Diérale calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Un jubon rico broslado,
Que en la corte no hay su par.

Separándose don Alfonso y el animoso jóven que tan eficazmente le habia servido, se dirigió aquel con sus Caballeros la via de la corte; y este, echando por una senda al través de las montañas, se apresuró á llegar á su rústica morada.

Ruy Velasco, que le vió de vuelta mas temprano que otras veces, se disponia á inquirir la causa, quando García, anticipándose á sus preguntas, le hizo una entera relacion de lo sucedido. Lleno aquel de gozo y admiracion, levantó al cielo las manos y los ojos, y exclamó: “ Oh dia venturoso! oh sábia Providencia! y como se van descubriendo en los sucesos de hoy tus designios á favor de este mancebo!” Volviéndose luego á él, “ En hora feliz, dijo, llegaste á socorrer á ese Caballero, cuya vida importa mas de lo que piensas; pero quédese esto aqui, que en la corte comprenderás toda la estension de tu dicha, y podrás dar principio á la brillante carrera que te ha de conducir al término feliz que el cielo te reserva.”

“ Sea como decis, respondió García; pero si vos no venis conmigo á ser partícipe de mis fortunas, desde ahora renuncio á la corte con todos sus atrac-

tivos, y á cuantas mercedes pueda dispensarme la mano del poder.”

“No ha de ser eso, dijo Ruy Velasco; solo has de navegar ese piélago, en que ya naufragó la nave de mi fortuna. Busca tú la gloria, acomete empresas, arrostra peligros; á eso te llama tu destino, que yo, forzado por mi suerte adversa, á permanecer en este oscuro asilo, solo puedo acompañarte, por ahora, con mis deseos.”

En estos y otros discursos, y en hacer las preven- ciones necesarias para la partida del jóven Velasco al dia siguiente, se pasó aquella tarde y parte de la noche.

Apenas al otro dia asomó la Aurora por las puer- tas del Oriente, se arrojó García de su lecho, y fue á buscar á su padre, que le estaba ya esperando. A- briendo el anciano un arca que hasta entonces habia estado cerrada, sacó de ella cantidad de ropas y galas de un gusto esquisito, y tan ricas, que su brillo des- lumbraba la vista, llenando de admiracion al jóven García que las miraba. Sin satisfacer la curiosidad que éste manifestaba, le dijo su padre que se ador- nase de lo que mejor le pareciese. Al punto obe- deció; y depuesto el rústico traje que hasta entonces habia usado, pareció García, con las galas de corte- sano, tan galan y bizarro, que pudiera dar envidia al mas gentil caballero.

En efecto, naturaleza habia dotado á este jóven de las mas sobresalientes prendas físicas. Su talle era mas que mediano; su cuerpo reunia lo airoso á lo robusto, y lo fuerte á lo delicado, las fuerzas de un Hércules á las gracias de un Apolo. El pelo rubio,

ensortijado ; los ojos grandes y rasgados, y la vista amorosa y suave, pero á veces desdeñosa y fiera, que causaba temor el verle.

Habiéndole equipado así, le entregó Ruy Velasco una preciosa medalla, en que estaba engarzado el retrato de una dama por extremo hermosa ; y encargándole guardase el retrato con especial cuidado sin enseñarlo á nadie menos en algun caso particular, le dijo : “ Esta es tu madre ; sus virtudes son por ahora tu único patrimonio.” Por último, le presentó un arrogante potro aun no muy enseñado á la sujecion del freno, y le echó la bendicion, diciendo con lágrimas en los ojos : “ Parte ya en buen hora, hijo querido, parte á brillar en aquella esfera para que naciste. Pero te prevengo, si llegares á verte en cualquier trabajo, si algun contratiempo turbase el próspero curso de tu vida, que vuelvas á buscarme en este asilo, donde hallarás no solo los consuelos de un amigo y el amor de un padre, sino un remedio en tus cuidados que yo alcanzo y tu aun ignoras.”

“ Ah Señor ! dijo García enternecido, cualquiera que sea mi suerte en lo porvenir, jamas olvidaré esta soledad apacible, ni la inocencia y sencillez de mis primeros años, ni las máximas de verdadera sabiduría que he aprendido á vuestro lado ; jamas se borrará de mi memoria el tierno afecto que he merecido á tan tierno padre, ni dejaré de volver algun dia á vuestros brazos, bien sea para buscar en ellos el alivio de mis penas, ó bien para desahogar mi gratitud en medio de mis glorias.”

“ El cielo guie tus pasos ; dijo el anciano, y te dispense todo el bien que te deseo.”

“Quedad con Dios,” añadió García; y con esto se separaron; el uno para volver á su solitario albergue, el otro para buscar fortuna en la corte del Soberano de Leon.

CAPÍTULO III.

Desque le vió tan gracioso,
De gracias muy singular,
El amor que nunca cesa,
En ella fue á aposentar ;
Tambien se enamoró él de ella ;
Tan grande era su beldad.

Ni bien triste ni del todo alegre, y con la imaginacion fluctuando entre dudas y esperanzas tomó García el camino de la capital, donde llegó á la sazón en que el Rey estaba haciendo un alarde de sus tropas en un campo inmediato á la ciudad.

Al mirar, por primera vez, aquella numerosa y lucida reunion de hombres y caballos, y aquellas evoluciones ejecutadas con asombrosa exactitud ; al oir el confuso huella de los caballos, el crugir de las armas, y las voces de los capitanes, se sintió García animado de un espíritu marcial, y no veia llegar la hora de incorporarse en las filas, y de reunirse á aquellos guerreros. Discurriendo, al mismo tiempo, con los ojos por el campo, con la esperanza de descubrir al caballero de la banda roja, llegó á fijarlos en un grupo de damas que, las unas á caballo, y las otras en literas, estaban contemplando aquel magestuoso simulacro de la guerra. Una de ellas, por su airoso talle, y por la gracia con que regia un hermoso palafren que montaba, se aventajaba á todas las demas, y llamó particularmente su atencion.

Movido de la curiosidad, se fue García aproximando para verla mas de cerca, cuando, á consecuencia de una evolucion ejecutada por las tropas, pasó rápidamente por junto de aquellas damas un escuadron de caballos, y espantándose el palafren de la que nuestro curioso queria ver, con el alboroto que sintió, empezó á correr desbocado por el campo. Conociendo García el peligro de la dama, y que iba entregada á discrecion de su caballo, se apresuró á socorrerla: hincó las espuelas á su potro, y parte como un rayo, en el punto mismo que un caballero, animado del mismo deseo, se arroja á rienda suelta en pos del desbocado palafren. Alcanzaronle entrambos casi al mismo tiempo; pero llegando un poco antes el citado caballero, asió de las riendas del caballo, y le dió tal sofrenada, que resentido el animal, se levantó de manos, y se puso casi derecho. Atemorizada la dama, lanza un grito, pierde el equilibrio, y va á caer, cuando llega García, que la coge en sus brazos, y la pone blandamente en el suelo.

Depuesto en parte el temor que habia concebido, trató la dama de manifestar á este desconocido caballero su agradecimiento por la gentileza que habia usado con ella; lo que verificó, no tanto con palabras, como con ademanes y miradas, mil veces mas espresivas. García, por su parte, contemplaba embelesado los encantos de aquel rostro peregrino, á cuya hermosura daban un realce singular la confusion y la vergüenza. Pero la dulce satisfaccion que entrambos disfrutaban, duró pocos momentos. El caballero que habia concurrido á este lance, y cuya imprudencia estuvo tan cerca de causar una desgra

cia, no pudiendo mirar tranquilo los favores que se dispensaban á García, trató de estorbar que prosiguiese la conversacion, y acercándose á la dama, dijo: “Qué condescendencias! qué finezas con un desconocido! Ea, vámonos ya, Edelfrida, que yo os iré sirviendo. Y vos, hidalgo, ó lo que seais, seguid vuestro camino, y no cureis de acompañar á esta dama, ni de volverla á hablar, porque no acostumbro partir con otro mis cuidados.”

Á pesar del generoso natural de García, el despecho y la indignacion se apoderaron de su ánimo al oir este discurso; é ya iba á estallar su cólera, cuando, la dama, temiendo un suceso trágico, se anticipó á responder por él, y dirigiéndose al atrevido cortesano; “¿Quién; dijo, os ha dado á vos licencia para disponer de mí como cosa vuestra? qué os debo yo? ni qué derechos teneis para constituirmi mi protector sin que yo lo quiera?”

“Si pensara haber errado, dijo Alvar Fañez (que así se llamaba este caballero,) dijera que el amor habia sido causa de mi yerro.”

“Y cuando, replicó Edelfrida, he correspondido á ese amor?”

“Por eso son mis zelos, dijo Alvar Fañez; aunque no debiera un hombre como yo tenerlos de un aventurero que, acaso sin nombre ni calidad, se adelanta á competir conmigo.”

“Descortés y soberbio caballero! dijo García; en menos tiempo que él que habeis gastado para insultarme, supiera yo castigaros, y humillar vuestra arrogancia, sino mirara....”

“¿Hay mas que no mirar? replicó Alvar Fañez, requiriendo la espada con aire amenazador.”

“Pues, señora, perdonad, dijo García á Edelfrida; que ya es fuerza remitir á las armas la satisfaccion de mi honor;” y aun no habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se vió relumbrar su espada alrededor de la cabeza de su contrario. Pero en este punto sintió que una mano vigorosa le detenía el brazo, y volviendo el rostro, vió al caballero de la banda roja.

“Qué enojos son estos? dijo el Rey, quién ha suscitado esta contienda?”

Alvar Fañez, viéndose en presencia del Rey, se hizo un poco atras, y quedó descubierto; pero antes de hacerlo, dijo en voz baja á su rival, “agradeced á Su Alteza si no os he quitado la vida.” Comprendió con esto García que aquel era el Rey, y temeroso de haberle ofendido, queria disculparse, cuando le reconoció don Alfonso, que atajándole el discurso, dijo: “Bien por Dios, García! apenas llegas á mi corte, é ya andas en ella á cuchilladas!”

“Señor, dijo Edelfrida, este caballero no tiene culpa: y cuando la tuviese, yo os ruego le perdoneis por el señalado servicio que acaba de hacerme.”

“¿Y tú, Alvar Fañez, prosiguió el Rey, qué ocasion tuviste para este esceso?”

“Señor, dijo este último, la que ha dado ese mozo que veis ahí; y lo que siento no es tanto el haber sacado la espada, como haberla sacado contra un advenedizo, que aun no me consta que sea caballero.”

“Despacio, Alvar Fañez, dijo el Rey, que á este jóven puedo yo igualarle contigo cuando quisiere; y

no haria mucho en hacerlo, puesto que aun antes que Edelfrida, le era yo deudor no menos que de la vida. Pero acábese esto aqui, y vámonos.” Diciendo esto, dió la mano á Edelfrida, y la ayudó él mismo á subir en su palafren, para quitar asi todo motivo de competencias; y estando ya todos á caballo, puso á esta dama á su derecha, llamó á su izquierda á Alvar; Fañez, y volviéndose á García, le dijo: “Ahora puedes tú venirnos acompañando por el lado que quisieres.”

Bien se deja discurrir que este no iria á ponerse al lado de su contrario, sino que tomaria él de Edelfrida, como en efecto lo hizo, penetrando la intencion del Rey. Asi siguieron, despues de haber desfilado las tropas, hasta las puertas de palacio: y en este intermedio tuvieron lugar García y Edelfrida de entretenerse mutuamente en una varia y dulce conversacion. Ella, bienhallada con el novel cortesano, se complacia en dispensarle mil inocentes favores; y él, recorriendo con sus ojos los hechizos de aquel rostro, iba dando paso por el alma á unos sentimientos para él hasta entonces desconocidos, y á unas sensaciones que aun no habia experimentado su corazon.

CAPITULO IV.

Gallardo pasea Zayde
Puerta y calle de su dama,
Que desea en gran manera
Ver su imágen y adorarla.

Entre las damas que constituian el adorno y las delicias de la corte de don Alfonso, sobresalia Edelfrida, no por la nobleza de su sangre, sino por la elevacion de sus sentimientos, por su estremada hermosura, por su honestidad y modestia. Siendo aun niña, habia cautivado la atencion y benevolencia de la infanta doña Jimena, hermana del Rey, que la vió por primera vez en una aldea vecina, en casa de su madre, una labradora que acababa de quedar viuda. Prendada la Infanta de las gracias de aquella criatura, se la trajo á palacio á una edad muy tierna. Pero muy poco despues ocurrió un suceso que, turbando la paz doméstica de don Alfonso, acarreó el encierro de la Infanta en un convento, y la ruina de uno de los mejores caballeros de Leon. No siéndole permitido á doña Jimena llevar consigo á la 'pequeña Edelfrida, la dejó encomendada á la reina viuda, doña Berta, la cual, por respetos á la Infanta su hija, la tomó bajo su proteccion, la hizo educar con esmero, y por último, la admitió en el número de las damas de su servidumbre.

Los beneficios de la Reina, como semilla consignada á un terreno fértil, produjeron frutos ópimos de

gratitud y correspondencia; y Edelfrida, siempre fiel y solícita en el cumplimiento de sus obligaciones, se mostró tan digna del favor que se le dispensaba que, al fin, se apoderó de todo el cariño y confianza de su señora.

Pero pasados algunos años, y en hora menguada, ocurrió otro acontecimiento no menos doloroso; pues falleció doña Berta, y volvió á faltarle á Edelfrida la proteccion que disfrutaba. En tales circunstancias el rey don Alfonso, penetrado del mérito de esta jóven, determinó ampararla y favorecerla, y al efecto la puso bajo el cuidado de una señora principal de la corte.

Varios eran los caballeros que aspiraban á la mano de Edelfrida, cuya fortuna sabian ellos corria por cuenta del Monarca. Por ella se multiplicaban las fiestas, los torneos, y las demas empresas características de aquel tiempo; pero sin fruto alguno, pues aun no reconocia su candoroso pecho el imperio del amor; ni habia logrado alguno triunfar de la esquivéz de su condicion. Él que mas porfiado andaba en su pretension, era Alvar Fañez, á quien su privanza y el distinguido puesto que ocupaba en palacio, parecia que debian asegurar el cumplimiento de sus deseos. Pero estas consideraciones no hallaron cabida en el ánimo de Edelfrida, que buscaba la felicidad en la simpatía del corazon, y en la conformidad de los caracteres. Él de Alvar Fañez era enteramente incompatible con el suyo, él vano, altanero, presumido; ella modesta, dócil y sencilla; ¿cómo podria haber union verdadera entre dos almas tan distintas? Asi es que las repetidas finezas con que

pensaba él obligar á Edelfrida, lejos de conquistar sus afectos, sirvieron de aumentar mas y mas la aversion que le tenia.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando el lance que se acaba de referir proporcionó á García el conocer á esta dama.

Habiendo llegado todos á palacio, despues de la revista, se despidió la comitiva, y retirándose damas y caballeros, quedó García solo con el Rey, que luego dió las órdenes convenientes para que se le entretuviese cerca de su persona, y que nada le faltase, mientras llegaba la ocasion de emplearle contra los enemigos de la patria.

Edelfrida, entretanto, llegó á su casa pensativa y cuidadosa, y con la imaginacion absorta en los sucesos de aquel dia. Tan impresa estaba en su fantasia la imágen del jóven García, que no acertaba el pensamiento á ocuparse de otra cosa. Toda aquella tarde y hasta bien entrada la noche permaneció en la misma distraccion, sin que para sacarla de ella fuesen parte cuantos esfuerzos hizo, dirigiendo á otros objetos su atencion. Habiasse retirado á su aposento para acostarse; pero en el desasosiego de su espíritu halló imposible conciliar el sueño. Este númen insensible que busca al pobre en miserable cama, y cierra sus párpados en apacible olvido; este, que huye de las suntuosas alcobas de los grandes, y prodiga sus ausilios al humilde pastor en su cabaña, ó al marinero rudo en medio de las tempestades, habia abandonado aquella noche á Edelfrida, cediendo á la influencia de otro númen su enemigo, que habia usurpado su dominio.

En esta disposicion de ánimo se acercó Edelfrida á una ventana, y abriéndola, se puso á disfrutar los halagos del blando céfiro que corria, y á contemplar el magestuoso espectáculo que presentaba la estrellada bóveda del firmamento. Era una noche de otoño, suave y serena, y una dulce y silenciosa calma prevalecia enderredor, convidando á la meditacion, é inspirando las mas plácidas emociones. ; Qué contraste, él que resultaba de la tranquilidad en que yacia naturaleza con la inquietud de Edelfrida, que no sabia apartar de su mente al jóven Velasco ni sujetar los inesplicables afectos que combatian su corazon ! “ Ay de mí, cuitada ! se decia, qué será esto que me sucede ! quién será este forastero que ha venido á turbarme la paz del alma, y á enseñorearse de mi alvedrío ! Ah García ! quien pudiera decirte lo que siento, y hacerte partícipe de mis cuidados ! ”

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando sintió debajo de su ventana el sonido de una vihuela, y los acentos de una voz melodiosa que cantaba de esta manera :

Vagaroso pensamiento,
Que con loca presuncion,
Remontando vas el vuelo
Por llegar al mismo Sol ;

Detente y no quieras ser,
En las llamas del amor,
Abrasada mariposa,
Víctima de la ambicion.

No prosigas pensamiento,
Ni aspire á tanto honor ;
Porque cuanto mas subieres,
El caer será peor.

Mas qué digo ! nada temas,
Pensamiento ten valor ;
Que podrás subir al cielo,
Si está de tu parte el Sol.

Hasta aquí llegó la música ; y Edelfrida, escuchando todavía, no acertaba á retirarse de la ventana ; pues no le era desconocida aquella voz, y aquellos acentos le parecian ser del mismo que tenia ya tanta parte en su voluntad. Y en efecto era asi, porque García no menos desvelado que ella, perdida la libertad y el sosiego desde que vió á Edelfrida, y en fin, enamorado cuanto se puede estar, habia determinado dar un desahogo á su pasion obsequiando con una música á su dama. Al efecto se salió á la calle con la espada ceñida, y una vihuela debajo del brazo, y puesto junto á la casa de Edelfrida, cantó, la letrilla que precede.

Aun no se habia retirado Edelfrida : su decoro y el respeto que se debia á sí misma la tiraban hácia dentro, al paso que la curiosidad, la inclinacion, y por decirlo de una vez, el amor, la detenian donde estaba. Al fin, determinó cerrar, pero aun no lo habia hecho, cuando oyó que pronunciaban su nombre y conoció que era García que la llamaba.

“Qué me quereis, García ? le dijo, qué pretendeis á estas horas en este sitio ?”

“Señora, respondió aquel, perdonad mi atrevimiento ; yo mismo no me entiendo ; mis desvelos no me dejan una hora de reposo. Siento un mal que me atormenta y me halaga, que me mata y me da la vida, y que me tiene tal, en fin, que me parece que

solo vivo cuando oigo los acentos de vuestra voz, ó cuando me alumbra la luz de vuestros ojos.”

“Mirad, dijo Edelfrida, que aqui no estais seguro : si os ven, corre peligro vuestra vida.”

“Mas temo dijo García, el ceño de vuestro rostro que veinte espadas : seais vos para mí benigna, mas que venga despues la muerte : merezca yo vuestro favor, y declárese contra mí el mundo entero. En fin señora, compadeceos de una pasion que vos habeis inspirado, que me obliga á pedir os correspondencia, y que pienso ha de acabar conmigo si me cerrais las puertas de la esperanza.”

“¿ Por qué me pedís, lo que ya os he concedido ? dijo Edelfrida ; por qué quereis saber lo que ya mis ojos os han dicho ? Teneis amor ? juradlo ; pero no, no jureis, que en el tribunal del amor dicen que no hay castigo para los amantes perjuros. Pero yo pierdo el discurso ; corrida estoy de mi ligereza ; perdonad, García, y quedad con Dios.”

“ Esperad, Edelfrida, oid señora,” dijo García ; y deteniéndose aquella para escuchar lo que diria, oyó, no los acentos de su amante, sino un ruido confuso de voces y cuchilladas.

“ ¡ Muera el atrevido ! decian unos ; con la vida se pagan los agravios, gritaban otros ;” y á vueltas de este ruido se distinguia la voz de García diciendo : “ ¡ Traidores ! no porque venis tantos contra uno, he de volver un paso atras : ahora vereis, cobardes, lo que pueden este brazo y esta espada ;” y entonces pareció encenderse mas la contienda ; pero la oscuridad de la noche no permitia distinguir lo que pasaba.

Edelfrida, con el dolor y vergüenza que tenia de pensar que por su causa sucediese algun desastre, ni acertaba á pedir socorro, ni sabia que partido tomar. Quisiera ella desprenderse de sus pocas fuerzas para prestarlas á García, ó que sus ojos fueran rayos para matar con ellos á los enemigos de su amante.

De allí á un rato pareció disminuirse el furor de los combatientes; poco á poco cesó de todo punto el ruido de las armas, y quedó restablecido el silencio de la noche. Algunos criados de la casa de Edelfrida, á quienes habia despertado este alboroto, salieron con luces para reconocer la calle, pero ya era pasada la refriega, y nada vieron ni hallaron por donde descubrir á los autores de ella. Esta circunstancia sirvió de no poco consuelo á Edelfrida, que, por lo menos, podia lisongearse de que García no habia sido muerto. Empero el temor de que hubiese quedado mal herido, y él de las consecuencias que podria tener este suceso, la llenaron de tristeza y pesadumbre; y con estas imaginaciones se retiró al descanso de su lecho, para esperar con la luz del dia la solucion de tantas dudas.

A la mañana siguiente, y aun antes que empezase á reunirse la corte, se dirigió Edelfrida á palacio con otras damas, haciéndosele siglos los momentos que tardaba en ver á García. Ya estaba el salon lleno de caballeros, y este deseado objeto no parecia. Desesperada y afligida, se abandonaba ya Edelfrida á los mas tristes presentimientos, cuando vió entrar á García, que ya desde la puerta le dirigió una mirada espresiva de su amor, y del triunfo que la noche pasada habia alcanzado de sus enemigos. Empero,

venia con semblante descolorido, y con un brazo suspendido de un cendal, cuya última circunstancia, al mismo tiempo que alarmó á Edelfrida, llamó la atencion del Rey.

“¿Qué tienes García? quién te ha herido?” dijo don Alfonso.

“Señor, respondió García, no me es posible señalar por su nombre al autor de esta herida, porque la recibí en la oscuridad de la noche, defendiéndome contra una cuadrilla de cobardes que me acometieron á traición. Ni quiero quejarme de ellos; porque al fin no fueron sino los satélites de un mi enemigo, que los dirigia y acompañaba.”

“¿Y ese no sabes tú quien sea?” dijo el Rey.

“Señor, respondió aquel, yo no lo sé, pero el alma lo sabe, y me lo está diciendo á voces; pues hay casos en que el corazon alcanza mas que los sentidos.”

“¿Ni aun señas puedes dar?” añadió el Rey.

“Sí, señor, dijo García, y tales que os han de causar sorpresa: ved aqui esta venera que, luchando con uno de mis agresores, le arranqué del pecho.”

“¡Cielos! exclamó don Alfonso, al poner en ella los ojos, la misma con que yo habia condecorado á Alvar Fañez;” y levantándose en el salon un murmullo general, se dirigieron los ojos de todos sobre Alvar Fañez, que se hallaba presente, y que se esforzaba por ocultar con una serenidad afectada su vergüenza y confusion.

“Alvar Fañez, dijo el Rey, con tono severo y semblante airado, niega este hecho, y prueba tu inocencia, ó prepárate á dar una satisfaccion completa, en los términos que requiera el ofendido.”

El silencio que guardó Alvar Fañez convenció á todos de que él era el autor de aquella traición; y García, valiéndose de esta pausa, se dirigió al Rey diciendo: “Si merezco á vuestra Alteza alguna consideracion, si os interesa mi honor, dignaos de concederme plazo y campo seguro para que, como caballero, pueda tomar de Alvar Fañez la satisfaccion de mis agravios, peleando en combate singular, á pie ó á caballo, y con las armas que él quiera.”

Al oir esto, se adelantó Alvar Fañez, y mirando á García con desprecio, dijo: “Hombres como yo no dan satisfaccion sino á sus iguales;” y volviéndose al Rey, añadió: “Vuestra Alteza sea servido de mirar que soy caballero armado, y que sus propias manos me dieron la orden de caballería, y me ciñeron esta espada. Lo cual digo, porque para entrar yo en campo cerrado con él que me reta, ha de acreditar él que pertenece á esta orden; pues es ley que los que han alcanzado el honor de ser admitidos á ella, no pueden medir las armas en batalla aplazada sino con los de su misma clase.”

“Decis verdad, respondió el Rey, asi lo previenen las leyes de la caballería, y pues vos quereis valeros de esa ventaja, á García no le queda sino la alternativa de remitir á mi autoridad vuestro castigo, ó esperar á que por su valor y sus hechos merezca ser armado caballero, para satisfacerse entonces por sí mismo.”

“Eso pido, dijo García; vuestra Alteza me dé ocasiones en que pueda ganar por mis manos este honor; envíeme contra el moro: que desde hoy he de ser rayo de la guerra y terror del enemigo.”

Los deseos que tenia García de entrar en la carrera de la gloria, no tardaron en cumplirse. Algunos caballeros jóvenes estaban á la sazón disponiendo una correría por la frontera de los moros, para hacer su ensayo en el ejercicio de las armas, y como acudiesen al Rey para que les diese un capitan, les presentó don Alfonso á García, que desde luego fue admitido con aplausos.

Aquel mismo dia recibió el jóven capitan de manos del Monarca una armadura completa para su persona y los correspondientes arreos de guerra para su caballo. Las armas eran azules, con ataujía de oro: el casco tenia por cresta un leon de lo mismo, al que hacia sombra un frondoso penacho de plumas negras: su espada la misma que solia traer: y el escudo, una plancha de bruñido acero, pero lisa y sin mote ni divisa, porque su dueño aun no habia adoptado alguna.

Si con las galas de cortesano era García bizarro cuanto se puede encarecer, armado ahora como guerrero, causaba á todos admiracion tanto por su aire marcial como por su gentil presencia. El Rey, prevenido ya en su favor, le despidió con demostraciones las mas afectuosas y lisonjeras; y aun Edelfrida, á quien García no pudo dejar de ver antes de su partida, se apartó, en esta ocasion, de su natural recato; y le dispensó una prueba de su cariño, adornandole pecho y espalda con una banda carmesí curiosamente bordada por sus manos.

CAPÍTULO V.

Un honroso pensamiento
De su voluntad le lleva
De su patria desterrado,
Por hacer del hado prueba.

La guerra que en aquella remota época sostenian los valientes montañeses de Asturias y Leon contra los Alárabes, dueños ya de la mayor parte de España, se reducía esencialmente á cabalgadas, ó correrías, y á sorpresas de lugares y castillos. Para esto daba suma facilidad la aspereza del terreno, y el genio de los habitantes que se avenia mejor con este género de guerra que con el de batallas en campo raso.

Por otra parte, las fuerzas y recursos de un reino tan limitado no permitian que se emprendiesen amenudo las grandes operaciones militares. Asi es que la defensa de la patria estaba encomendada en gran manera al valor personal de los grandes y caballeros, que salian al campo con sus vasallos, y rondaban la frontera del enemigo en pequeñas partidas; porque en aquel tiempo todo noble era militar, y aun los hidalgos servian en las filas como soldados. De aqui se originaron tantas empresas brillantes y hazañas caballerescas como se refieren en el discurso de las guerras con los moros; y por este medio aspiraban á la gloria los jóvenes alentados y briosos; á

cuya clase pertenecian los que, bajo la conducta de García, salieron en corto número á hostilizar al enemigo.

Dejando atras los elevados montes que rodean la capital, se dirigió García con su pequeña escuadra, entre Búrgos y Bribiesca, y atravesando la sierra de Orbion, llegó finalmente á las márgenes del Ebro.

Hallándose ya sobre la frontera enemiga, fue discurriendo por ella en busca de algun castillo ó torre que pudiera tomarse por sorpresa, y que en una necesidad le sirviese de asilo y proteccion. Para esto, y por ser tan corta la fuerza que llevaba, le convenia proceder con toda precaucion, evitando las poblaciones, y caminando muchas veces de noche.

Era una muy serena y apacible, y campeaba en el firmamento la luna, ocultándose á veces detras de alguna nube, y á veces apareciendo en todo su esplendor, cuando cabalgaron estos valientes para ir á reconocer un castillo de moros que estaba no muy lejos, y cuyo alcaide, segun noticias que tenian, se hallaba ausente. A poco de haber andado, y al llegar adonde torcia el camino, uno que iba delantero descubrió un ginete que venia hácia ellos, y que, al parecer, traia otra persona á la grupa. Avisado de ello García, mandó inmediatamente á sus compañeros que se colocasen emboscados á una y otra parte del camino, y que á una voz suya saliesen, y rodeasen al caballero para prenderle. Esta orden fue luego obedecida; y siguiendo el ginete su camino, se acercó hasta que á los rayos de la luna se pudo ver distintamente su persona y sus arreos.

Era un Moro de hermosa presencia, y en la flor

de su edad: venia primorosamente ataviado al uso de su nacion, y armado á la ligera con solo lanza y cimitarra. Montaba un arrogante caballo, encubertado con una piel de búfalo; y á las ancas traia una bellissima mora, en cuya persona brillaban el oro y la pedrería.

Habiendo llegado al parage donde le estaban esperando, da García la señal, salen al punto sus camaradas, y ciñen al Moro enderredor, intimándole que se dé á prision. Pero este, sin responder palabra, y poniendo su lanza en ristre, arremete á los que encuentra delante, para abrirse paso y salvarse con la fuga; lo que hubiera conseguido, á no sucederle la desgracia de caérsele la dama al suelo sacudida por la accion violenta del caballo. Viendo el Moro que le faltaba aquella prenda que estimaba en mas que su vida, y que su dama quedaba en poder de sus enemigos, revolió contra estos, é hiriendo á unos, y atropellando á otros, entraba y salia con tal denuedo, que llenó á los cristianos de admiracion y de asombro. Al fin, rota la lanza, herido el caballo, y sin mas armas que el alfange, tuvo por bien acceder á las voces y ruegos de García que, prendado de su valor, le decia que se rindiese, con la seguridad de que él y su bella Mora serian tratados con todo honor y cortesía.

Quedando asi cautivos él y ella, trató García de consolar á entrambos con palabras halagüeñas y esperanzas de libertad. Pero el valeroso Moro lejos de admitir los consuelos que se le ofrecian, no hacia mas que suspirar y gemir, y volver tristemente los ojos sobre la interesante compañera de su des-

gracia. “Oh Zaida! decia, Zaida, mi bien, mi vida! ; quién dijera que en tan breves momentos habia de perderse el fruto de tantas ansias y de tanto amor! ; quién creyera que tan presto pasaria yo desde el colmo de la felicidad al extremo de la desdicha! oh enemiga fortuna! oh malogradas esperanzas!” y diciendo esto lanzó un profundo suspiro, volvió el rostro, y se lo cubrió con las manos para ocultar los efectos de su dolor.

Habíansele asomado al Moro las lágrimas á los ojos, y habia querido ocultar esta debilidad á los que le estaban mirando; pero no lo pudo hacer tan pronto que no lo notase García, el cual, admirado de que en un mismo pecho cupiesen tanta flaqueza y tan gran valor, dijo á su dolorido prisionero “¿Qué haces, Moro valiente é incomprensible, que así te dejas arrebatar de un esceso de dolor? ¿cómo, siendo tan intrépido en las batallas, eres tan pusilánime en la desgracia? ¿cómo, si no ha un momento que en lo fuerte parecias mas que hombre, ahora, en lo débil, te asemejas á una muger?”

“¿Qué quieres, noble Cristiano? dijo el Moro; tú, quizá, no has probado aun las dulzuras del amor; y no sabiendo lo que es amar y ser amado, no comprendes lo que cuesta la pérdida de un bien precioso, adquirido con mil afanes y despues de una larga solicitud. Aun bien si pudiera ofrecerte un rescate competente por la libertad de esta dama; ¿pero qué galardón, qué tesoro bastará á redimir esa joya inestimable que la fortuna de la guerra ha hecho tuya? Así pues, no estrañes la pena que siento, ni las quejas que pronuncio.”

“Anímate, valiente Moro, dijo García, y no pierdas las esperanzas; que aun puede tener remedio tu desgracia. Pero dime quién eres y adonde ibas.”

“Mi nombre es Abindarraez, respondió el Moro, y soy Alcaide del castillo del Carpio, que apenas dista de aqui una hora de camino, y cuya defensa y guarda me encomendó el Rey de Zaragoza, Marsilio mi Señor. Poco despues de haber tomado el mando, como viese yo la quietud que reinaba en la frontera, donde en muchos dias no se habia presentado un enemigo, determiné pedir al Rey licencia para volver á Zaragoza, con el objeto de celebrar alli las bodas que tenia tratadas con Zaida, que es la dama que está presente. Obtenida la licencia, me ausenté de mi fortaleza (ah, nunca me ausentara!) pasé á la capital, y recibí al pie del altar la mano de mi Zaida y el premio de seis años de amores, siendo yo preferido entre muchos que solicitaban la misma dicha.

Lograda esta pretension, y no teniendo por que permanecer en Zaragoza, volví á ponerme en camino para restituirme al Carpio, trayendo conmigo á Zaida. Sin curar en peligros, y ocupada la imaginacion con mil ideas halagüeñas, veniamos mi esposa é yo, alegres y descuidados, cuando llegamos á este azaroso sitio, donde en un punto se nos ha convertido en tristeza la alegría, y las glorias en confusion.”

“Moro, dijo García, si quieres quedar libre, y cobrar tu querida Zaida, entrégame el castillo del Carpio, y no dudes que te cumpla la palabra.”

“¡Entregar yo mi castillo! exclamó el Moro; ¡comprar yo mi libertad á costa de mi honor! ah, tú no conoces á Abindarraez: ese castillo no se gana sino

con las armas en la mano, ni se entrega sino con la muerte de su Alcaide.”

“Hablas como buen caballero, dijo García; y pues abrigas tan nobles sentimientos, quiero ahora hacerte otro partido mas honroso. Ofrezco remitir al éxito de un combate singular entre nosotros tu libertad y la de tu tierna Zaida, que desde aquí te prometo, si ganares tú la victoria; pero ha de ser condicion, si venciere yo, que me pongas luego en posesion de tu castillo.”

“Confiado estás, Cristiano, en tu valor, dijo Abindarraez; pero yo tambien me precio de valiente, y por que veas en cuan poco estimo el riesgo de este lance, desde luego admito la propuesta, y digo que cumpliré las condiciones si fuere vencido, siempre que tú me certifiques de cumplirlas por tu parte si la victoria fuese mia.”

“De hacerlo asi, dijo García, empeño mi palabra como cristiano caballero.”

“É yo, dijo Abindarraez, prometo á fe de noble musulmán, no faltar á este contrato.”

“Pues con ese seguro, añadió el primero, libre quedas por ahora, valeroso Abindarraez: parte ya con tu amada esposa, y vuelve al Carpio; que mañana, cuando los albores del oriente anuncien el nuevo dia, me verás bajo los muros de tu fortaleza para poner en ejecucion nuestra batalla.”

¡Ay de tí! si al Carpio vienes, dijo el Moro.

¡Ay de tí! si al Carpio fuere, respondió el Cristiano.

“Alá te guarde,” añadió Abindarraez; y volviendo á ponerse á caballo con su esposa, partió alegre la vuelta de su castillo.

La generosa resolucion de García no solo mereció la aprobacion de sus compañeros de armas, sino que fue celebrada con aplausos. Retiráronse á descansar lo que restaba de la noche ; y apenas al dia siguiente empezó el sol á derramar sobre la tierra sus resplandores, volvieron á cabalgar para ir al castillo del Carpio, que era el mismo que la noche pasada habian salido á reconocer.

Llegando alli, vieron una fortaleza de fábrica morisca, ceñida en torno de un profundo foso, y de un alto y grueso muro, en cuyas almenas se veia relumbrar á los rayos del sol las lanzas y cimitarras de los centinelas. En cada uno de sus cuatro ángulos habia una torre muy fuerte, y sobre la puerta principal otras dos mas grandes, estando ademas defendida la entrada con su rastrillo y puente levadizo. El aspecto sombrío é imponente del castillo infundia respeto al que le miraba, y sus defensas parecia que desafiaban cualquiera tentativa que se hiciese para tomarlo por asalto.

Acercándose mas á la fortaleza, envió García á uno de sus camaradas para que anunciase su venida.

“ ¡ Ha del castillo del Carpio ! ” dijo el mensajero.

“ ¿ Quién llama ? ” respondió el centinela.

“ Decid, añadió aquel, á Abindarraez, el Alcaide de este castillo, que García Velasco, el caballero Leonés, á quien debe la libertad y la vida, le espera en este campo vecino para que le cumpla la palabra.”

Despues de un breve rato se oyó el sonido de una corneta, y vióse subir el rastrillo al mismo tiempo que bajaba el puente. En seguida se presentó á la puerta Abindarraez, sobre un caballo diferente del

que antes habia llevado, y salió al campo causando admiracion con la gala de sus armas y arreos. Su turbante era un almaizar listado de oro y azul, con rapacejos de lo mismo en la lazada; el penacho era de plumas blancas y azules, prendidas con una media luna de diamantes; y la marlota que vestia, de seda verde recamada de oro y plata. Traia una lanza de dos hierros, y pendiente de un tahalí sembrado de piedras finas, un alfanje damasquino. Finalmente, le defendian el pecho una coraza de reluciente acero, y un escudo, en que llevaba por divisa un ramo de siempreviva, con este mote: *mi fama*.

García, viéndole venir, se adelantó á recibirle; y estando juntos los dos guerreros, se saludaron cortésmente, confirmaron las condiciones del combate, y determinaron que este se verificase con las mismas armas que traian, y á la vista de los soldados de una y otra parte formados en el exterior del castillo. Al efecto hizo Abindarraez una seña, y luego empezaron á salir del castillo los moros que lo guarnecian. Colocándose estos á una parte, y los cristianos á la otra, quedó á los combatientes el espacio de en medio para campo de batalla.

Despues de algúnos comedimientos, y de haber intimado cada uno á los suyos que con ningun pretesto acudiesen á socorrerles, movieron los dos guerreros sus caballos á media rienda, y entraron en aquellá palestra, girando el uno sobre la derecha, y el otro sobre la izquierda, para tomar campo. Habiendo asi formado dos semicírculos, abajaron las lanzas, y arremetieron el uno para el otro con furia tan impetuosa, que al encontrarse parecia que cho-

caban dos peñascos. Las lanzas saltaron hechas astillas; pero ninguno de los caballeros perdió su asiento, y ambos pasaron de largo firmes en sus sillas como rocas animadas, ó como nacidos en sus caballos.

Tomando otras lanzas, y mas fuertes, revolvieron para embestirse de nuevo. Pero esta vez no quiso Abindarraez venir de frente al encuentro de su contrario. Fiado en la ligereza de su caballo, empezó con mucha gallardía á dar vueltas enderredor de García, escaramuzando con él, y buscando la ocasion de herirle sobre seguro. En efecto, habiéndose García abalanzado á él para atropellarle, fingió Abindarraez que le esperaba, pero luego que le vió cerca, picó el caballo, y haciéndole dar un gran salto en el aire, se retiró, despues de dar á su contrario en el lado izquierdo tan fuerte bote, que le arrancó con el hierro de la lanza las lazadas del coselete, y le abrió una herida, aunque pequeña, en el costado. García, como vívora pisada, ó como toro ensangrentado, revolió contra el Moro, y levantándose sobre los estribos, le arrojó la lanza con tanta fuerza, que parecia saeta despedida, y con tal acierto, que le cosió un muslo con el vientre del caballo. Este, que se sintió mal herido, empezó á dar tales saltos, y corcovos, que obligó á su dueño á desampararle; y Abindarraez, herido como estaba, se arrojó al suelo, embrazó su buen escudo, y desnudando el alfanje, se puso á esperar á su contrario. Viéndole García de esta suerte, y no queriendo valerse de ventaja alguna, saltó igualmente de su caballo, y se fue á él con la espada en mano, y bien cubierto con su rodela.

El valor que entonces desplegaron uno y otro, los repetidos y recios golpes que se daban, y la saña con que se trabó aquella batalla, fue admiracion y asombro de los espectadores, y tuvo á moros y á cristianos suspensos entre el temor y la esperanza. Veíanse saltar centellas de las espadas, y volar por el aire plumas, galas, y aun trozos de armadura, de que luego quedó sembrado el campo enderredor de los guerreros. Abindarraez, enfurecido por la resistencia que encontraba, y por el dolor de la herida que tenia en el muslo, redoblaba los golpes, pensando aturdir á su contrario por la viveza con que los daba. Visto lo cual por García, determinó hacer un grande esfuerzo, y por ventura fenecer con un golpe la batalla. Asi pues, aferrando la espada con ambas manos, y recojiendo todas sus fuerzas, descargó sobre la cabeza del Moro tan fiera cuchillada, que le partió el turbante, y le abolló el almete que traia debajo. La gran fuerza del golpe dejó á Abindarraez casi privado de sentido, y le forzó á sostenerse sobre una rodilla para no caer en tierra. Los moros que le vieron asi, lanzaron un grito de dolor, al mismo tiempo que los cristianos prorumpian en otro de alegría.

Seguro ya de la victoria, va García sobre su contrario, y sugetándole con una mano, le pone al pecho la punta de su espada con la otra. “Ríndete Moro! le dice, date por vencido, ó aqui mueres á mis manos.”

Abindarraez, que entretanto habia vuelto en su acuerdo, le dice: “Hiere, Cristiano, mátame, que ya no quiero la vida.”

Estaba García indeciso, y no acertaba á ejecutar el golpe, cuando resonó en sus oídos un grito agudo y lastimero; vuelve la cabeza, y ve llegar á Zayda, que llorosa y desesperada se arroja entre él y el vencido Abindarraez, diciendo: “¡Cristiano invicto! generoso caballero! suspende el brazo, y no quieras, con la muerte de mi esposo, empañar la gloria que hoy alcanzas! hazme merced de su vida, y rogaré al cielo guarde la tuya, y te colme de venturas. Yo, en nombre de Abindarraez, y de los moros que están presentes, te hago la entrega del castillo.”

“É yo, bella Zayda, dijo García, accediendo gustoso á tu súplica, digo que otorgo á Abindarraez su vida, y le vuelvo la libertad, pues no quiero que por mí pierdas la dicha de poseer á tan noble esposo.”

Acudieron entonces los dos á Abindarraez, y le ayudaron á ponerse en pie, pues con la sangre que habia perdido no tuvo fuerzas para hacerlo por sí mismo. Sostenido por Zayda y García, se volvió el Alcaide á sus soldados, y les dirigió algunas palabras, recordándoles las condiciones de aquella batalla y la promesa que le habia hecho de cumplirlas: por lo que les mandó que partiesen, y marchasen la vuelta de Zaragoza, donde darian parte al Rey de su desgracia, y de como quedaba en el Carpio con los cristianos, hasta restablecerse de sus heridas.

Los soldados obedecieron á su amado Alcaide sin murmurar; y desfilando silenciosos y tristes, dejaron el castillo del Carpio en poder dél los cristianos vencedores.

La asistencia solícita de García y de Zayda restituyeron á Abindarraez en muy pocos dias su primitiva

salud y fuerzas, y le pusieron en estado de aprovecharse de la libertad que á él y á su esposa habia concedido el vencedor, si no preferia permanecer en el castillo. El noble proceder de García habia consolado al Moro en gran manera de la pérdida de su fortaleza, y suavizado la pena que debió causarle su vencimiento. Cediendo á los impulsos de su gratitud, ofreció á García contraer con él una amistad perpetua; y habiendo sido gustosamente admitida su oferta, procedió á dar una prueba de la sinceridad de sus sentimientos, comunicando á García una noticia interesante. Llamándole aparte, le manifestó que una conspiracion tenebrosa amenazaba al Soberano de Leon.

“Un caballero principal de la corte de don Alfonso, dijo Abindarraez, ha tomado parte en esta perfidia, y solicita mi cooperacion para llevarla á efecto; pero yo, lejos de favorecer tan bajos designios, ni aun la respuesta le he dado todavía.”

“Qué decis! exclamó García, una conspiracion! qué maldad! Oh amigo, descubridme ya ese proyecto, con todas sus circunstancias y pormenores, y sepa yo el nombre del traidor.”

“Eso no, respondió Abindarraez, lo demas os lo voy á referir,” y prosiguió diciendo.....

Pero antes de pasar adelante, volvamos un poco atras, y veamos lo que pasaba entretanto en la corte de Leon.

CAPÍTULO VI.

Triste estaba el Rey Alfonso,
Triste está y sin alegría,
Pensando en su corazon
El error que cometia.

Mientras que en España reinaba don Alfonso, llamado el Casto, regia la Francia, con cetro imperial, el célebre Cárlos, generalmente conocido por el título de Carlomagno. Este Príncipe, por su sabiduría, por el valor de sus soldados, y por la concurrencia de varias circunstancias felices, se hallaba en tan gran prosperidad, que parecia haber llegado á la cumbre de la grandeza humana. La victoria seguia fielmente sus banderas, y la fortuna le acompañaba en todas sus empresas. Sus belicosos paladines tenían el mundo lleno de proezas y triunfos; y la fama de los doce pares, de los Reinaldos, Roldanes y Oliveros, que hoy se conserva en varias tradiciones y romances, era entonces la envidia de las demas naciones.

El poderío y venturoso estado de Carlomagno habian llamado la atencion del monarca español, que iba ya entrando en dias, y se hallaba sin sucesion directa; y don Alfonso, anticipando los peligros á que, despues de su muerte, quedaria espuesto el reino de Leon, rodeado por todas partes de enemigos poderosos, habia querido dejar en posesion de sus estados á un príncipe vigoroso, capaz de defenderlos, y que

supiese conservar la independencia de este resto de la España goda. Con este cuidado, pero sin la reflexión debida, habia enviado sus embajadores al Emperador francés, ofreciéndole la sucesion á la corona de Leon, y brindándole con el título de heredero.

Apenas recibió don Alfonso la noticia de quedar admitida la oferta que habia hecho á Carlomagno, empezaron á dejarse sentir las consecuencias de semejante desacierto. Los grandes y caballeros del reino protestaron altamente contra una medida que los sujetaba al dominio de un extranjero; y algunos de ellos, llevando el descontento hasta el último extremo, levantaron el estandarte de la rebelion. Á la cabeza de estos se hallaba don Bueso, que habiendo agregado á su partido algunos capitanes moros, andaba cometiendo los mayores escesos por los fértiles campos de la Rioja. Por otra parte, Almanzor, rey de Toledo, y Marsilio, él de Zaragoza, animados por las disensiones de los cristianos, amenazaban invadir el reino. En tales circunstancias padecia el Rey cristiano las mas vivas inquietudes, y revolvía en la imaginacion los medios de salir de las dificultades que le rodeaban sin reclamar los ausilios de Carlomagno; pues ya le pesaba del empeño que habia contraído con este príncipe.

Entonces fue cuando echó menos á aquel conde de Saldaña, á quien por un agravio secreto habia castigado de un modo tan misterioso, que nadie sabia de su suerte ó paradero. Entonces conoció tambien la falta que le hacia otro buen vasallo suyo el conde Fernan Ramirez, á quien con sobrada ligereza habia

condenado á un destierro perpetuo. Estos dos habian sido en un tiempo el mas firme apoyo del Estado ; y sirviendo con las armas en la guerra, y con los consejos en la paz, habian mostrado tener cabezas para discurrir, y brazos para ejecutar, cuando lo pedian las ocasiones.

Para establecer lo que mas conviniese á los intereses del Estado, determinó al fin don Alfonso convocar una junta de grandes, y señaló, como punto de reunion, el pueblo de san Esteban de Gormaz en las márgenes del Duero.

Don Bueso, á quien se participó esta resolucion, y que no tenia ya motivos para dudar que la intencion del Rey fuese acceder al voto general de sus pueblos, parece que debia haber abandonado la carrera criminal que seguia, y haber vuelto á la obediencia de su Príncipe. Pero lejos de hacerlo así, se apresuró este caudillo á realizar otros muy diversos designios que le habia inspirado su ambicion. Habia probado las dulzuras del mando y de la autoridad ; se veia sostenido por un partido numeroso, y repugnaba desprenderse del poder que habia adquirido, y de la consideracion que disfrutaba. Parecióle que el precio de su sumision debia ser, por lo menos, un establecimiento independiente con el título de Conde en las tierras que dominaba. Para asegurar un partido semejante, era menester negociar con las armas en la mano, y reducir al Rey á la necesidad de acceder á cualesquiera condiciones que se le dictasen. Con estas imaginaciones andaba don Bueso cuidadoso y pensativo, é ya desesperaba de ver realizadas sus ideas, cuando le pareció hallar en la resolucion que

habia tomado el Rey de pasar á san Esteban de Gormaz, un medio que facilitaba sobremanera sus intentos.

Entretanto, don Alfonso, acompañado por Alvar Fañez y por algunos otros grandes, y escoltado por una guardia poco numerosa, pero compuesta de soldados aguerridos y de un valor acreditado, salió de Leon para trasladarse á san Esteban, donde habia de ser la Junta. Llegando al Pisuerga, fue discurriendo algunas leguas por las márgenes de este rio hasta cerca de Palencia, cuya ciudad dejó á la derecha, y prosiguió su camino con direccion á Peñaranda, donde se proponia descansar antes de llegar al término de su viage.

Al caer de una tarde, cuando ya el sol iba tocando el término de su carrera, llegó el Rey con su comitiva á las cercanías de este pueblo. Desde aqui el camino les fue conduciendo, de cuesta en cuesta, y con tortuoso curso, hasta una sierra crizada de riscos y peñascos, y donde á cada paso se presentaban profundos barrancos y espantosos precipicios. Subiendo poco á poco, llegaron al fin hasta la cumbre de la sierra, donde se les presentó á la vista la deleitosa perspectiva de un valle alegre, en cuyo verde seno se veian florecer abundantes mieses, y discurrir, pacienciendo, rebaños numerosos. Por medio del valle corria el caudaloso Duero, y sus cristalinas ondas relumbraban todavía con los últimos rayos del sol que se ponía. Véíase blanquear en sus orillas las humildes casas de Peñaranda; y mas acá, hácia el pie de la sierra, se descubria un edificio antiguo de arquitectura gótica, y de aspecto sombrío y venerable.

Las paredes, cubiertas en muchas partes de yedra, y gastadas y oscurecidas por la accion de los elementos, indicaban bien el trascurso de los años ; al paso que sus altas y delgadas torres, coronadas de cruces, denotaban una mansion religiosa. En efecto, era este edificio un monasterio de religiosas consagrado á Nuestra Señora de la Sierra ; y habiéndose propuesto el Rey hacer en él una corta detencion, dirigió allá sus pasos.

Aquí manifestó Alvar Fañez á don Alfonso que seria conveniente se adelantase alguno para anunciar en el monasterio su venida, y se ofreció á hacer él mismo este pequeño servicio. Obtenido el consentimiento del Rey picó el caballo, y se alejó de allí á pasos apresurados.

Entretanto, la Real comitiva prosiguió su marcha : pero no bien empezó á bajar al valle, cuando á una y á otra parte del camino se oyó una vocería y clamor terrible, y vióse salir de entre las peñas y matas una multitud de hombres armados, que luego dieron en la escolta del Rey con ímpetu tan furioso, que parecia imposible resistirlos. Un ataque tan repentino produjo en aquellos ánimos valientes una turbacion momentánea, y por de pronto puso en confusion á los soldados. Pero estos no tardaron en acudir á su deber, y animados por el ejemplo de los caballeros que venian con ellos, formaron un círculo en derredor del Rey, y presentaron animosamente sus pechos al enemigo. En este estado sostuvieron algun tiempo un combate desigual, regando el suelo con su sangre y sucumbiendo uno despues de otro, hasta llegar

al extremo de no poder defenderse con las armas, ni salvarse con la fuga.

Tal era y tan desesperada la situacion de don Alfonso, que estaba batiéndose mano á mano con el gefe de los traidores, cuando vió aquel en la cumbre de la sierra una nube de polvo, y de alli á un momento un escuadron de caballos, que á paso tirado venia, al parecer, en su socorro. En efecto, serian unos cincuenta ginetes los que se presentaron en tan crítico momento. Á su cabeza venia un jóven guerrero con armas azules, que apresurándose á entrar en la pelea, gritaba, “viva el Rey! mueran los traidores!” Animado el Rey por estas palabras, exhortó á sus soldados á que redoblasen los esfuerzos, y él mismo les dió tan eficaz ejemplo, que dejó muerto á sus pies á aquel con quien estaba peleando. Llegaron entonces los cincuenta del socorro, y embistieron á los traidores, los cuales, viéndose sin gefe y sin las ventajas que tenian al principio, se entregaron á una fuga precipitada, y volvieron á emboscarse en las breñas de donde habian salido, dejando algunos muertos en el campo.

Libre ya de este peligro, se apresuró don Alfonso á manifestar su agradecimiento al caballero que tan á punto habia llegado á socorrerle. ¡ Pero cuanta no seria la satisfaccion que experimentó, al reconocer, en él, á García! el mismo que en otra ocasion le habia prestado un servicio no menos importante. “¡ Gallardo y admirable jóven! dijo el Rey, tu valor acredita tu nobleza, y tus singulares merecimientos obligan de manera, que no dejan lugar al premio. Pero ven conmigo á ese vecino templo: allí deter-

mino ceñirte espada y armarte caballero, que es el galardón mas lisonjero que te puedo tributar.”

“Señor, dijo García, vuestra hechura soy; y desde este día consagro á vuestro servicio mi voluntad y mi existencia.”

Con esto volvieron á ponerse todos en marcha con direccion al monasterio; pero antes mandó el Rey que reconociesen á algunos de los cuerpos muertos que yacian por el campo, no dudando rastrear así el origen de aquella traición y descubrir á sus autores. Hiciéronlo los soldados, y empezando por aquel á quien el Rey habia muerto, le alzaron la visera, y vieron todos con sorpresa el rostro de don Bueso, el mismo que, como se ha dicho, traia revuelto el reino con la facción que acaudillaba.

Este ambicioso caballero, informado del día en que don Alfonso habia de partir para san Esteban de Gormaz, habia tomado con precaucion y sigilo sus medidas para saltarle en el camino, y apoderarse de su persona: habia entrado al efecto en relaciones con un caballero principal de la corte, á quien puso de su parte, y por conducto de este habia solicitado la cooperacion de Abindarraez, cuyo castillo, en caso necesario, habia de servirle de refugio. Apostándose en el paso de la sierra con una fuerza muy superior á la que llevaba el Rey, no dudaba ejecutar el proyecto que habia formado. Pero la oportuna venida de García desconcertó sus planes, y le acarreó el desastroso fin que hemos visto. Su cuerpo quedó allí para pasto de las aves y fieras, y la Real escolta pasó adelante con direccion al monasterio.

De camino pidió el Rey á García le esplicase la causa de haber llegado á aquel azaroso sitio en tan crítico momento.

Convienes aquí tener presente que en el capítulo pasado se disponia Abindarraez á revelar á García el objeto de esta conspiracion, quando fue preciso suspender el discurso para tratar de otras materias. Volviendo ahora á aquella conversacion, basta decir que el Moro descubrió á García el proyecto de don Bueso, y le instruyó de la emboscada que para su ejecucion se habia dispuesto en la sierra, por donde era forzoso que el Rey pasase. Esto mismo declaró García á don Alfonso en satisfaccion de su pregunta. Y despues de referirle su aventura con Abindarraez, el combate que tuvo con él y la captura del castillo del Carpio, añadió, que avisado del lugar y tiempo en que se habia de ejecutar esta traicion, se habia apresurado á prevenir sus efectos, poniéndose luego en camino, con la fuerza que tenia, para reunirse con el Rey, lo que se felicitaba de haber conseguido tan oportuna y felizmente.

En esto llegaron al monasterio, donde la priora, á la cabeza de su comunidad, recibió al Rey con las mas vivas demostraciones de amor y de respeto. Asimismo se presentó Alvar Fañez á recibirle; é instruido del suceso que acababa de pasar en la sierra, pareció llenarse de admiracion, se reconvino agriamente por haber desamparado un momento la persona de su Soberano, y prodigó al Rey los parabienes de haber salido de tan gran peligro. Aun García le mereció algunos elogios; pero éste los recibió con la indiferencia que merecia la sospechosa sinceridad dél que los hacia.

Siendo ya tarde para llegar á Peñaranda, accedió el Rey á las instancias que le hizo la priora para que descansase aquella noche en el monasterio; y al retirarse á una habitacion independiente de los claustros, que le estaba destinada, previno á García que velase las armas aquella noche, porque al dia siguiente queria armarle caballero. Estándole hablando, notó don Alfonso que la sangre le brotaba á García por las coyunturas del guardabrazo, y le corria por los dedos de la mano regando el suelo. Preguntándole la causa, supo con el mayor sentimiento que su libertador estaba herido.

En efecto, García habia sufrido aquella tarde una fuerte cuchillada en el brazo, y habia descuidado examinar la herida, bien fuese porque el mal no le pareció muy grave, ó bien porque no tuvo tiempo para ello. Pero ahora, la sangre que habia perdido y el dolor que sentia, hacian indispensable que se curase, y á este fin le mandó el Rey que pasase á la sacristia.

Allí se presentó para hacerle la cura una religiosa, ó una dama en hábitos de tal, acompañada de otras dos ó tres que la venian sirviendo, y que la trataban con el mayor respeto y distincion; de lo que infirió García que era persona de calidad. Mostraba esta señora haber pasado de la edad florida, y su rostro, que en otro tiempo pudiera haber sido hermoso, descubria los efectos que habia hecho en él el transcurso de los años. La seriedad y espresion melancólica de su semblante indicaban la existencia de algun oculto sentimiento, al paso que de cuando en cuando una sonrisa pasajera anunciaba un alma

benévola y grande. Estas circunstancias, y juntamente su aire noble y magestuoso porte, fijaron la atencion de García, que, al mirarla, sentia por ella un interés profundo, y experimentaba sensaciones que no alcanzaba á comprender. Estando ya todo dispuesto para hacer la cura, descubrió García el brazo, y procedió la religiosa á limpiarlo, y á restañar la sangre; pero no bien hubo dado principio á tan piadoso acto, se le inmutó el semblante á esta señora, y como si viese alguna cosa que le causaba novedad, prorumpe en una exclamacion de sorpresa, lanza un profundo suspiro, y quédase desmayada en brazos de las asistentas.

Estas, habiendo retirado la desfallecida religiosa á su celda, volvieron á la asistencia del herido, á quien habian dejado formando mil conjeturas sobre las causas de tan raro acontecimiento. Pero ninguna de ellas le pudo dar una esplicacion de este suceso; y viendo García que nada adelantaba con las preguntas, se dejó curar en silencio, y puso freno á la curiosidad que le consumia.

Vendada ya la herida, y no hallando en ella motivo para dejar de cumplir los preceptos del Rey, determinó velar las armas aquella misma noche, y al efecto se trasladó á la iglesia del monasterio. Llegando alli, se humilló al pie del altar, y adoró en silencio á aquella Magestad Eterna que, lejos de ceñirse al breve espacio de los templos, tiene el cielo por dosel y la tierra por alfombra. En seguida colocó las armas contra una de las muchas pilastras que adornaban y fortalecian el edificio, y se entregó á las reflexiones que un sitio tan solitario y retirado

era propio para inspirar. Mirando enderredor, contemplaba con admiracion y respeto, á favor de una lámpara que despedia una luz escasa, aquella antigua fábrica, construida por manos que siglos hacia estaban reducidas á polvo. Una hilera de columnas góticas, puestas á una y otra parte de la nave de la iglesia, sostenian la techumbre con dignidad y sencillez, y presentaban una larga perspectiva de arcos apuntados que el arquitecto habia adornado con curiosas labores de escultura. De trecho en trecho llamaban la atencion suntuosos monumentos sepulcrales de reyes y guerreros, al paso que las historiadadas losas del pavimento, y sus epitáfios, ofrecian una leccion terrible sobre la vanidad de la grandeza humana. Los rayos de la luna, penetrando difícilmente los pintados vidrios de algunas ventanas y claraboyas, y mezclándose con la roja luz de la lámpara, derramaban por el templo una claridad confusa, que solo servia de hacer visible la oscuridad, y que daba á los objetos un aire sombrío y venerable. Lo sagrado y silencioso del sitio añadian á la solemnidad de la escena, infundiendo á García un pavoroso respeto, y un religioso temor, que le hacia olvidar el mundo y sus imágenes, para estender el pensamiento mas allá de los límites de esta vida.

En tal disposicion de ánimo discurría García pensativo por el templo, cuando le pareció ver en el otro extremo de la nave un bulto que se movia. Sobrecogido de terror, se detuvo para observarle, y le siguió con la vista hasta que desapareció entre las sombras que formaban las columnas. Quería

persuadirse García, que esto era una ilusion de sus sentidos, pero de allí á un momento volvió á presentarse el mismo objeto, y pudo distinguir una figura vestida de negro que se le venia acercando. Cobró ánimo nuestro caballero, y dejándola llegar, reconoció el semblante pálido y triste de la religiosa que al curarle se habia desmayado en la sacristía.

“Caballero, dijo esta señora, cualquiera que seais, no estrañeis que solicite hablaros una persona de mi estado, y guardaos de dar á mi conducta una interpretacion siniestra. Un secreto y poderoso impulso, una fuerza misteriosa, me ha hecho venir á buscaros, para que me aclareis ciertas dudas en que se pierde mi discurso, y cuya solucion quizá será para vos muy fácil. Ya sabeis el accidente que me sobrevino poco ha: una señal que os vi en el brazo, mientras estaba curando vuestra herida, fue la causa de aquel sobresalto, y del desmayo que se siguió.”

“Señora, dijo García, es cierto que tengo el brazo señalado naturalmente con una espada, pero no comprendo como pudo causar tan gran novedad una circunstancia tan trivial.”

“¡ Ah, si pudiera yo esplicarme! repuso aquella, ¡ si el pudor me permitiese descubriros el motivo del interés que me inspirais! Pero decid, ¿ cual es vuestro nombre? quién es vuestro padre?”

Á esta pregunta satisfizo García refiriendo lo que sabia de sí mismo; pero la religiosa, fijando en él los ojos, le atajó el discurso, y dijo: “os engañais, no es ese vuestro padre; otro es él que os ha dado la existencia; é yo ahora le estoy viendo retratado vivamente en ese rostro. ¡ Oh, qué de recuerdos des-

pierta vuestra vista! qué de momentos de felicidad trocados ahora en amargura y arrepentimiento! pero decid, ¿qué sabeis de vuestra madre?”

García, admirado, confuso, y oprimido por una variedad de emociones inesplicables, ni acertaba á responder á estas preguntas, ni comprendia la razon por que se le hacian. Pero al fin contestando á la última, en que se trataba de su madre; “ah señora, dijo, la suerte me privó muy temprano de las dulzuras del afecto maternal, pero la memoria de mi madre la conservo en una prenda preciosa que estimo á par de la vida, y que solo debo manifestar en un caso extraordinario.”

“Qué decís! exclamó la religiosa, una prenda! y en ella la memoria de vuestra madre! veámosla luego, enseñadmela presto; y habiéndole presentado García, el retrato que el anciano pastor de Miduerna le habia entregado á su partida para la corte, lo tomó la religiosa ansiosamente, y clavando en él los ojos, quedó suspensa y admirada, suspiró profundamente, y exclamó, “Oh cielos compasivos! ya se cumplieron mis deseos! qué mas pruebas son menester?” y volviéndose á García, añadió: “sí, esta es tu madre y tú”.....pero aquí le faltaron aun tiempo la voz y los sentidos, y hubiera caído al suelo á no acudir García tan presto á socorrerla.

En tal situacion sintió García pasos en la iglesia, y volviendo la cabeza, vió al Rey que venia apresuradamente hácia él, y que mostraba en la alteracion de su semblante la sorpresa que le causaba lo que veia. Engañado por las apariencias, se dejó don Alfonso arrebatado de la indignacion. “Villano! gritó, así se profana la Santidad del templo! así se atropellan los

respetos divinos y humanos! y no temes mis iras? y piensas ultrajar impunemente á Dios y á tu Soberano?" Entretanto, la religiosa, que ya habia vuelto en su acuerdo, se esforzaba por apaciguar la cólera del Rey, y le rogaba escuchase sus razones y la explicacion de aquel suceso. Pero don Alfonso, sin quererle dar oídos, la apartó de sí, y le mandó que se retirase; y volviendo á García, "miserable! dijo, va de mí! huye! y no vuelvas á ponerte en mi presencia."

García, juzgando que en tales circunstancias seria inútil, y aun peligroso, intentar su defensa, obedeció sumiso, y se retiró con el corazon sumergido en un abismo de penas y confusiones.

Conviene saber que don Alfonso, reflexionando sobre los sucesos de aquel dia, y sobre el peligro que habia pasado, habia determinado, antes de entregarse al descanso de su lecho, ofrecer al Omnipotente el tributo de su reconocimiento; con cuyo objeto pasó al templo, donde entró á la sazón en que pasaba la escena que se acaba de referir.

Apenas llegó García á su cuarto, se le presentó Alvar Fañez, intimándole de parte del Rey que se fuese luego, y se saliese del reino de Leon. Este golpe, aunque sensible, no sorprendió á García; le pareció una consecuencia natural de lo que habia pasado; y aunque la orden era rigurosa, no quiso ni un instante diferir su cumplimiento. Asi pues, volviendo á vestir sus arneses, montó su buen caballo; y herido como estaba, solo, y sin saber muy bien adonde dirigir sus pasos, partió á buscar fortuna en otras partes, dejando en manos de Dios y de aquella religiosa la justificacion de su inocencia.

CAPÍTULO VII.

. No soy
Hijo de estas asperezas,
Ni el traje de labrador
Es mi natural herencia,
Ni jamas mi sangre noble
Supo cultivar la tierra.

La risueña aurora aun no habia abierto al luminar del dia las puertas del oriente, y naturaleza quedaba todavía envuelta en los crepúsculos de la noche, cuando ya García se hallaba bastante lejos del Monasterio. Absorto en sus reflexiones, caminaba á discrecion de su caballo, y discurría tristemente sobre los sucesos de su vida, y sobre la inestabilidad de su fortuna. Ayer, gozando los favores de un príncipe, constituía la envidia de una corte; todos los encantos de la gloria militar se le presentaban en perspectiva, y la dulce esperanza de alcanzar algun dia con sus merecimientos el premio de un amor profundamente arraigado en su pecho, le animaba y complacia: hoy, se miraba solo, sin arrimo, sin proteccion, atajado en medio de su carrera, y escluido (que era lo mas sensible) de aspirar al amado bien que era fin de sus esperanzas, y blanco de sus mas ardientes deseos.

En tal estado, ¿qué partido tomaria? ¿Seria bien volver á la presencia de don Alfonso, para defender su derecho y vindicar su honor? A esto se inclinaba tanto mas, cuanto la esplicacion del suceso ocurrido recientemente en el Monasterio deberia seguirse

como consecuencia necesaria ; pero el respeto que le merecian los mandatos del Soberano presentaban un obstáculo insuperable. ¿ Iria á ofrecer sus servicios á algun príncipe extranjero ? al Rey de Navarra, ó al imperial Carlomagno ? el amor á la patria y la memoria de Edelfrida, junto con la esperanza de una mudanza de fortuna, se oponian á este designio. Pues ¿ qué podia hacer ? Á vuelta de estas dudas, se le vino á la memoria el encargo que le habia hecho su padre, cuando partió de Miduerna, que si en cualquier tiempo le sobreviniese algun trabajo, volviese á buscarle, con la seguridad de hallar en él el remedio de sus males y el modo de contrastar los caprichos de la fortuna. Este partido le pareció el mas acertado ; y determinando seguirlo, se apresuró á dar la vuelta á su nativo valle, cuyo camino habia tomado ya el caballo por un instinto natural.

Caminando por sus jornadas, llegó á las placenteras márgenes del Ezla, donde las aguas de este rio empiezan á regar los campos de Miduerna. Siguió por el valle adelante hácia el cerro en cuya falda tenia el anciano Ruy Velasco su rústica morada, y de paso recorría con la vista aquellos lugares tan conocidos, aquellos montes y prados que en sus juveniles años habian sido teatro de sus ejercicios y pasatiempos. Aquí se acuerda de haber luchado con un oso, allí ha dado la muerte á un lobo, y mas allá descubre el sitio mismo donde su valor salvó al rey don Alfonso de la furia de un jabalí. Pasa adelante, y luego se le presenta á su vista la casa paterna, y el pardo risco que la domina, y el antiguo roble que le hace sombra. Llega, ve á su padre, y se arroja á los

brazos del anciano, que le recibe en ellos, y le estrecha llorando alegrías.

Después de prodigarse mutuamente aquellas expresiones de amistad y afecto que la satisfacción de volverse á ver les sugería, pasó el joven Velasco á manifestar á su padre los motivos de su vuelta, y le refirió cuanto le había sucedido desde su partida hasta el lance ocurrido en el Monasterio. Cuando llegó á este paso, le interrumpió el anciano haciendo estremos de admiración, y al parecer profundamente conmovido. “Qué dices! exclamó, ¿una religiosa en el Monasterio de la Sierra ha descubierto y reconocido la señal que naturaleza puso en tu brazo?”

—“Así es la verdad” replicó su hijo.

—“¿Y se alteró al mirar el retrato que te di?”

—“Con extremo.”

—“¿Y llamábase doña Jimena?”

—“Este nombre le dió el Rey.”

“¿Qué dicha tan inesperada, añadió el anciano, qué venturoso encuentro! al fin ha efectuado una casualidad feliz lo que yo en tantos años no hallaba medios de conseguir. Volviéndose en seguida á García que le escuchaba con admiración, le dijo: “Llegó ya la hora de romper el silencio que hasta aquí he guardado sobre materias del mayor interés para ti, y que no debes ignorar. ¿Conservas, por ventura, alguna memoria de un tiempo anterior á tu venida á estas partes? bien que no lo creo, pues eras entonces niño, que no pasabas de cinco años.”

“Sí conservo, replicó su oyente, pero tan confusa que me parece un sueño.”

“Oye pues, dijo el anciano, la historia de tu naci-

miento, y los estraños casos por donde la fortuna te trajo á ser habitante de estos montes, cuando deberia ser un palacio tu morada.”

“ Ya escucho,” dijo García ; y prosiguió el labrador en los términos siguientes.

“ Han pasado ya cerca de veinte años desde que vine á establecerme en este retiro con lo que me quedaba de unos bienes cuantiosos en otro tiempo. Tenia en aquella época el rey don Alfonso, que ahora gobierna el reino de Leon y de Asturias, una hermana, hermosa cuanto se puede encarecer, y dotada de cuantas virtudes puede el cielo reunir en un sujeto. Tenia, asimismo, un vasallo, cuyo valor era el escudo de la patria, y su espada el terror del enemigo : aquella se llamaba doña Jimena, la misma que viste en el Monasterio de la Sierra, y este don Sancho Diaz, conde de Saldaña. Parecia que la naturaleza les habia formado el uno para el otro ; pues solo él era digno de la Infanta, y solo ella tenia prendas para merecer al Conde. La frecuencia con que se veian en palacio, dió lugar á una aficion que aun mismo tiempo se apoderó de entrambos, y que en breves dias se convirtió en pasion violenta. Prosiguió el Conde en su pretension amorosa, fue correspondido, y mereció favores ; que el amor, como no reconoce distinciones, todo lo iguala, todo lo facilita.

Apenas era pasado un año desde que empezó entre el Conde y doña Jimena esta correspondencia, de que yo solo era sabedor (pues la amistad que tenia con aquel, habia sido motivo para que se me confiase,) cuando ocurrió cierto lance que me obligó á buscar un asilo en estos montes. Desde entonces si-

guieron los dos amantes gozando por cerca de cuatro años mas, de una dicha sin interrupcion; pero al fin, la fortuna, envidiosa de sus glorias, vino á turbar la dulce paz en que vivian. Un traïdor, de quien se habian fiado, los vendió al Rey, y descubrió el secreto de su amor. La Infanta fue encerrada en un convento, que por lo visto era él de la Sierra, donde se detuvo el Rey, y donde te sucedió lo que me acabas de referir: el Conde apeló á la fuga, pero fue alcanzado no muy lejos de este sitio.

Entretanto, vivia yo aquí ocupado en el cultivo de esta corta hacienda, y en la cria de mis rebaños, procurando con estos cuidados restituir el sosiego á mi corazon, lacerado por los mas tristes recuerdos. Estando una tarde sentado á la puerta de esta choza, vi venir con direccion á ella un ginete bien montado, que no cesaba de castigar los ijares de su caballo; tanta era la prisa que traia. Cuando estaba ya cerca el caballero, reconocí en él á mi caro amigo el conde de Saldaña. Llevaba en brazos un niño, que me entregó apresuradamente, diciendo: "En nombre de la amistad, buen Conde (y sabed de paso que soy el conde de Fernan Ramirez, aunque conocido aquí solo como Ruy Velasco el labrador,) en nombre de la amistad te ruego que me guardes esta criatura, y la ocultes donde no la vean los que me persiguen. Tú sabes mis amores con doña Jimena: ¡he aquí el fruto de ellos! este es mi hijo, su nombre es Bernardo. Adios, y quiera el cielo pagarte algun dia esta fineza." Esto dijo, y prosiguiendo su fuga con la velocidad que permitia el cansancio de su caballo, desapareció á breve rato de mis ojos, que nunca le

volvieron mas á ver; pero quedaste tú conmigo, pues tú eras ese niño, y tú eres ese Bernardo, hijo del conde de Saldaña.

“¡ Del conde de Saldaña! exclamó Bernardo, de aquel cuya fama y proezas resuenan en todo el mundo!”

“Del mismo, respondió Fernan Ramirez, y de la Infanta doña Jimena, á cuyos brazos os condujo la Providencia, cuando os encaminó al monasterio de la Sierra. La descripcion que me habeis hecho de esta Señora, su turbacion al descubrir la señal que teneis en el brazo, y el nombre de Jimena que le dió el Rey, todo me persuade de que es la Infanta la que habeis visto. El haber ella reconocido su retrato, en esa medalla, que traiais al cuello cuando os entregaron á mi cuidado, es otra circunstancia que confirma esta verdad. Mirad bien ese retrato; ¡ qué dignidad y gracia en todas las facciones! qué espresion y gravedad en el mirar! y qué bien combinadas en el rostro la belleza de Venus, la magestad de Juno, y la modestia de Minerva! Juzgad ahora vos si era la Infanta aquella dama.”

“Sí, no hay duda, ella era, dijo Bernardo; y aunque no existen ahora en el original las juveniles gracias que brillan en la copia, todavía se descubre una rigurosa semejanza. Luego siendo todo esto así, ¿ ya no me es permitido daros á vos el dulce título de padre?”

“Felicitaos, Señor, dijo el conde Fernan Ramirez de haber hallado otros mas ilustres, y permitid que os salude con el título de Infante de Castilla.”

“¡ Ah Conde! dijo Bernardo, creed que al dejar de

ser hijo vuestro, siento una pena que no se disminuye con el placer que experimento por la nobleza que hoy gano. Pero decid, ¿la Infanta sabia que paraba yo en este albergue? y si lo sabia, ¿cómo vivió tanto tiempo olvidada de su hijo?”

“No lo sabia, respondió Fernan Ramirez, porque cuando huyó con vos el Conde, él mismo ignoraba donde os habia de ocultar; y despues de haberos depositado conmigo, no le fue posible informar de ello á doña Jimena, porque pasadas pocas horas, y no muy lejos de este sitio, se sabe que cayó en poder del Rey que le buscaba. Encerrada en un convento, y privada de comunicacion con los de fuera, tampoco podia la Infanta hacer diligencia alguna para averiguar vuestro paradero; así es que ni aun de vuestra existencia tenia noticia cierta.”

“¿Y vos no pudisteis comunicársela?” dijo Bernardo.

“No, replicó Fernan Ramirez, por los graves inconvenientes que para ello se ofrecian: Lo primero, que al descubriros á vos, temia descubrirme á mí mismo, lo que acaso me hubiera costado la vida; y lo segundo, que como el Rey instruido de vuestro nacimiento, ansiaba por haberos en su poder, con el recelo de que algun dia pretendieseis la corona en virtud de vuestra sangre; temblaba yo por vos si se descubria vuestro asilo. Por esto, y tambien porque temia alguna indiscrecion de vuestra parte que comprometiese á entrambos, me abstuve hasta ahora de revelaros el secreto de vuestro nacimiento, y os encargué tanta reserva en manifestar el retrato de la Infanta vuestra madre.”

“Solo una cosa me falta que saber, dijo Bernardo, ¿vive el Conde? se acuerda de su hijo?”

“En cuanto al Conde, dijo Fernan Ramirez, nada he podido averiguar; su suerte, posterior á su arresto parece esconderse en las tinieblas del misterio.”

“¡Qué de novedades en un dia!, dijo Bernardo; y primero que pueda yo acreditar con mis hechos la ilustre sangre que heredé, y merezca ser reconocido por el Rey, y obtenga que se perdone á mi padre, si aun existe, ¡qué de trabajos para en adelante! pero perdonad, Conde, si aun no está satisfecha mi curiosidad. Vos habeis hablado de desgracias que os obligaron á buscar este retiro, y de la amistad que teneis con el conde de Saldaña. Esto, y la mudanza que hoy habeis hecho en vuestro nombre, junto con el interés que me inspiran vuestras cosas, me fuerzan á rogaros me hagais la relacion de los sucesos de vuestra vida.”

El conde Fernan Ramirez, que solo deseaba ocasiones de complacer á Bernardo, á quien amaba tiernamente, empezó de este modo la relacion de su vida é infortunios.

CAPÍTULO VIII.

Á tiento tras mi ventura
Comencé de caminar,
; Triste yo !
Mas luego la desventura,
El tormento y el pesar,
Me prendió.

Escusado parece deciros que soy de uno de los mejores linages de Castilla, pues el título que tengo acredita mi calidad y nacimiento. Á la nobleza que heredé de mis padres se agregaba un patrimonio rico, y mas que suficiente para mi decoro y lucimiento. Desde muy temprano me dispensó don Alfonso, que entonces era Infante, señales particulares de favor; y posteriormente, cuando subió al trono, bien fuese por un efecto de la aficion que me tenia, ó bien porque reconociese en mí alguna capacidad para los negocios, me confió sucesivamente varios empleos, hasta elevarme al de su privado ó principal Ministro.

La confianza con que me honraba el Rey parecia aumentarse cada dia; y llegué á verme distinguido entre todos por la amistad de mi Soberano; por la consideracion que disfrutaba, y por la dignidad de mi empleo. En tal estado quise mas de una vez renunciar á la corte, y concluir mi carrera con un retiro honroso, llevando conmigo la dulce satisfaccion de los beneficios que habia dispensado, y el amor de la patria en premio de mis servicios. Así

me lo aconsejaba una voz secreta, un presentimiento, sin duda, de los trabajos que debian sobrevenirme. Y ojalá hubiese seguido este impulso ; porque muy poco despues empezó don Alfonso á sospechar de mi fidelidad.

Alvar Fañez, de quien ya teneis noticias, era él que le inspiraba estas desconfianzas. Este ingrato, que me debia su fortuna, tenia talentos, así naturales como adquiridos, tenia valor, era disimulado con extremo, y en el fondo de su corazon abrigaba los mas perversos sentimientos. Con semejantes cualidades le fue fácil hacerse lugar en el candoroso pecho de don Alfonso, y prevenirle contra mí, sin dejarme lugar á las sospechas ; pues, ¿ cómo podia yo recelarme de un hombre á quien habia colmado de favores, y que yo mismo habia recomendado al Soberano? Cubriendo su falsedad con el velo de la disimulacion, para mejor venderme, se mostraba conmigo tan íntegro, tan desinteresado y noble que jamás tuve valor para manifestarle las dudas que tenia de su honradez. Él, entretanto, minando en secreto mi reputacion, y disminuyendo por medios indirectos mi opinion para con el Rey, trabajaba por derribarme de la altura en que me hallaba.

Estos artificios no tardaron en hacer su efecto ; poco á poco fue don Alfonso retirando la confianza que tenia en mí, para ponerla en mi rival ; empezó á ocultarme sus secretos, y acabó por entregarse totalmente al gobierno de Alvar Fañez. En tales circunstancias solia este falso amigo decirme con unas demostraciones de sentimiento que pudieran engañar al mas sutil : “ Conde, el favor con que me

distingue el Príncipe, lejos de complacerme, me llena de afliccion, pues os veo privado de él que vos soliais gozar.” “Nada importa, respondia yo; hágase el bien; que si esto se consigue, la mano que lo dispensa debe sernos indiferente.”

Estábamos á la sazón en guerra con la Francia, y un general que habia yo enviado á la frontera para defender uno de los pasos mas importantes de los Pirineos, acababa de hacer, traicion al Rey y á mí, dando entrada por aquel punto á un ejército enemigo conducido por uno de los mejores capitanes de Carlomagno. Alvar Fañez, que solo deseaba mi ruina, creyó ser esta la ocasion mas oportuna para efectuarla. Contrahaciendo mi letra con asombrosa exactitud, fingió una correspondencia entre el general francés é yo, por la que aparecia que, bajo ciertas condiciones, se le abririan las puertas de a frontera por el general que habia yo nombrado, y con quien se suponía estaba de inteligencia. Este mismo, con las fuerzas de su mando, se habia ed reunir al enemigo, y marcharia con él á la capital, cuya entrega les tendria yo dispuesta. Hecho esto, fue á echarse á los pies del Rey, le reveló toda la pretendida conspiracion, y le mostró las supuestas cartas en prueba de mi delito. Como en efecto acababan los franceses de pasar los Pirineos, segun queda referido, esta circunstancia dió mayor verisimilitud á la acusacion que se me hacia; y el Rey, sin oir mis descargos ni admitirme á su presencia, me mandó prender y encerrar en una torre.

Vino allí don Bueso á verme; mostró compadecerse de mi desgracia; y vacilando entre el conoci-

miento que tenia de mi virtud y la vehemencia de las pruebas, pareció incierto sobre lo que debía creer. Afectando, al fin quedar convencido de mi inocencia, me dejó, prometiendo hablar al Príncipe en mi favor, y hacer lo posible para descubrir á los autores de aquella trama. Verdad es que se presentó al Rey, y que procuró inclinarle á la clemencia; pero con mucha flojedad, y con el cuidado de hacerle entrever que su intercesion no nacia de un convencimiento de mi inocencia, sino de conmisericion por mi suerte, y de gratitud hácia un hombre á quien debía su fortuna. Con esto quedó el Rey mas que nunca convencido de mi crimen, y determinó castigarme con la muerte.

Estaba ya dada mi sentencia, é íbase acercando el dia que debía ser el último de mi vida, cuando el Alcaide que me guardaba, ó bien persuadido de que era yo víctima de una calumnia, ó lastimado de la cruel suerte que me esperaba, ofreció proporcionarme la fuga. Acepté gustoso esta oferta, no tanto por el temor de la muerte, como por la esperanza de vindicar algun dia mi honor; y una noche oscura salí de la prision, guiado por el Alcaide, y volví á cobrar mi libertad.

Al huir de aquel lugar funesto, me acordé de mi muger; y temiendo recayese sobre ella la cólera del Rey cuando supiese mi evasion, determiné llevarla conmigo. Llegó á casa, la despierto; y haciéndola vestirse apresuradamente, partimos sin perder momento, caminando de noche, solos, á pie, y espuestos á todo el rigor de los elementos. Al amanecer nos halló el dia en lo mas espeso de los montes que

rodean la capital. Mi muger estaba en cinta, y era de una complexion delicada; las fatigas de aquella noche habian agotado sus pocas fuerzas, y sentíase tan desfallecida, que apenas se podia sostener. En tal estado, le sobrevinieron los dolores, y entre ayes y quejidos dió al mundo una criatura sin mas asistencia que la mia, sin mas lecho que la yerba seca del monte, ni mas remedios que el agua pura que destilaba una vecina peña.

Pasado este lance, hallé á mi muger tan débil y desmayada, que temblé por su existencia. Su peligrosa situacion exigia que se le socorriese sin tardanza; pero ¿á quién habia yo de acudir, ni adónde podia llevarla? En esta urgencia, volviendo ansiosamente los ojos enderredor, descubrí, no muy lejos, una ermita; corro allá, llamo al ermitaño, y vuelvo con él para recoger mis dos amadas prendas, y depositarlas en aquel asilo que el cielo parecia haberme deparado. Pero, ¡oh dia de dolor! llegando adonde quedaba mi muger, la hablo y no me responde; le tomo una mano, y la encuentro yerta y fria: la muerte me habia arrebatado este tesoro; y en el corto espacio de mi ausencia mi querida esposa habia rendido el alma al Criador. El horror y la desesperacion se apoderaron de mi pecho á la vista de este estrago: el dolor me cegó el entendimiento, y en un acceso de frenesí quise arrojarme desde un precipicio para acompañar en la eternidad á mi esposa. Pero las amonestaciones del ermitaño, y el mirar lleno de vida y salud á aquel inocente fruto de mi amor, que yacia en brazos de su difunta madre, y que me tendia sus manecitas como para

implorar mi proteccion, me detuvieron y desarmaron. Recogiendo la criatura, que era una hermosa niña, la entregué envuelta en mi capa al ermitaño, tomé en mis brazos á mi muerta esposa, y dejando aquel funesto sitio, pasamos á la ermita. En ella, y al pie de su humilde altar, pusimos el cadáver, para cumplir á su tiempo el triste deber de darle sepultura, pues ahora el cuidado que mas me ocupaba era él de acudir á mi tierna hija con el alimento y ausilios indispensables en la infancia.

Acordándome que estaba inmediato el lugar de Mansilla, donde tenia yo algunas haciendas, pasé allá con mi niña, para depositarla con un labrador casado que dependia de mi casa. Llegando á la choza, hallé á su muger llamada Anarda, que acababa de quedar viuda, y estaba criando al pecho una niña de pocos meses. El natural compasivo de esta muger, ó bien el oro que le dí, la movieron á encargarse del cuidado y crianza de mi hija. Logrado así este objeto, y proponiéndome volver para informarme de tan precioso depósito lo mas pronto que permitiesen las circunstancias, partí de allí, y regresé á la morada de ermitaño, donde, con ayuda de este religioso varon, dispuse de los restos de mi esposa con la decencia posible, encomendando el cuerpo á la tierra, y el alma á su Criador.

Cumplida esta triste obligacion, procuró el ermitaño suavizar con palabras consoladoras el dolor que veia marcado en mi semblante. Mientras me estaba hablando, volvía amenudo la vista sobre una estatua de muger que habia en la ermita, y al mirarla, se le asomaban las lágrimas á los ojos. Desde

luego conocí que el ermitaño padecía algun oculto sentimiento ; cuyas causas, por un efecto de delicadeza me abstuve de preguntar. Pero él, viendo que habia escitado mi curiosidad, trató de satisfacerla, y señalando la estatua, dijo : “ esa piedra, labrada por mis propias manos, representa á una muger á quien amaba yo en otro tiempo con el mismo extremo que vos amabais á vuestra esposa : ” y diciendo esto procedió á referirme los sucesos de su vida. Pero considero, añadió el conde Fernan Ramirez, que la relacion de ellos debe de estar para vos destituida de interés, y asi

“ No obstante, replicó Bernardo, hacedme, si gustais, esa relacion, pues ya me habeis inspirado deseos de oirla.”

“ Sí haré, dijo el Conde ; y pues vos lo quereis, ved aquí como habló aquel solitario al contarme la historia de su vida.”

CAPÍTULO IX.

Apuesta, que no hay ninguna
(¡Ved cuan mal pensada apuesta!)
Si le escucha dos razones,
Que de amores no la venza.

Mi nombre es Rodrigo Árias de Mendoza, y la ciudad de Zamora me contaba, no ha mucho, en el número de sus hijos mas ilustres. Rodeado de amigos, lleno de consideracion, y viviendo en el seno de mi patria, donde gozaba de un rico patrimonio, solo me faltaba en tan venturoso estado probar las dulzuras del himenéo; y aun esta dicha no tardó en realizarse. Entre las damas de Zamora habia una que escedia á todas en hermosura, y que parecia tan discreta como bella; me dediqué á servirla, fuí correspondido, y al pie del altar recibí, con su mano, el premio de mi pasion. En tales circunstancias parecíame haber llegado á la mayor felicidad de que es susceptible el hombre en esta vida. Pero el cielo no concede á los hombres que sean siempre venturosos; y los bienes, así como los males, tienen un término señalado.

Apenas me ví en posesion de Elvira (que así se llamaba mi esposa,) sonó el clarin de la guerra, y hube de arrancarme de sus brazos para acudir al campo del honor, donde me llamaba el Soberano. Un caudillo moro que servia al rey de Toledo, quebrantando la tregua que existia entre este Monarca

y don Alfonso, habia hecho una entrada por la frontera de Galicia, y andaba esparciendo por aquellos pueblos la devastacion y la muerte. Reunida la fuerza que habia disponible, marché con otros capitanes al encuentro del enemigo, á quien hallamos encerrado en un lugar fuerte sobre las orillas del Orbigo. Se empezó con actividad el sitio de la villa; pero los moros se defendieron con vigor; y no pareciendo suficiente la fuerza que traíamos para obligarlos á la rendicion, se determinó enviar al Rey para que nos acudiese con un refuerzo. Este éncargo se confió á Gonzalo de Benavides, íntimo amigo mio, que gozaba de toda mi confianza.

Era Benavides un jóven de bellísima presencia, de carácter jovial y franco, y que en la conversacion se producía con tal facilidad y gracia, que todo él que le oía quedaba pendiente de sus lábios. Á vuelta de algunas virtudes, se descubria en su indole muchos vicios; pero estos sabia él ocultarlos con tal arte, ó los manifestaba bajo un aspecto tan plausible, que ó no se reparaba en ellos, ó se perdonaban fácilmente. En fin, era un libertino consumado, sin que nadie sospechase mas de que fuese un mozo alegre y distraído.

La noche antes de su partida para la corte, que á la sazón se hallaba en Zamora, vino Benavides con otros de mis camaradas á cenar conmigo en mi tienda; y despues de beber y discurrir hasta apurar á un tiempo los licores y la conversacion, llegó esta á recaer sobre el capítulo de las mugeres. Apenas se tocó esta materia, se reanimaron los espíritus de todos, y á cada cual se le ofreció tanto que decir, que

el que menos parecia un modelo de elocuencia. El uno acusaba al sexo de frágil, inconstante, y enemigo de nuestro sosiego : el otro le defendia, afirmando que constituía las delicias de los hombres. Este se complacia en sacar á plaza todos sus defectos ; y aquel en ponderar las satisfacciones que su trato nos dispensa.

Á todo esto callaba yo, escuchando atento, pero al fin hube de ceder á las instancias que me hicieron para que declarase mi parecer, y dije : “ Señores, mucho puede decirse en favor de las mugeres, y contra ellas ; pero valga la generosidad, y convengamos en que tienen mas de bueno que de malo. Lejos de hablar con ligereza de las mugeres, debemos estimarlas, siquiera porque nacimos de ellas, porque nos criamos en su seno, y, en fin, porque son mugeres. Ellas son el adorno de la sociedad, el bálsamo consolador que cura las heridas del alma, y uno de los dones preciosos que el cielo ha hecho á los mortales.”

“ ¡ Brava defensa ! exclamó Benavides, bien se conoce que en esta parte te tienes por favorecido.”

“ Así es la verdad, respondí ; pues tengo una muger tan virtuosa como bella, y que estimo en mas que cuantos tesoros oculta el seno de la tierra.”

“ Guárdala, pues, dijo Benavides, y no la pongas en ocasiones, que en esto estriba la conservacion de su honor. La virtud tiene sus limites en todas las mugeres ; todas tienen su precio ; y la que no se rinde á un particular, tal vez sucumbe á un príncipe ; la que desprecia las dádivas y el oro, no sabe

resistir á la mágia de la adulacion. Esto, los hechos lo confirman, y lo enseña la esperiencia de los siglos.”

“Tambien enseña, dije, que las hay de una virtud á toda prueba, y á esta clase pertenece mi Elvira; siendo ella quien es, nada temo por mi honor.”

“Podrá ser que tengas razon, prosiguió; pero aunque su virtud escediera á la de otras mugeres como el brillo de este diamante (y esto lo dijo reparando en uno que traía yo en la mano) escede ál del cristal, no la creyera inaccesible.”

“; Benavides! dije, basta ya de discursos ociosos que tocan en agravios; tus razones para mí son diversos.”

“Dame ocasion y tiempo, (me replicó) é yo te convenceré que son verdades. Mañana parto para Zamora; facilitame que vea á Elvira; y si á la vuelta no te traigo la rendicion de esa fortaleza que tienes por inespugnable, habré perdido diez mil ducados que pongo contra ese diamante.”

“Por que quede castigada tu presuncion (le dije) primero con una repulsa, y despues con los filos de esta espada, admito tu propuesta. Y ten por entendido que sino lograres tu intento, se acabó nuestra amistad; si te salieres con él, y me lo pruebas, la joya será tuya, y no seré yo quien riña por una muger indigna de mi cariño.”

En vano quisieron nuestros amigos distraernos de tan loco empeño. Benavides, cuanto mas le decian, mas confianza mostraba tener en el éxito de su empresa; é yo, á impulsos de mi amor propio vivamente resentido, ratifiqué lo que habia dicho, y consentí aquella injusta prueba. Partió aquel para la

corte con cartas que le di para mi esposa, recomendándole como al mejor de mis amigos; cumplió con el encargo que llevaba para el Rey, y antes que llegara el refuerzo que se pedia, ya estaba de vuelta en nuestro campo. En los pocos dias que duró su ausencia, solo un pensamiento ocupaba mi imaginacion, Elvira y mi honor. El corazon fluctuando entre temores y esperanzas, no gozaba punto de reposo; y en tal estado no veía yo llegar la hora que debia determinar mi suerte. La brevedad con que Benavides dió la vuelta me hizo tener por seguro mi triunfo; pero cuando le ví llegar con semblante alegre y despejado, me llené de sobresalto. Empero me animé á hablarle y disimulando mi agitacion, le pedí nuevas de la corte.

“Aquí tienes cartas, me dijo, y entre ellas las hay de Elvira.”

“¿Y que te ha parecido ella? dije.”

“No he visto dama mas hermosa,” me respondió.

“Ni tampoco mas recatada, añadí. Ea, confiesa que no brilla ya á tus ojos este diamante como solia, y que ha perdido para tí sus atractivos.”

“Los ha perdido, en efecto, respondió Benavides, porque desde entonces acá me he hecho dueño de otra joya de muchísimo mas precio.”

“¡Qué joya! exclamé.”

—“El honor de Elvira.”

“Benavides, dije, las burlas no son para casos como este; acuérdate que desde hoy no podemos ser amigos.”

“Si tal, respondió, á no ser que me quieras faltar á la palabra. ¿No quedamos en que habia yo de

intentar la seducción de Elvira, y que si salía bien de la empresa sería mío ese diamante, sin que se alterase nuestra amistad por una mujer que no merecía ser objeto de una contienda? pues sabe, que he triunfado, que he logrado una conquista fácil. Cumple tú ahora con lo tratado, y seremos tan amigos como siempre.”

“¿Pero qué pruebas? exclamé, qué pruebas?, di presto, ó prepárate á dejar la vida en pago de esa calumnia.”

“Yo las daré, repuso Benavides, y tan ciertas, que no será menester juramento para confirmarlas. He aquí las de su gabinete: todo él está cubierto de tapicería de seda y oro, en que se ve representada á Cleopatra en una pomposa falúa, como cuando salió al encuentro de su amante Marco Antonio, surcando las claras ondas del Cidno. La chimenea que hay en él, está adornada con curiosas labores de escultura; y allí se ve á la casta Diana bañándose con sus ninfas, pero con tanta propiedad, que el arte parece haber escedido á la naturaleza. Pasemos ahora á la alcoba, en cuyo techo está pintado con mano maestra Apolo rodeado de las musas, y en la testera de la cama dos cupidos de plata descansando sobre los arcos, y puestos el dedo sobre la boca, que parecen imponer silencio.”

“Eso no basta, dije, ni me convence, porque todo pudiste saberlo de mis criados.”

“Pues acaba de convencerte, añadió Benavides, (sacando un brazalete que conocía yo ser de Elvira) y mira si puedes recusar este testigo de mi dicha. Esta prenda tu Elvira me la dió; y las espresiones

lisongeras con que acompañó la fineza, añadieron infinito á su valor.”

Á tales indicios, á tan claras pruebas, no era posible resistir. Volví á mirar el brazaletes, y no pude desconocerle; perdí de todo punto las esperanzas, y dí por consumada mi deshonra. Pero buscando todavía una salida en tan intrincado laberinto, me ocurrió que quizá habria Elvira perdido el brazaletes, ó que se lo habria entregado á Benavides para que me lo diera; pero nada de esto decian las cartas de mi esposa, y la desesperacion volvió á apoderarse de mi pecho.

En tal abismo de dudas, creí todavía desconcertar á mi contrario pidiéndole alguna señal que hubiese notado en la persona de Elvira; pero él, sin turbarse por esto, se preparó y ofreció á hacerlo con tanta alegría y satisfaccion, que llegué á persuadirme de mi deshonra, y lleno de furor le dije, “basta, basta, que ya no creeré sino que sea cierto cuanto has dicho aunque lo niegues con juramento. Toma tu salario, precito del infierno! (añadí arrojándole el diamante) gózate en tu execrable triunfo, y la cólera del cielo te confunda á tí y á ella.”

Dejando así á Benavides, y encerrándome en mi tienda, me abandoné á la consideracion de mi agravio. Qué dolorosa mudanza en pocos dias! yo, que no habia mucho me tenia por el mas dichoso de los hombres, odiaba ahora mi existencia: aquella Elvira, á quien amaba ayer con un amor que rayaba en idolatría, se me representaba hoy como un enemigo capital: sentí llamar la venganza á las puertas

del corazon ; y dejándome arrebatado del frenesí que me dominaba, determiné la muerte de mi esposa.

Entre los soldados que tenia yo á mis órdenes, habia uno cargado de crímenes, hombre sin honor, sin religion, y capaz de cualquiera maldad. Á este encomendé la satisfaccion de mi agravio, sin quererla tomar por mí mismo, porque tenia hecho propósito de no volver mas á ver á Elvira. Despues de haberle dado oro á manos llenas, le presenté una carta y un puñal. “Parte, le dije, á Zamora, y entrega esta carta á mi muger: en ella le prevengo que salga luego en tu compañía á reunirse conmigo. Cuando llegues con ella á un lugar solitario y favorable á mis intentos, sea este puñal el instrumento de mi venganza. Si de la ejecucion de esta orden me traes indicios suficientes, volveré á recompensarte con una generosidad superior á tus esperanzas.”

Partió aquel mercenario, y no tuve valor para detenerle ; pero apenas le perdí de vista, empecé á vacilar en mi resolucion. Ya me parecia posible que Elvira fuese inocente ; y el sangriento estrago de que iba yo á ser autor me confundia y horrorizaba: ya se me representaban en toda su viveza las pruebas de su delito, y el despecho y la indignacion volvian á prevalecer. Á veces podia mas mi amor que mi resentimiento, y entonces hubiera yo dado todos los tesoros del mundo por que no se efectuase mi designio. Entretanto, aquel mensajero de la muerte caminaba para su víctima, y cuando llegó el arrepentimiento, era ya tarde para el remedio.

¡Cómo haré, cielos! para contaros lo que resta de

este trágico suceso! Volvió á pocos dias el odioso ministro de mi venganza, (¡nunca yo le enviara!) y presentándome un vestido de mi esposa todo manchado de sangre, y cortado por el puñal en muchas partes, dijo: “Vuestros deseos se cumplieron, Elvira ya no existe, ¡he aquí las pruebas! venga ahora el premio de este servicio.”

No pretendo esplicaros lo que sentí en aquel momento; que es mas fácil imaginarlo que decirlo. En vano quise justificar mi conducta, y desterrar de mi pecho el remordimiento; una voz terrible dentro de mí mismo, me acusaba sin cesar. Arrojé al asesino un bolsillo, ordenándole huyese luego de mi presencia; monté á caballo, abandoné el ejército, y me puse en camino sin saber adonde iba. Habiendo andado errante algunos dias, llegué á esta ermita, que estaba inhabitada. Á su vista concebí la idea de dedicarme al servicio de Dios, y de renunciar á un mundo en que no habia yo hallado mas que ingratitud y perfidia. Dejé, pues, á mi caballo en su libertad; y habiéndome provisto de un vestido conveniente, me establecí en esta morada.

Hoy, como el primer dia, se conserva en mi memoria la imagen de mi adorada Elvira; testigo esta estatua que la representa labrada por mis manos. En medio de su culpa, la quiero todavia; ¡ved qué haria si llegase á persuadirme de su inocencia! ¡Cuántas veces he maldecido la hora en que espuse su virtud á una prueba impertinente! Pero tal es la condicion del hombre; siempre atormentado de deseos engañosos, corre en pos de una felicidad imaginaria, pudiendo hallarla dentro de sí mismo

real y verdadera ; y cuando piensa, al fin, haber logrado el bien que apetecía, encuentra su perdicion.

“Tal fue, dijo el conde Fernan Ramirez, la relacion que me hizo aquel solitario de su vida é infortunios.”

“¡Estraño caso! dijo Bernardo, leccion terrible! ; Plegue al cielo, si Elvira fue calumniada, que resplandezca algun dia su inocencia, y que su calumniador reciba el castigo merecido! Entretanto, proseguid vos con vuestros propios sucesos; pues nada de lo que os interesa puede serme indiferente.”

Volviendo entonces Fernan Ramirez á tomar el hilo de su discurso, habló de esta manera.

“Habiéndome despedido del ermitaño, y temiendo la persecucion del Rey, determiné salir de sus dominios ; y con este propósito anduve algunas jornadas, caminando de noche, y ocultándome de dia. Pero el dolor de dejar la patria se aumentaba á cada paso; parecíame que arrastraba una larga cadena que me tiraba hácia atrás; y al fin, el sentimiento de apartarme de aquel suelo, donde yacian los restos de mi esposa, y respiraba mi tierna hija, prevaleció contra el miedo de la muerte, y me detuve. Torciendo el camino, me vine á este valle donde esta corta hacienda que poseo, parecia ofrecerme, por lo retirado y escondido de su situacion, un lugar seguro, y los medios de subsistir mientras se mejoraba mi fortuna. En efecto, hallé lo que buscaba, y por espacio de tres años pasé una vida sosegada, sin que me atormentasen deseos engañosos, ni envidias del bien ageno. Á esto se añadia la dulce satisfaccion de saber que vivia mi hija; pues no faltaron

medios para que de cuando en cuando me informase de su salud. En fin, creí haber apurado la amarga copa de mis infortunios; ; pero cuanto me engañaba! Habian pasado muchos dias sin que se me diese noticia de mi niña: un vago y triste recelo se apoderó de mi ánimo; y á vuelta de estas dudas, determiné pasar á Mansilla, sin cuidar en los riesgos á que semejante paso me esponia. Llego allá, me presento á la labradora y reclamo el caro objeto de mis ansias. Anarda turbada, confusa y llorosa, me dice que mi hija ya no existe; y señalando el cielo, añade “allí tiene ahora su morada.”

Tan inesperado golpe estuvo en poco no encendiese de nuevo mi alma las llamas de la desesperacion. Pero llamando en mi socorro la religion y la filosofia, me resigné á la voluntad del cielo, y volví tristemente los pasos hácia Miduerna.

Pocos dias despues, la Providencia para compensar, sin duda, esta pérdida, os condujo á mis brazos de la manera que ya sabeis.

Esta es mi historia. Por ella conocereis que la vida del hombre no es mas que una mezcla de bienes y males, en que se necesita mucha virtud para saber gozar de los primeros, y no poca sabiduría para resistir á los segundos.

Así habló el conde Fernan Ramirez, dejando suspenso y pensativo á Bernardo, de quien nos despediremos por ahora para tratar de otras materias concernientes á esta historia.

CAPÍTULO X.

. . . . ; Al arma Capitanes !
Dejad la seda y brocado,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange.

La mayor parte de los caballeros y prelados que debian componer la Junta convocada por el Rey en san Esteban de Gorinaz, estaban ya reunidos en esta villa, cuando llegó don Alfonso. Allí se vieron juntos muchos de los caballeros mas ilustres de España; los representantes de las antiguas casas de Lémos y Sarriá, de Miranda y Castro; los Mendozas, los Sarmientos, y los Velascos; en fin, la flor de la Caballería de Castilla, y lo mejor de la Montaña. En compañía de estos vino gran número de hidalgos, deudos y vassallos suyos, y una multitud de pages y criados, resplandecientes por sus armas y vestidos.

Estando ya todo prevenido para celebrar la Junta, pasó el Rey á la Casa Consistorial de la villa, acompañado de su corte, y abrió la sesion en medio de un concurso numeroso, dirigiendo las palabras siguientes á la Nobleza que le rodeaba. “ Infanzones, Prelados y Caballeros: fieles Vasallos y Nobles amigos míos. El interés de la patria y el honor de mi corona reclaman hoy vuestros consejos, é invocan la luz de vuestra sabiduría. Ya sabeis como, hallándome

sin heredero, llamé á la sucesion del trono á Carlomagno, emperador de Francia, y le ofrecí para despues de mis dias, la soberanía de estos Reinos. Por vuestro respeto, y por asegurar vuestra independencia y la santa ley que profesamos contra los amagos del Sarraceno, nuestro enemigo natural, concluí con el Francés este tratado. Si erré, los motivos que me animaron deberán ser mi disculpa; si procedí discreto, vuestra aprobacion y aplauso me servirán de galardón. Á vosotros toca, pues sois el órgano de la nacion, y el apoyo del trono, confirmar esta medida, ó revocarla; restituyendo, en el primer caso, la tranquilidad á mis dominios; y arrostrando, en el segundo, los peligros de una guerra estrangera. Árbitros sois de la paz y de la guerra; pesad bien las razones que deban influir en vuestra resolución; pronunciad, y decidid."

Al discurso del Monarca se siguieron algunos debates entre los nobles sobre el partido que convenia tomar en aquellas circunstancias. Los que temian los trabajos y azares de la guerra, aconsejaban la ratificacion del concierto celebrado con Carlomagno, no dudando que la influencia que ellos egercian con el pueblo bastaria á reducir á los descontentos, y á desarmar las facciones. Pero á este dictámen se oponia él de un número mayor de caballeros de no menos gerarquía, y de condicion mas belicosa. Estos, animados de un espíritu caballeresco y noble, protestaron altamente contra el ofrecimiento hecho á Carlomagno. "Juremos, decian con generoso entusiasmo, mantener nuestra independencia, y no sucumbir jamás al yugo de un estrangero. La sangre de

aquellos ilustres godos que arrancaron al dominio de los árabes este resto de la Península, aun corre en nuestras venas : lo que su valor supo conquistar, nuestro esfuerzo sabrá defender : ¡ Guerra pues al Francés, y viva el honor de España !”

Esta llamarada de patriotismo fue recibida por la Asamblea, en general, con aplausos repetidos ; y entre vivas y aclamaciones quedó determinado que solo un príncipe español podia sentarse en el sόlio de Pelayo. Tomada esta resolucion, procedió don Alfonso á dar las disposiciones convenientes para asegurar sus estados contra una agresion del estrangero ; y al despedirse de los caballeros que se le habian juntado en san Esteban, les encargó le acudiesen á Búrgos, (donde pensaba trasladar su corte) con sus fuerzas respectivas, y las gentes de sus casas, y que esperasen allí sus órdenes. Hizo reconocer los castillos y fortalezas del reino, reforzó sus guarniciones, y mandó á sus Alcaldes estuviesen prevenidos para lo que pudiese suceder.

Las disensiones intestinas, que tanta inquietud le habian causado, se desvanecieron por sí mismas, ó con muy pocos esfuerzos de parte de los grandes ; pues con la muerte de don Bueso se estinguió aquel incendio, y habiendo cesado las causas, desaparecieron los efectos. Los reyes moros de Zaragoza y de Toledo, con quienes se tenia entonces guerra, y que estaban irritados contra don Alfonso por la intencion que habia manifestado de establecer en España á príncipe tan poderoso como Carlomagno, no solo le brindaron ahora con la paz, sino que ofrecieron ausiliarle con sus tropas en el caso de un rompimiento con la

Francia. Estas proposiciones, tan favorables al Rey, atendida su situacion, fueron admitidas con aprecio, y en breves dias quedó concluido entre los tres Monarcas un tratado de paz y alianza sobre la firme base del interés reciproco. Con iguales vínculos se le unió don Fortan Garcés, rey de Navarra, quien, por su proximidad á la Francia, temia con mas razon que todos, los efectos de la tempestad que amenazaba.

Apenas acabó el Rey de tomar unas medidas tan acertadas, resonó el grito de la guerra mas allá de los Pirineos, y vino retumbando el eco hasta la capital de Castilla. El Emperador francés, indignado contra don Alfonso por haber quebrantado la promesa y ofrecimiento que le habia hecho de la sucesion á sus dominios, habia resuelto lavar esta afrenta con la mejor sangre de España, y tomar por fuerza lo que no se le concedia de grado.

Convocando á sus Nobles y Capitanes, les habia representado su agravio, y solicitado sus ausilios para sostener el derecho que pensaba tener adquirido. Á su llamamiento se habia reunido toda la fuerza y caballería del reino, é ya un egército poderoso, capitaneado por aquellos ínclitos paladines cuyos hechos eran el asombro de la cristiandad, solo aguardaban la voz del Soberano para escalar los Pirinéos.

Don Alfonso, entretanto, se habia restituido á Leon, donde, pasados pocos dias, recibió la alegre noticia de que un egército auxiliar, enviado por Almanzor, rey de Toledo, y conducido por Mahomet Alamar, caudillo de gran fama, venia en su socorro, y pisaba ya las amenas márgenes del Duero. Llegaron al

mismo tiempo mensajeros anunciando que las tropas de Marsilio, rey de Zaragoza, entraban por los puntos de Moncayo con direccion á Búrgos, para hacer causa comun con los cristianos.

Con estas nuevas se apresuró el rey de Castilla á establecer su corte en Búrgos, donde pensaba formar su campo y reunir las fuerzas que debia oponer á los enojos de Carlomagno. Partiendo allá con una espléndida comitiva, en que iban muchas damas, y entre ellas Edelfrida, llegó cuando ya desde las torres de la ciudad se descubrian las espesas columnas y lucidos batallones de Marsilio, que se acercaban con marcial estruendo y banderas desplegadas. Las tropas de Almanzor habian ya llegado, y estaban acampadas en una llanura inmediata, entre la ciudad y Castrogeriz. Subiendo el Rey á un mirador de su alcázar, que por su elevacion dominaba gran parte del camino por donde venian aquellas tropas, se puso á contemplar la escena marcial y pintoresca que presentaban en su marcha. Á los rayos del sol que ya tocaba en el meridiano, se veia reverberar el bruñido acero de las lanzas y cimitarras, y despedir de cuando en cuando llamaradas de luz la tersa superficie de los escudos y corazas. El estandarte de Mahoma, sembrado de medias lunas, tremolaba sobre las enseñas menores, haciendo sombra á un mar de pomposos plumeros y de turbantes de diversos colores; al paso que, mezclado con los relinchos de los caballos, heria el oido ya el ronco son de los atambores, ya el agudo acento de las trompetas y añafles. Por otro lado se veia blanquear en los campos de Castrogeriz las tiendas del egército de Almanzor, y ele-

varse el suntuoso pabellon de Mahomet Alamar en medio de un campamento resplandeciente de armas, trofeos y divisas.

Estando ya estas tropas cerca de la ciudad, bajó el Rey de su mirador, y montando á caballo, salió al campo á recibirlas. Venia conduciendo la vanguardia aquel Abindarraez, Alcaide que fue del Carpio, á quien Bernardo habia vencido. Habiendo hecho al Rey el debido acatamiento, le correspondió don Alfonso cortesmente, y le señaló un arrabal fuera de los muros, donde le tenian prevenidos los alojamientos, por no haber proporcion para ello dentro de la ciudad, que estaba toda ocupada por las tropas castellanas. Tomando Abindarraez la direccion que se le habia dado, desfiló por delante del Rey con toda la caballería, que era á maravilla hermosa, y muy de ver por el lujo de sus armas y arreos. Pasada la vanguardia, llegó el cuerpo principal del ejército, y á su cabeza venia un jóven guerrero, cuyo gentil talle y noble presencia, llamaron la atencion del Rey, el cual, preguntando su nombre, supo que se llamaba Bravonel. Venia primorosamente ataviado á la usanza turca, y montado en un caballo árabe que en la viveza y desasosiego de sus movimientos daba bien á conocer su fogosa condicion, y la generosa raza de que procedia. Un voluminoso turbante cubria al Moro la cabeza y gran parte de su frente, y una barba muy poblada y negra le cogia la mitad de la cara, la cual, á no ser por una cicatriz que la afeaba, pudiera llamarse hermosa. Con todo esto, era el Moro galan y bizarro cuanto se puede encarecer, y en la viveza y espresion de sus ojos se descubria el alma

de un héroe. Habiendo saludado al Rey, pasó Bravonel adelante, y seguido de otros varios caudillos con sus respectivas batallas, fueron todos á ocupar los cuarteles que les estaban prevenidos.

Con el apoyo de estas fuerzas, unidas á las de un egército florido, que bajo la conducta de los grandes de Castilla se habia juntado en Búrgos, no dudaba el Rey poder resistir la invasion que meditaba Carlomagno ; y alentado con esta esperanza, ardia ya en deseos de marchar contra el enemigo. Empero, antes de entrar en campaña, le pareció conveniente probar los brios de aquellos caballeros, así propios como estrangeros, en un espectáculo público, que siendo imágen de la guerra le diese á conocer el espíritu y fuerzas de cada uno. Con este propósito ordenó que de allí á pocos dias se hiciese un torneo, y habiéndolo notificado á los caballeros de su egército, y á los que desde Toledo y Zaragoza habian acudido á su servicio, dispuso que en un campo inmediato á la ciudad se construyese un circo para la celebracion de la fiesta.

CAPÍTULO XI.

. Han pregonado
Que hay unas reales justas,
Donde el premio será dado
Al que mejor lo hiciere,
Sea moro ó sea cristiano.

Habiendo llegado el dia señalado para el torneo, pasó el Rey al circo en compañía de una numerosa y brillante corte, y ocupó el asiento que le estaba prevenido debajo de un dosel de terciopelo carmesí bordado de oro con franjas de lo mismo. Á un lado del trono se colocaron los grandes del reino, y señores de alta gerarquía que asistían cerca de la persona del Soberano; en el otro se repartieron las damas mas principales de la ciudad y de la corte, cuya hermosura, realzada por el oro y pedrería que brillaba en sus personas, deslumbraba la vista, y rendía los corazones. Una de estas era Edelfrida, que entre todas se distinguía como el gran lumínar del cielo entre los astros inferiores; y no por el lujo de sus galas, sino por las peregrinas gracias que naturaleza le habia prodigado. Su traje se reducía á un vestido de raso blanco, ceñido el cuerpo con un cordon de oro, cuyas borlas caían por delante hasta el suelo. Un velo de finísimo cendal, que le llegaba desde la cabeza hasta los pies; el cabello graciosamente prendido, y adornado de una guirnalda de rosas naturales, blancas y rojas, y sobre la

frente un carbunclo, cuyo resplandor era tan vivo, que parecia competir con la luz del dia. Detrás de la silla real, habia una pequeña guardia de Alabarderos, armados de punta en blanco, cuya grande estatura é inmovilidad les hacia semejantes á unas estatuas de hierro. En un extremo de la plaza habia una espaciosa tienda de damasco azul, para comodidad de los caballeros combatientes, y en ella estaban algunos pages para asistirlos. Enfrente de esta habia otra tienda no menos vistosa, donde presidian los jueces, sentados detrás de un aparador magnífico, en que estaba puesto el premio que habia de tributarse ál que saliese vencedor en aquella empresa. Este premio era una medalla de oro, guarnecida de diamantes, que contenia el retrato de una hermosa dama, pendiente de una cadena de inestimable precio; y fuera de esto, habia otras varias joyas de mucho valor para distribuir entre los demás caballeros á voluntad del Rey.

Un concurso numeroso ocupaba ya la plaza, cuando sonaron los ministriles, y empezaron á entrar en ella los caballeros que pretendian lucir en aquella fiesta, los cuales eran cinco, cada uno á la cabeza de su cuadrilla. La alegría que reinaba en todos los semblantes, el vistoso aspecto de la plaza, adornada de preciosas colgaduras, la variedad de los trages y galas, y las armas que relucian entre plumas, sedas y brocados, constituian un espectáculo el mas encantador y pintoresco.

Estando ya todo á punto, se presentó un rey de armas, y leyó el cartel de condiciones que debian guardarse en la fiesta. Cada uno de los cinco ca-

balleros correria cuatro lanzas con los de otra cuadrilla; las armas serian iguales; los que tuviesen la fortuna de vencer á cuatro caballeros, deberian despues justar entre sí hasta quedar uno de ellos dueño absoluto del campo, y este seria proclamado vencedor del dia; el premio mayor seria el retrato con su medalla y cadena; la distribucion de los demás premios se la reservaba el Rey para obsequiar á los otros caballeros segun el mérito de cada uno.

El primero que entró en la palestra fue don Tibalte de Velasco, capitan mayor de los egércitos de Castilla, con armas doradas, banda de raso blanco bordada de lantejuelas de oro, plumas moradas y pagizas, y un caballo que en lo blanco y corpulento parecia un monte de alabastro. Por divisa traía, pintadas en el escudo muchas lanzas rotas, con esta letra:

“Entera solo la mia.”

Seguíale su cuadrilla cuyas armas y plumas, así como los pendoncillos de las lanzas, eran de colores correspondientes á los de su Gefe.

Tras él entró Alvar Fañez, con armas negras, plumas de lo mismo, y tantas, que le cubrian todo el yelmo; el peto con engastes de oro y pedrería, y el caballo resplandeciente por el lujo de sus jaeces. Venia acompañado de su correspondiente cuadrilla, y por divisa traía pintada en el escudo una luz combatida de un viento que la mataba y la volvía á encender, con este mote:

Aunque el rigor de los zelos
Á mi noble amor ofende,
Lo que le mata le enciende.

Con marlota de brocado verde, reluciente con medias lunas de espejuelos, y las mangas guarnecidas de perlas y rubíes, entró luego con su cuadrilla Mahomet Alamar, el general de Toledo. Venía sobre una hermosa yegua, negra como el azabache, cuyas guarniciones eran de esquisito gusto y de mucho precio, las riendas de seda, y el freno y estribos de plata con relieves de labor morisca. Por divisa traía un cupido vendado á los pies de una hermosa dama, y por letra

“ Medroso de morir si llega á vella.”

Á este siguió Abindarraez, con un vestido de azul celeste y plata, hecho á la turquesca. Montaba un caballo berberisco, de cerviz corta, de nariz ancha, y tan fogoso, que para sujetarle bastaba apenas toda la destreza de su dueño. En las plumas y galas de la cuadrilla que le acompañaba, prevalecía el color azul celeste. La divisa de este gallardo Moro era un navío que navegaba á toda vela con viento largo y mar en bonanza, con esta letra :

Marinero soy de amor,
Y en el mar de mi deseo,
Libre ya de las tormentas,
Las velas al aire tiendo.

El último que entró en la plaza, aunque no el menos galan ni bien puesto, fue Bravonel. Traía una marlota carmesí, toda sembrada de estrellitas de oro, y un turbante de tocas blancas y verdes, adornado de una media luna de diamantes, que á cada

movimiento de la cabeza despedía rayos de luz de mil colores. Al lado le pendía un alfanje damasquino, cuyo pomo era una esmeralda y la vaina una plancha de oro fino, historiada con letras arábigas. Venía sobre un arrogante caballo, cuyos arreos eran una piel de tigre con remates de oro, garzota magnífica, y pretal cubierto todo de cascabeles de plata. En el escudo tenía un sol coronado de rayos que se asomaba en el horizonte, y por letra :

Va saliendo.

Seguíale, como á los otros, una cuadrilla muy lucida.

Esta profusion de cifras, galas é invenciones, fue celebrada por el pueblo con aplausos: los caballeros ancianos, mirando aquel aparato, recordaban los días de su juventud lozana; los jóvenes prorumpían en admiraciones; y aun las damas daban, complacidas, señales lisongeras del placer que experimentaban. Solo Edelfrida enmudecía y se mostraba triste en medio del general contento. Conservando viva en el corazón la memoria de aquel García á quien había hecho dueño de su albedrío, y á quien miraba ausente, y escluido de participar en las glorias del torneo, suspiraba y se afligia, sin acertar á distraerse con una función en que faltaba aquella luz de sus ojos, aquel alma de sus pensamientos.

Entretanto, los caballeros que debían justar discurrían por la plaza caracoleando y haciendo escarceos; y los jueces, ocupados en echar suertes entre ellos, esperaban que el acaso determinase cual había

de presentarse primero en la palestra. Tocó esta suerte á don Tibalte de Velasco, y habiendo salido contra él sucesivamente cuatro caballeros, corrió las cuatro lanzas y ganó dos.

Á don Tibalte siguió Mahomet Alamar, el cual, valiéndose de la ligereza de su yegua, empezó con admirable donaire y gracia á dar vueltas á su contrario hasta que le vió desprevenido, y entonces, arremetiéndole á él con la lanza en ristre, le tendió de espaldas sobre las ancas del caballo. Corrió la segunda lanza con igual destreza, pero no con la misma ventaja. En el tercer encuentro hizo también algunas suertes muy peregrinas, pero en el cuarto estaba ya su yegua tan cansada, que fue milagro no le venciese su contrario. En fin, ganó solo una lanza, y desocupó el puesto.

Salió entonces el gallardo Abindarraez, y contra él un caballero de la cuadrilla de don Tibalte. El encuentro fue terrible, las lanzas de entrambos saltaron hechas pedazos, pero ninguno perdió la silla ni hizo mudanza alguna. Revolviendo el caballo, arremetió Abindarraez al segundo caballero, y con tal pujanza, ó acierto, que de un bote le hizo venir al suelo. El regocijo de los moros por este suceso se manifestó con gritos de aprobacion. Entró el tercer caballero, y volvió Abindarraez á tomar carrera para venir á su encuentro, pero al hacerlo, tropezó su caballo, y se le cayó al Moro la lanza de la mano, cuando tenia casi encima á su contrario. Aquí fue el triunfo de los cristianos, que miraban ya vencido al arrogante Moro, y sin derecho á continuar en la palestra. Pero Abindarraez, sacando

el caballo con destreza singular, supo evitar el encuentro, y habiendo dado media vuelta al circo, pasa á escape por junto al sitio donde queda la perdida lanza, y descolgándose de la silla, como si quisiera besar la tierra, recoge su arma sin detenerse, y la cobra sin tocar el suelo. Estas y otras suertes hizo con la misma habilidad y gentileza, hasta acabar de correr las cuatro lanzas, de las cuales salió ganando tres.

Vino entonces Alvar Fañez, tan confiado y arrogante, que parecia mirar á sus contrarios como vencidos en profecía; y en verdad que no dejaba de tener razón, pues justificaron sus hechos lo que ofrecían sus miradas. En cuatro encuentros que tuvo con otros tantos caballeros, dió tales pruebas de valor y destreza, que arrebató la admiración de los espectadores. Derribó de su caballo al primero que se le opuso, hirió malamente al segundo, y con igual felicidad venció á los restantes; por manera, que habiendo ganado las cuatro lanzas, solo faltaba ver lo que haría Bravonel para proclamarle vencedor.

Entonces fue cuando se le acrecentó á Edelfrida la pena que sentía por la ausencia de su amante; pues viendo á Alvar Fañez tan cerca de alcanzar el lauro de la victoria, consideraba que solo García era capaz de arrebatarle este triunfo.

Vistoso, galán y bizarro, entró Bravonel en la liza, gineteando y dando vueltas por ella con mucha gentileza y brio. Habiéndose acercado al aparador, donde estaban los premios, se puso á mirar á aquel retrato que en breves momentos había de pertenecer ál que con mas lucimiento saliese de aquella em-

presa. Y viendo en la galería de las damas el original, que no era otra sino Edelfrida, se fue allá, y haciendo arrodillar á su caballo delante de ella, la saludó á la usanza mora. Confusa y ruborosa, le correspondió Edelfrida con una mirada de aprobacion; y el Moro, satisfecho con este favor, partió á probar sus brios contra cuatro caballeros que ya le estaban esperando.

Sin buscar espresiones con que ponderar el esfuerzo y gallardía de Bravonel, baste decir que apenas empezó á justar, se llevó la palma del vencimiento, y dejó deslucidos á los caballeros que le habian precedido. Uno despues de otro derribó de sus caballos á sus cuatro competidores, ganando así consecutivamente las cuatro lanzas prevenidas por el cartel. Empero, como Alvar Fañez se hallaba en el mismo caso, era necesario que justasen entre sí los dos, hasta que el uno venciese al otro. Trábose luego esta contienda, y no fue poco el interés con que la miraron los concurrentes. Estaban las voluntades divididas entre los dos caballeros: El Rey favorecia á Alvar Fañez; Edelfrida y otras muchas damas á Bravonel; los cristianos hacian votos á favor del primero, los moros rogaban á Mahoma fuese en ayuda del segundo. Ellos entretanto, hacian prodigios de valor y destreza, y se daban tan fuertes botes de lanza, que causaba admiracion.

Cansados al fin los caballos, y rotas las lanzas, propuso Alvar Fañez á Bravonel continuar la batalla á pie. “Sea como quereis, respondió el Moro.” “Pues sea batalla á toda prueba, añadió Alvar Fa-

ñez.” “Me rogais, repuso Bravonel, con lo mismo que deseaba.” Y saltando ambos combatientes de sus caballos, fuéronse el uno para el otro, no ya con el ardimiento de caballeros, sino con la ferocidad de tigres, no para lucir su destreza en el manejo de las armas, sino por herirse y darse muerte. Diéronse infinitos golpes, ya de punta ya de tajo, y con tal viveza y furor, que al verlo las gentes, se estremecían y maravillaban. Pero de la parte de Bravonel se reconocía una ventaja decidida: veíase relampaguear su alfanje al rededor de la cabeza de Alvar Fañez, que apenas acertaba á defenderse contra la lluvia de golpes que recibía.

Don Alfonso, viendo á los dos caballeros tan encarnizados, y á Alvar Fañez aturdido, ensangrentado, y reculando delante de Bravonel, que le traía á cuchilladas por toda la plaza, mandó á los jueces que enviasen á despartirlos. Hízose la voluntad del Rey; pero cuando llegaron á separarlos ya Bravonel había desarmado y vencido á Alvar Fañez, y quedaba dueño absoluto de la plaza.

Entre vivas y aclamaciones, y al son de músicos instrumentos, fue proclamado el valeroso Moro campeón del día, y como tal premiado con el retrato de Edelfrida. Los demás premios fueron distribuidos entre los otros caballeros conforme á su mérito respectivo.

Mucho sintió don Alfonso la desgracia de su privado, y quisiera, si fuese posible, restaurar el honor de Castilla, ajado por aquel Moro. Con este cuidado propuso á Bravonel justase lanza por lanza con otro caballero, ofreciendo premiar al vencedor con el fa-

moso Bayardo, caballo que en el mundo no tenia igual. Admitida la proposicion, salió contra él un caballero de la cuadrilla de Alvar Fañez. Bravonel, saltando sobre su caballo, volvió á justar, y volvió á vencer como otras veces, pues habiendo acertado á su contrario con la punta de la lanza en la mitad del peto, le dejó con la fuerza del bote, desmayado y sin sentido.

Con este suceso se alteraron de nuevo los ánimos, y los espectadores aplaudian ó murmuraban segun la parte que favorecian. El Rey, confuso y despechado, mandó traer al generoso Bayardo, y lo presentó á Bravonel. Pero no pudiendo persuadirse que este Moro fuese invencible, y confiado en que al fin le abandonaria su fortuna, trató con las palabras siguientes de empeñarle en otra prueba: “muy grande ha sido, caballero Moro, el valor y esfuerzo que en este dia habeis mostrado: hasta aquí toda la gloria es vuestra: ved ahora si quereis, por última vez, probar fortuna con otro caballero, con la seguridad de que será vuestra si salis victorioso, la insigne Belisarda, aquella espada de Pelayo que heredé de mis abuelos. La alegría de Bravonel, al oir esta propuesta, se manifestó visiblemente en la espresion de su semblante, y en la presteza con que volvió á tomar su puesto en mitad de la palestra.

Viérase entonces á los caballeros cristianos disputar entre sí el honor de competir con el invencible Moro; viérase al Rey, entre dudas y esperanzas, mirar enderredor sin atreverse á nombrar á ninguno, y al pueblo en su impaciencia, pedir con clamores la resolucion del Soberano. En medio de estas dudas,

debates y porfías, decían unos: “¡ Ah, si estuviera aquí el gran conde de Saldaña! ” “ ¡ Que falte en esta ocasion, decían otros, el esforzado Fernan Ramirez! ” y en esto hubo quien mencionó á García Velasco. Apenas se oyó esta voz resonó el nombre de García en todo el ámbito de la plaza. “ ¡ García, García! ” decían todos ; “ que se mande venir á García ; él solo puede darnos la victoria, y quitar á este Moro su arrogancia.”

Con semblante airado y mirar severo escuchaba don Alfonso estas voces : lejos de acceder al voto general, queria retirarse, y prohibir para siempre los torneos ; pero viendo que los mas principales de sus caballeros (menos Alvar Fañez) le rogaban que hiciese lo que el público pedia, dió su consentimiento, y ofreció, dentro de seis dias, presentar á García en la liza, si Bravonel aceptaba el desafío. Oyendo esto el victorioso Moro, se acercó respetuosamente al Rey, y dijo : “ Señor, haced cuenta que ya Bravonel está vencido ; escusado es que envieis á buscar á García Velasco ; aquí le teneis á vuestras plantas ; ” y al decir estas palabras, se quitó el turbante y una barba postiza que traía, se limpió con un lienzo la fingida cicatriz que le afeaba el rostro, y vieron todos..... á García ! ó por mejor decir á Bernardo, al mismo por quien clamaban, y cuyas proezas, bajo el nombre de Bravonel, habian sido aquel dia la admiracion y asombro de moros y cristianos. El regocijo de estos últimos, se manifestó en una vocería y algarazara que hizo retumbar la plaza ; Edelfrida pagó con un desmayo su alegría ; y el Rey desenojado ya y compla-

cido, le devolvió su favor y amistad, con espresiones las mas afectuosas y lisongeras.

No paró en esto solo la dicha de Bernardo: otras mayores le tenia reservadas el cielo; que la fortuna llama á la fortuna, y las dichas, como las desgracias, se eslabonan y atropellan. Pero quédese para otro capítulo la esplicacion de todo esto; pues ya terminó el torneo, y el numeroso pueblo que ha asistido en él se retira á la ciudad, ponderando las peregrinas suertes, las lanzas rotas, las heridas y las glorias de aquel dia.

CAPÍTULO XII.

. Hoy quiero
Armándole caballero,
Ceñirle la espada yo.

Las olas de la fortuna (ha dicho alguno) tienen su flujo y reflujo como las del mar, y tal vez sucede que el golpe que parece va á sumirnos en un abismo de desgracias, nos conduce al puerto de nuestras esperanzas. De esto tenemos un egemplo en nuestro héroe Bernardo, que cuando empezaba á creerse abandonado de la Providencia, se halló elevado por ella á la mayor prosperidad. Habia llegado al valle de Miduerna, despues del azaroso suceso del Monasterio, con el corazon oprimido de una negra melancolía; pero antes que partiera de allí, se le habia trocado su tristeza en regocijo, y el cielo, compadecido de sus penas, parecia haberle abierto una perspectiva llena de venturas. Su conversacion con el conde Fernan Ramirez le habia instruido de muchas cosas que tenian para él un interes profundo, y que llenaban su alma de una dulce satisfaccion. El conocimiento que tenia de su calidad, y la consideracion de que ya no era, como habia creido, un humilde rústico nacido en la oscuridad, daban á su carácter una noble independencian, y cierta elevacion á sus pensamientos. La carrera de la gloria parecia ofrecérsele ahora con menos estorbos; y Bernardo ardia en deseos

de acreditar con sus hechos la ilustre sangre que le alentaba. El justo deseo de ser reconocido algun dia por hijo de doña Jimena, y por sobrino de don Alfonso, estimulaba su ambicion; al mismo tiempo que le animaba la lisonjera esperanza de averiguar la suerte del gran conde, su padre, de justificar á Garci Ramirez, y de restituir á entrambos á la gracia del Soberano. Ardua empresa parecia conciliar tantos extremos; pero Bernardo determinó acometerla, y al efecto entró en consulta con su amigo y bienhechor.

Despues de formar varios planes, cuya ejecucion venia á estrellarse siempre en la desgraciada circunstancia de haber incurrido Bernardo en el desagrado de don Alfonso, le ocurrió á Fernan Ramirez un pensamiento feliz, que sacó á su amigo de las dificultades que le rodeaban. Acababa de publicarse el restablecimiento de la paz entre el rey de Castilla y el de Zaragoza, cuya noticia, y la de los aprestos que hacia Marsilio para ausiliar á su aliado en la guerra de Carlomagno, habian penetrado hasta las soledades de Miduerna. Este acontecimiento ofrecia á Bernardo la ocasion de servir á don Alfonso, tomando partido como voluntario en las tropas del Monarca de Aragon, le abria un dilatado campo en que lucir sus talentos militares, y le proporcionaba los medios de reconquistar el favor de su Soberano. Tal fue la idea de Fernan Ramirez: Bernardo, teniendo su consejo por acertado, resolvió seguirlo, y volviendo á despedirse de su amigo, se puso en camino con direccion á Zaragoza.

Á su llegada á esta ciudad, donde ya la fama habia publicado su valor, y el peregrino modo con que se

habia apoderado del Carpio, fue recibido con agasajo por los caudillos principales, de los cuales fue uno Abindarraez, á quien el Rey moro, no obstante la pérdida de aquel castillo, habia devuelto toda su confianza, por el alto concepto que tenia de su valor y fidelidad. Con tan buenos principios, y con el apoyo de Abindarraez, no dudó Bernardo de alcanzar la pretension que traia de servir en aquella guerra bajo las banderas de Marsilio. En efecto, el Rey prevenido en su favor, le entregó el baston de general, que estaba destinado á Abindarraez, y que este mismo solicitó para su amigo. Á esta prueba de su confianza, añadió el Monarca moro otra de su generosa disposicion, proveyendo á Bernardo de caballos, armas, galas, y en fin, de todo lo necesario para que pudiera sostenerse en su servicio con lucimiento. Así es que cuando se presentó Bernardo en las justas de Burgos, ninguno le escedió en magnificencia, como tampoco le ganó nadie en esfuerzo y valentía.

Tal es la historia de nuestro héroe desde que salió desterrado del monasterio de la Sierra, hasta que volvió á cobrar, en Burgos, la gracia del Soberano. Don Alfonso, en este intermedio, habia sabido que el supuesto Garci Velasco era el fruto de los amores de doña Jimena con el conde de Saldaña. Su hermana (que ya conocerá el lector era aquella dama que vino á buscar á Bernardo en el templo) le habia hecho este descubrimiento (tan pronto como vió algun tanto sosegado el ánimo del Rey) con el objeto de destruir las sospechas que este parecia haber concebido de su conducta cuando la sorprendió en el templo. Esta revelacion no dejó de sorprender á don

Alfonso, si bien habia tenido él desde un principio noticia de haberle dado la Infanta un sobrino. Pero como hubiesen pasado tantos años desde aquel acontecimiento, y como en todo este tiempo no hubiese oido hablar de aquella criatura, habia llegado á persuadirse que Bernardo ya no existia; ó por lo menos la impresion que pudo haberle hecho esta circunstancia, se habia borrado casi totalmente de su ánimo. Mas ahora los recelos que le habia inspirado el nacimiento de este niño despertaron en su primitiva fuerza, y le llenaron de inquietud.

Alvar Fañez, que le halló en una disposicion tan favorable á la ejecucion de los siniestros designios que meditaba contra Bernardo, no se descuidó en atizar los celos del Rey con insinuaciones y consejos dirigidos á la perdicion y muerte del desgraciado Infante. El Rey, combatido por un cúmulo de contrarios afectos, apenas tomaba una resolucion, la volvia á desechar. Ya se le representaba con viveza el agravio que el conde de Saldaña habia hecho á su casa, y determinaba dar al hijo la misma suerte que al padre: ya consideraba las altas prendas de Bernardo, y la sangre que le unia á él, é inclinaba á reconocerle y á amarle como cosa suya. El rigor y la piedad, la razon de estado y la voz de la naturaleza, prevalecieron alternativamente en su pecho. Pero al fin, acabó de resolverse; y habiendo desterrado á Bernardo, determinó perpetuar su destierro, para que viviese en la oscuridad, y en una ignorancia total de su clase y nacimiento. Pero el cielo como se ha visto, lo tenia ordenado de otra suerte; y aunque don Alfonso, llevado de sus pasiones, habia ejecutado un

acto de rigor ageno de su condicion, todavía, cuando volvió despues á hallar á Bernardo bajo el disfraz de Bravonel, se llenó de una dulce y alegre satisfaccion; de lo que se infiere que los hombres mas jústos y humanos, cuando los instiga el interés particular, el temor, los celos, ú otra cualquiera pasion, están sujetos á cometer acciones contrarias á sus sentimientos, y que su corazon reprueba.

Antes de volver á tomar el hilo de nuestra narracion, parece conveniente añadir una palabra sobre la historia de doña Jimena. Esta señora habia incurrido, como ya se ha insinuado, en el desagrado del Rey, á quien habian revelado su amorosa correspondencia con el conde, y sus efectos. Conducida por orden de don Alfonso al monasterio de la Sierra, habia padecido un encierro de mas de quince años cuando llegó allá Bernardo. Todo este tiempo lo habia pasado llorando sus yerros é infortunios, sin dejar por eso de conservar viva en su corazon la memoria de su amante y de su hijo, cuya suerte ignoraba enteramente. El discurso de los años habia mitigado en gran manera el enojo de don Alfonso; y este príncipe, compadeciendo la suerte de la infanta, habia resuelto, al fin, sacarla de su encierro, y restituirla al rango que la correspondia por su nacimiento. Con este intento se habia detenido en el Monasterio, cuando iba de camino para san Esteban de Gormaz; pero el incidente desgraciado que queda referido, estorbó que el Rey llevase adelante su pensamiento, así como privó tambien á Bernardo de entrar, por entonces, en la noble orden de Caballería.

Volvamos ahora á nuestro héroe, á quien dejamos

coronado de gloria, y en visperas de subir aun á mayor fortuna con el favor de su Soberano. Concluido el tornéo, volvió don Alfonso á Burgos, acompañándole Bernardo y toda la nobleza : entró en Palacio, y sentándose en su silla Real, rodeado de todos aquellos grandes y caballeros, mandó á Bernardo que se acercase, y tomando la espada Belisarda, dijo : “ Al entregaros, victorioso jóven, esta espada, que ya de derecho os pertenece, quiero cumplir la palabra que os dí algun dia de armaros caballero, y de ceñiros por mi mano este bruñido espejo del honor, simbolo de la noble órden en que vais á entrar. Y por si alguno creyere que faltan en vos los requisitos de sangre y nobleza, de que no se puede prescindir para conceder tan alto honor, quiero que sepan todos, y en público lo confieso, que sois mi sobrino, y que os llamo Bernardo, y que ninguno hay en España mas noble ni mejor que vos. Ahora bien, llegad, y haced pleito homenaje, como previenen los estatutos, para que os pueda entregar esta espada, que espero será en vuestro brazo asombro y temor del Agareno.”

Habiendo dicho el Rey estas palabras, hincó Bernardo en el suelo una rodilla, y besando la cruz de la insigne Belisarda, dijo : “ En vuestras Reales manos hago pleito y juramento de guardar inviolable la fe de caballero, todo el tiempo que fuere vivo ; de no hacer ni consentir que otro haga esceso ; de amparar á la viuda menesterosa, y á la desvalida huérfana ; de proteger al débil contra el fuerte ; de morir, si necesario fuere, en defensa de nuestra Santa Ley, y de servirlos á vos leal y fielmente en la guerra y en la paz.”

Hecho este juramento, le dió el Rey suavemente con la espada dos golpes en los hombros, y mandándole que se levantase, se la ciñó por su mano. Á esto siguió la ceremonia de calzar las espuelas, que tocó á Alvar Fañez, á quien dijo el Rey: “yo le ceñí la espada, calzadle vos las espuelas.” Obedeció Alvar Fañez, aunque de mal talante, y quedando así Bernardo legítimamente iniciado en la orden de Caballería, saludaron todos al novel caballero, y le dieron el parabien del nuevo honor adquirido. El Rey, mas espresivo que ninguno, le abrazó afectuosamente, diciendo: “Dios os haga venturoso en las batallas, y os dé buena andanza en todas vuestras empresas. Desde hoy corren por mi cuenta vuestra fortuna y vuestros adelantos; y pues mi sangre os abona, quiero que lleveis por armas un castillo y un leon, y por apellido, él del Carpio, por que pase á los venideros siglos la fama de vuestra primera hazaña.”

“Señor, respondió Bernardo, con las mercedes que me dispensan vuestras Reales manos, pienso que hoy renace mi nobleza, y que adquiere el alma nuevo ser. Á los hechos remito la espresion de mi reconocimiento: con ellos me propongo corresponder á tan altas obligaciones, arrostrando peligros, é intentando temeridades, hasta sacrificar, si necesario fuese, mi vida en vuestro servicio. Vos vereis que esta inclita espada que otro tiempo esgrimió el gran Pelayo, será en mi mano un rayo de acero, un tizon ardiendo, que envuelva en consumidoras llamas al frances y al agareno. Y creed, señor, que con el aliento que me inspiran vuestros favores, lo que ahora he dicho algun dia haré mejor.”

Muy pagado quedó el Rey de la respuesta de su animoso sobrino, á quien miraba ya como centro de sus mas lisonjeras esperanzas. Habiendo despedido la corte, se retiró con él á solas á un gabinete, y allí le dirigió algunas preguntas sobre su vida pasada, y sobre el anciano labrador que habia cuidado de él hasta entonces. Bernardo, sin descubrir todavía al conde Fernan Ramirez, se limitó á manifestar al Rey, que por medio de este anciano habia llegado á conocer los padres á quienes debia su existencia; añadiendo que si bien habia tenido la singular dicha de hallar á la Infanta su madre, no habia sido lo mismo respecto del conde de Saldaña, cuya suerte y paradero tenia el sentimiento de no haber podido averiguar.

Maravillado quedó el Rey con la respuesta de su sobrino, á quien no creia tan instruido sobre este punto, y temiendo que pasase adelante con el deseo de averiguar materias que él queria guardar secretas, trató de cambiar la conversacion. Pero Bernardo, adivinando sus pensamientos, se apresuró á aprovechar una ocasion tan favorable, y echándose á los pies del Rey, le suplicó con grandes encarecimientos le descubriese cual habia sido la suerte de su padre el Conde, cual su paradero, y si vivia aun, ó si reposaba en las sombras del sepulcro: “generoso Alfonso, dijo Bernardo, si en algo os obliga mi lealtad, si en mí habeis hallado algunos merecimientos, por ellos os suplico (asi Dios ensalze vuestro regio estado y poderío hasta que domineis á toda España) me digais esta verdad oculta que tantas inquietudes me cuesta, y que vos no ignorais.”

El llanto y ruegos de Bernardo, aunque no fueron poderosos á arrancar todo el secreto, no dejaron de conmover al Rey, que deseando satisfacer en parte á su sobrino, le dijo: “Tranquilizáos, Bernardo; vuestro padre vive; quizá le vereis algun dia; pero no querais saber otra cosa por ahora.”

Bien echó de ver nuestro héroe que serian inútiles cuantos esfuerzos hiciera entonces para correr enteramente el velo á este misterio: así es que mostrándose satisfecho con lo que don Alfonso le habia querido descubrir con respecto al Conde, abandonó esta solicitud, para intentar otra, que no dejaba de interesarle; la justificacion del conde Fernan Ramirez. Con este objeto hizo al Rey una relacion exacta de la traicion que se habia ejecutado con este desgraciado ministro, y como bajo el fingido nombre de Ruy Velasco y el disfraz de labrador, vivia desterrado y triste en las soledades de Miduerna. Ofreciéndose por fiador de la inocencia y lealtad del Conde, pasó Bernardo á esponer los beneficios que le debia, y el cuidado que este virtuoso caballero habia tenido de él en su infancia, y acabó por suplicar al Rey le volviese á su gracia, y castigase á sus enemigos.

Al oir esta relacion, se inmutó don Alfonso, y quedó por algunos momentos mirando á Bernardo con una mezcla de admiracion y de disgusto. Rompiendo al fin el silencio, dijo: “Bernardo, vos no sabeis lo que decis: Ese conde Fernan Ramirez es un ingrato, un traidor, que intentó despojarme de mi corona, y quiso entregar mi reino al estrangero. Volviendo á pisar un suelo que le está vedado, ha

puesto su vida en contingencia: guárdese, pues, de mí, y no quiera probar mis enojos; que la ira del Rey es mensajera de la muerte.”

Bernardo, oyendo estas terribles palabras, se abstuvo de replicar y se retiró de la real presencia lleno de confusion, y no sin algun temor de la tempestad que su inocente celo habia movido.

Ya hemos visto como nuestro héroe, volviendo por su padre y por Fernan Ramirez, cumplió sus deberes como hijo y como amigo. Entretanto no se crea que vivia olvidado de sus obligaciones como amante. En medio de los cuidados que le ocupaban, y de los varios sucesos que distraían su atencion, Edelfrida era siempre el objeto de sus pensamientos, y el móvil de sus acciones: ella daba aliento á su valor, le inspiraba una loable ambicion, y le hacia valiente, discreto y generoso, aun mas de lo que era; que todo esto puede el amor cuando se apodera de un corazon virtuoso.

Si Bernardo, á su llegada á Burgos con nombre y trage moro, no se descubrió desde luego á esta dama, fue por no defraudarla del gusto que era de presumir tendria ella cuando le reconociese despues de su triunfo en el tornéo, y le viese coronado de gloria, y rico con las mercedes del Soberano. En efecto, el placer que tuvo Edelfrida al ver á su amante tan mejorado de fortuna, solo puede igualarse con él que experimentaba Bernardo al considerarse ya mas digno de su mano, y mas cercano á la posesion, término apetecido de sus ansias y cuidados.

Las amorosas razones que pasaron entre estos

amantes, las emociones que sintieron, cuando, en la noche de aquel día que tan venturoso había sido para Bernardo, se vieron los dos en el terrero de palacio, diganlo las estrellas que desde sus lucientes órbitas fueron los únicos testigos, ó cuéntelo el blando céfiro que, jugueteando enderredor, los escuchaba; que la pluma no es poderosa á tanto empeño; pues ¿quién hay que pueda interpretar una mirada que dice volúmenes, ó un suspiro que encierra un mundo de pensamientos? Baste decir que allí se renovaron las protestas de un afecto inalterable, y se dieron prendas de una fe constante y firme. Pero en medio de tan dulces pláticas, notó Bernardo en el semblante de Edelfrida cierta expresión de tristeza y aun vió que sus bellos ojos regateaban algunas perlas que pugnaban por salir. “¡Sol de mi alegría! dijo Bernardo, luz de mis tinieblas! vida de mi vida! ¿qué novedad es esta? qué pena os aflige? qué sentimiento es el que viene ahora á turbar nuestra ventura? decidlo ya, si no quereis ver espirar á vuestros pies al mas fino de los amantes, al mas enamorado de los hombres.”

“Señor, dijo Edelfrida, estoy considerando que las dichas, cuanto son mayores, tanto suelen ser menos duraderas. Hasta aquí, todo se ha encaminado felizmente hácia el fin de entrambos tan deseado, y quiera el cielo que en adelante corran nuestras cosas con tan próspero curso como hasta ahora. Pero temo una mudanza, y aun discurro que existe ya entre nosotros una barrera que hace imposible nuestra union. ¡Qué de novedades en un día! ayer erais un hidalgo humilde, sin títulos, sin considera-

cion, en fin, lo que convenia á una oscura aldeana como yo; mas hoy, la sangre real que os ennoblece, el título de Infante de Castilla, y el prestigio de vuestra gloria, os colocan en una esfera tan superior á la mia, que fuera en mí no menos desvarío aspirar á vos, que adorar algun brillante lucero de estos que nos alumbran, y querer emparentar con él. Ah, señor! ni el águila real se humilló nunca hasta la cándida paloma, ni el régio leon trató jamás amores con la cierva.”

“¡ Qué decis! mi Edelfrida, replicó Bernardo, qué delirio ofusca vuestra razon! ¿ Tan mezquino concepto habeis formado de mi amor; que le creais susceptible de mudanza, y sujeto á variar por consideraciones semejantes? Si no es otra vuestra pena, si no os aqueja otro cuidado, bien podeis desde ahora vivir tranquila, descansando en mi constancia; por que testigo sea aquel Supremo Ser que nos observa, que primero cesará el sol en su carrera, y tendrán descanso las olas del mar inquieto, que deje mi pecho de adoraros. Si fuera un Monarca coronado, con un imperio á mis pies, solo lo quisiera para ofreceros mi grandeza en las aras de vuestra hermosura. Sin vuestro amor, no tienen para mí atractivos los honores ni las riquezas; y mas quisiera con vos una rústica cabaña en los campos de Miduerna que el mas suntuoso palacio de Burgos habido á costa de mi pasion.”

“¿ Pero lo querrá el Rey? lo consentirá el cielo? repuso Edelfrida.”

“El Rey, respondió Bernardo, no es poderoso á estorbarlo, y el cielo no hay duda que está de nuestra parte. ¿ Hay mas temores que disipar?”

“Uno solo, dijo Edelfrida: entre vos y Alvar Fañez quedó pendiente un duelo, de que fuí yo la ocasion; dadme palabra de no volver á esta que-rela.”

“Si él no lo pretende, respondió Bernardo, por mí no se renovará; pues ademas de que esto mismo ya me lo tiene prevenido el Rey, juzgo haber tomado una satisfaccion suficiente en el encuentro que tuve con él en la palestra.”

“Pues aquí cesan mis temores, dijo Edelfrida, y vuelven á nacer mis esperanzas.”

“Adios mi bien,” dijo Bernardo.

“¿Conque os vais?” dijo Edelfrida.

“Como quien no se va, respondió Bernardo, pues queda con vos el alma.”

“¡El cielo os vuelva presto á mis ojos!” añadió Edelfrida.

“En su luz vivo,” repuso Bernardo; y apartándose de allí, fue á buscar á Bayardo, que un page le estaba aguardando á la entrada de palacio. Salió en él nuestro héroe; y dirigiéndose á una de las puertas de la ciudad, salió por ella para ir adonde verá el lector en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIII.

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama,
Y entre el llanto y soledad,
De su suerte se quejaba.

Los acertados consejos del conde Fernan Ramirez habian contribuido esencialmente á poner á Bernardo en la prosperidad en que se hallaba; y estando este acostumbrado á comunicar á tan buen amigo sus pesares, no era mucho que quisiese tambien darle parte de sus dichas. Habíale parecido que mientras no lo hacia así, gozaba de una felicidad imperfecta, y faltaba á los sagrados deberes del reconocimiento. Por esto, y para prevenir á Fernan Ramirez contra los enojos de don Alfonso, montó á caballo, al separarse de Edelfrida, y enderezó sus pasos hácia el valle de Miduerna.

Caballero sobre Bayardo, y sin mas compañía que sus pensamientos, ni mas defensa que Belisarda, se puso en camino al tiempo que empezaba la noche á recoger su estrellado manto para ceder el imperio de la naturaleza al nuevo dia, que, entre celages y arreboles, se asomaba ya en el horizonte. Con el deseo de llegar á su destino antes que el sol tocase el término de su carrera, requería de cuando en cuando con la espuela los ijares de su caballo. Pero no obstante la celeridad con que caminaba, aun le faltaba mucho para concluir su jornada,

cuando las sombras de la noche volvieron á enlutar el cielo, y Bernardo, para mayor confusion, echó de ver que habia errado el camino. Queriendo deshacer esta equivocacion, volvió atras algunos pasos; pero la variedad de sendas que se le ofreció, fue causa de que se estraviase mas; de modo que habiendo así perdido enteramente el tino, no sabia hácia que parte dirigirse.

Entretanto, habia acabado de cerrar la noche; reinaba una oscuridad impenetrable; y corria, bariendo montes y valles, un viento recio, cuyos bramidos, junto con la lúgubre voz del lejano trueno, anunciaban el trastorno de los elementos y una próxima tempestad. Vino, con efecto, un agua tan fuerte, que el cielo parecía haber abierto sus cataratas para inundar de nuevo la tierra; creció el murmurar del trueno, haciendo resonar la bóveda celeste; y el vivo y frecuente rayo, iluminando el firmamento desde el uno al otro extremo, añadía á los horrores de aquella noche.

Tan turbado y confuso se vió Bernardo, que no acertaba á pasar adelante ni á volver atras por el temor de caer en algun hoyo, ó de tropezar contra alguna peña. Bayardo sacudia la crin, y con relinchos y patadas manifestaba su impaciencia. En tal situacion la momentánea luz de los relámpagos que se sucedian rápidamente, descubrió á nuestro caballero, muy cerca de allí, un cerro, cuya falda estaba cubierta de árboles y matas. Determinando buscar allí un asilo se apeó de su caballo, y tomándole del diestro siguió cuidadosamente adelante hasta llegar á aquella espesura. La misma luz que le habia

guiado á este sitio, le proporcionó ver una caverna, cuya tenebrosa boca, al paso que inspiraba terror, parecia brindar con un asilo. Iba Bernardo á entrar, cuando la consideracion del peligro á que se esponia, le hizo detener el paso: ¿qué seguridad tenia de no ser aquella cueva una guarida de una fiera, ó morada de una cuadrilla de bandidos? quién sabia lo que alli dentro le podria suceder? pero entretanto, ¿habia de quedar espuesto á los rigores de un cielo proceloso? tales eran las dudas que le combatian. Al fin, su valor natural y la necesidad de mejorar de situacion, le determinaron á entrar, y desenvainando la espada, pasó adelante nuestro caballero.

Ningun obstáculo le impidió tomar posesion de la caverna: el silencio y la oscuridad eran los únicos habitantes de esta lóbrega mansion: las toscas paredes estaban húmedas y frias; y en el suelo habia cantidad de hojas secas, que en tales circunstancias no dejaban de suplir la falta de una cama. Antes de entregarse á tan duro lecho, volvió Bernardo á registrar la cueva para asegurarse de que estaba solo, y andando así por ella á tientas, topó con una argolla de hierro que estaba fija en la pared. Este descubrimiento no dejó de sorprenderle; pero sin detenerse en examinar el objeto con que se habria puesto allí aquella argolla, ató á ella á su caballo, y se tendió sobre un monton de hojas, para dar algun descanso á su fatigado cuerpo.

El apacible influjo del sueño selló muy pronto los párpados de Bernardo, y sepultó sus sentidos en un profundo olvido: la razon perdió el dominio; y

ocupando su lugar la fantasía, que jamas descansa, se le representaron al dormido caballero mil imágenes fantásticas, formas aéreas y caprichos, con tanta rapidez y en orden tan confuso, que pasaban por el cerebro sin dejar el menor rastro. Empero, á vuelta de estas imaginaciones, tuvo Bernardo un sueño, cuyas circunstancias quedaron impresas en su entendimiento. Le pareció que se hallaba en un campo espacioso, por el cual caminaba perdido sin saber adonde iba. En tal estado se presentó una figura angelical, vestida de una luz radiante, y en cuyo rostro creia reconocer las facciones de doña Jimena. Esta figura, señalando con el dedo hácia una parte del campo donde se veía una fuerte torre, defendida con su foso, puente levadizo y rastrillo, le hacia señas para que acudiese allá. Hízolo así Bernardo, y estando cerca de la torre, le pareció ver á un hombre poderoso que llevaba arrastrando hácia ella á un anciano cubierto de canas y cargado de cadenas. Á la vista de este espectáculo, Bernardo animado de un ardor generoso, corrió á libertar al anciano de mano de su opresor; y habiendo desnudado la espada, iba á descargar sobre este un golpe, cuando oyó un estruendo terrible, que le despertó de su sueño.

Sobresaltado y confuso, se levantó Bernardo prontamente, y mirando enderredor, vió, á la escasa luz del dia que iba entrando en la cueva, que su caballo, tirando sin duda de la argolla á que estaba atado, habia arrancado de la pared una gran losa, cuya caída habia sido ocasion del ruido que le despertó. En el lugar que habia ocupado la losa, se veía ahora una aber-

tura capaz de admitir á un hombre. Mirando por ella, vió Bernardo algunos escalones labrados en la peña viva que conducian hácia abajo, pero mas allá todo era oscuridad.

Despues de considerar un rato si entraria ó no en aquel lugar tenebroso, se determinó Bernardo; y movido de un impulso secreto, empezó á bajar los escalones, sin luz, sin guia, pisando sombras, y temiendo á cada paso caer en una sima. Por estos términos llegó á una especie de mina, ó galería embovedada de poca anchura, pero de bastante longitud, segun el eco que respondia desde lejos al ruido de sus armas. Siguió adelante nuestro caballero con los brazos estendidos, y reconociendo con la espada las paredes, por si tropezaba con algun objeto. En efecto, despues de haber andado un rato, tocó con una mano el hierro mohoso y frio de un fuerte enrejado que le cerraba el paso. Resuelto ya á no volver atras sin acabar esta aventura, hizo los mayores esfuerzos para forzar la reja, pero inútilmente; é ya desesperaba de poder pasar adelante, cuando dió con un cerrojo, del cual asió fuertemente, y tirando de él, logró franquear el paso. Desde aquí siguió á tientas y con cuidado algunas revueltas que hacia el subterráneo, hasta que llegó á otra escalera en forma de caracol, que conducia hácia arriba. Subiendo por ella, aunque no sin mucho riesgo, por estar desmoronada, encontró Bernardo otro obstáculo á sus progresos, y mas grave que el primero, pues terminaba esta escalera en una puerta de gruesas tablas, fortalecida con enormes clavos. Estaba la puerta tan bien cerrada, que parecia imposible valiesen fuerzas ni maña para

abrir la; pero con admiracion de Bernardo, que la estaba reconociendo con las manos, se abrió de improviso por sí misma, y quedó de par en par.

La oscuridad ahora no era tan grande; la luz y las tinieblas parecia que se disputaban el dominio de esta lúgubre morada; los objetos se distinguian aunque confúsamente; y pudo Bernardo ver, al estremo de una corta galería que tenia delante, un cuarto embovedado, al que alumbraba débilmente una escasa luz que le venia desde arriba. Apenas empezó Bernardo á entrar por la galería, sintió un ruido como él de una cadena que se arrastraba, y en seguida un profundo gemido que parecia partir desde el centro de la tierra. Bernardo detuvo el paso; y por primera vez sintió su corazon un no sé qué que parecia temor. Empero pasó adelante, y llegando al cuarto embovedado, vió, á la escasa luz de una ventanilla enrejada, á un anciano cubierto de canas, pálido, macilento, estenuado: su larga y blanca barba le llegaba á la cintura, una gruesa cadena le ceñia el cuerpo, y un banco de piedra, con un mal gergon, le servia ya de cama, ya de asiento. Tenia los ojos hundidos, las mejillas y la frente llenas de arrugas, y señalado el semblante con la impresion de un dolor intenso. Pero con todo esto, las facciones de su rostro conservaban todavia vestigios de su primitiva hermosura, y cierto aire de dignidad prevalecia en su persona.

“¡Hasta quando, crueles hados! dijo el anciano con un suspiro ardiente, ¡hasta quando han de durar mis penas; que ni el cielo las compadece, ni la muerte las termina! Y poniendo luego los ojos en la desconocida persona de Bernardo: ¿Quién sois vos, dijo,

que habeis penetrado hasta esta lóbrega estancia, mansion de tristezas? qué quereis? á qué venís? Si es para darme la muerte, sabed que ha mucho tiempo que la deseo; si es para volverme mi libertad, corto favor haceis á quien tan poco tiempo le queda para disfrutarla.”

“No soy, respondió Bernardo, sino un caballero á quien su profesion obliga á socorrer al oprimido, y á defender la inocencia perseguida. ¡Infeliz anciano! ¿qué maligno planeta ha derramado sobre vos su influencia? ¿qué yerros serian los vuestros, que tan caro os han costado, y á tal estado os han reducido de abatimiento y de miseria?”

“Generoso mancebo, dijo el anciano, acercaos, y decidme cómo os llamais; porque suenan tan dulcemente en mis oidos los acentos de vuestra voz, y me inspiran un interés tan vivo, que yo mismo no me sé dar razon de lo que siento.

—“Bernardo del Carpio me llamo; ved ahora lo que os falta, porque á serviros estoy dispuesto.”

“¡Bernardo decís! repuso el anciano: ah, de ese nombre tenia yo un hijo; si él viviera, fuera menos mi desdicha.”

“Haced cuenta que yo lo soy, dijo Bernardo, y contadme vuestras penas, porque pueda remediarlas.”

El anciano, entonces, haciendo sentar á Bernardo, habló de esta manera: “Encerrado en esta triste estancia, y oprimido con estos hierros, ha mas de quince años (¡y qué largos parecen los que se pasan en prision!) que ni han visto mis ojos la faz del cielo, ni han disfrutado mis oidos los acentos de la amistad. Apenas me empezaba á apuntar el tierno bozo cuando

entré aquí, y ahora, si reparais, tengo la barba crecida y blanca. En mis juveniles años solo dos objetos ocupaban mis pensamientos, la guerra y el amor; pues cuando no seguí á Marte en las batallas, servia al ciego dios en los estrados. Afortunado en la guerra, y favorecido de las damas, era mi vida un valle sembrado de flores, y una sucesion de glorias y venturas, que escluían hasta el mas remoto presentimiento de los males que me esperaban. En tal estado, puse los ojos en una dama de tan alta gerarquía, que la sangre real de Castilla calificaba su nobleza. Quise subir al cielo (¡ qué atrevimiento !) fui correspondido, y llegué al cielo; pero llegué (¡ qué dolor !) para caer desde allí en un abismo de desgracias. De esta causa nació un hijo; pero perdonad si me enternezco, porque en acordándome de mi hijo y de la Infanta.....

“¡ De quién ! exclamó Bernardo.”

—“ De la Infanta doña Jimena.”

—“ ¿ Luego vos sois ?..... ”

—¡ Posible es que no lo sepais ! el conde de Saldaña.

“ ¡ Padre del alma mia ! gritó Bernardo, echándole los brazos al Conde, padre y señor ! ved aquí á vuestro hijo ; sí, yo soy vuestro Bernardo, yo soy él que dejaste en Miduerna al cuidado del conde Fernan Ramirez.”

“ ¡ Qué oigo piadosos cielos ! dijo el Conde, con voz balbuciente, y trémulo de alegría, ¿ será verdad ? será cierto ? pero si lo es ; que el corazon bien me lo dice ; sí, tú eres mi hijo, tú eres el único bien que me queda. ¡ Oh Dios bueno ! no permitas que me mate el

contento, ya que no pudieron acabar conmigo mis trabajos.” Y mientras esto decia el buen Conde, corrían de sus ojos las lágrimas, humedeciendo su venerable barba y el rostro de Bernardo, á quien estrechaba contra su seno.

Pasados los primeros arrebatos de ternura y alegría, y volviendo Bernardo á la consideracion del triste estado en que veía á su padre, preguntó á éste qué lugar era aquel en que se hallaban.

“Estamos, dijo el Conde, en el castillo de Luna; y los macizos muros que ciñen este subterráneo son los cimientos de sus erguidas torres. Aquí se encierra á los reos de estado, y aquí, enviado por el Rey con unas cartas falsas (pues contenian la orden de mi prision,) he pasado la flor de mi vida, penando en cadenas yerros de que el amor fue causa, y que no merecian tan cruel castigo. Pero cómo (añadió el Conde) pudiste tú entrar en esta fortaleza, tan guardada con puertas, cerrojos y centinelas, sin conocer el sitio en que nos hallamos?”

Á esto respondió Bernardo manifestando el extraño modo por el cual habia penetrado hasta allí, el hallazgo de la cueva, el descubrimiento de la mina, y los obstáculos que habia tenido que vencer.

“Verdad es, dijo el Conde, que desde este lugar hay una mina que conduce al campo, precaucion que se ha tenido en esta como en otras fortalezas, para que en los largos y rigurosos sitios puedan las guardaciones recibir socorros de fuera, ó efectuar una retirada cuando no sirve la resistencia. Si despues de pasar el enrejado, lograste abrir tan fácilmente la puerta que le cerraba el paso, fue, sin duda, porque

tocaste un resorte secreto que hay en ella, y esta casualidad, ó por mejor decir este favor del cielo, te proporcionó lo que no era posible que hubieses alcanzado con la fuerza. Tiempo ha que por este medio hubiera podido yo escusar las fátigas de una prision tan dura, pero ni estos hierros lo permiten, ni mi amor propio, sin ellos, lo consintieran ; porque confiado en la generosidad del Rey, no creí hubieran sido tan largos mis padecimientos.”

“Ni lo hubieran sido, dijo Bernardo, si antes supiera yo la verdad de vuestra suerte, porque piedra á piedra hubiera desecho las murallas de este castillo por libraros de vuestra prision. Pero dejadme ya romper esta cadena, y volved conmigo á la libertad ; que no han de bastar respetos debidos al Rey, ni guardias, puertas, ni rastrillos, para que deje de sacaros de aquí cual otro Eneas, siendo vos Anquises de estos hombros : vamos padre, ¿ qué dudais ?”

“Bernardo, hijo, modérate, replicó el Conde, y no quieras escitar inútilmente la cólera del Rey. Ruégale tú por mí, pídele mi libertad ; quizá viendo que no la quise sin su consentimiento, te concederá esta gracia, que es lo mas que puedo esperar, pues de ver otra vez á doña Jimena no queda esperanza alguna.”

“Si queda, dijo Bernardo, la Infanta mi madre vive, y el amor que os ha tenido vive tambien en su pecho, sin que el tiempo ni los pesares hayan podido disminuirle.”

Pasando luego Bernardo á hacer una relacion sucinta de su vida, instruyó á su padre de todo cuanto le habia sucedido desde el primer dia hasta entonces. Y no pudiendo recabar del Conde que abandonase

su prision, se despidió de él con propósito de no escusar esfuerzo ni medio alguno para conseguir del Rey el perdon de tan ilustre preso. Pero siguiendo el intento con que habia salido de Búrgos, determinó de paso cumplir con Fernan Ramirez, y comunicarle entre otras nuevas, la mas plausible de todas, el descubrimiento de su padre el Conde. Las espresiones afectuosas que de nuevo se prodigaron padre é hijo, al separarse, son mas para imaginadas que para dichas. Así pues, seguiremos á Bernardo, que arrancándose de los brazos del Conde, vuelve ya á bajar á aquel pavoroso subterráneo, y rodeado de tinieblas, se dirige por la mina hasta llegar á la misma abertura por donde entró, y que le sirvió ahora de salida.

Al entrar en la cueva, halló Bernardo á su caballo, que procuraba satisfacer la hambre con las hojas secas de que estaba sembrado el suelo. El noble animal reconoció á su dueño, y mostró el placer que tenia de volver á verle con las demostraciones que naturaleza le dictaba. Montó en él Bernardo, y prosiguiendo su camino con mas precaucion que antes, llegó en breves horas á los verdes campos de Mi-duerna.

La escondida choza de Fernan Ramirez no pudo ocultarse mucho tiempo á los ojos de Bernardo, tan prácticos en aquel terreno. Á su vista apresuró el paso, y fue acercándose á la casa, esperando por momentos que su dueño saliese á recibirle, ó que algun perro anunciase, como otras veces, su venida; pero nada; ni Fernan Ramirez, ni ninguno de aquellos vigilantes centinelas se presentó á nuestro confuso caballero. Llegó, al fin, á la choza, y con admira-

cion inesplicable halló la puerta por el suelo, rotas las ventanas, y todo el ajuar en el desórden mas completo. El Conde no parecia, todo era soledad y silencio. Saliendo de la choza, tendió la vista por el campo, por si descubria á su amigo, le llamó repetidas veces, pero en vano; solo el eco respondia al sonido de su voz. En tan tristes circunstancias se le oprimió el corazon á Bernardo, y mil temores y sospechas se apoderaron de su ánimo: ¿dónde estaria Fernan Ramirez? cuál seria la causa de la desolacion y estrago que miraba? y no pudiendo esplicarse estos efectos, tornaba á suspirar y á afligirse.

Ya volvia Bernardo las riendas á su caballo para alejarse de aquel sitio, cuando vió, no muy lejos, á un pastor; y llamándole, procuró saber de él lo que se habia hecho el anciano Ruy Velasco, que era el nombre con que allí conocian al Conde. Respondiendo á las preguntas que se le hacian, dijo el pastor, con semblante triste, y meneando la cabeza: “Igno-ro dónde para; lo que sí puedo deciros es que esta mañana se presentó aquí una partida de soldados, los cuales se arrojaron sobre esa choza y la dejaron de la manera que estais viendo. Su dueño era, al parecer, el objeto que buscaban; si se lo llevaron, ó si logró el buen Ruy Velasco salvarse con la fuga, hasta ahora no lo he podido saber. Pero él no parece, su ganado se extravió, y los perros, faltándoles su amo, se dispersaron igualmente.

Al oir estas palabras, y en medio del dolor que le causaban, se dió Bernardo un golpe en el pecho; y despidiéndose del pastor con una mirada espresiva de

su afliccion, metió las espuelas á su Bayardo, y tomó á mas andar el camino de la corte, con la esperanza de hallar allí el hilo de este laberinto, y la solucion de tantas dudas.

CAPÍTULO XIV.

Con muy crecido dolor,
Luto sobre sí cubria,
Fuese para el casto Alfonso,
De rodillas se ponía.

Estaba el rey don Alfonso en su gabinete con algunos de los caudillos principales del ejército, y discutía con ellos el plan de la próxima campaña, cuando llegó á su presencia un gallardo caballero vestido de luto; ferreruelo y jubon negro, plumas de lo mismo en el bonete, y oscurecido el semblante con una espresion de tristeza que decia bien con lo sério de su traje. Este caballero era Bernardo. Admirado el Rey de verle así dijo: “¿qué novedad es esta, Bernardo! tú de luto! ¿te ha faltado algun pariente? ó por ventura codicias mi muerte?”

“Señor, dijo Bernardo, ni deseo vuestra muerte, ni estas demostraciones de sentimiento son porque haya perdido ningun deudo; que es mayor mi desdicha y es la causa mas sensible. Este luto anuncia la suerte infeliz de un padre que, hecho monumento de vuestra escesiva severidad, vive muriendo, que es el peor género de muerte. En la Mota de Luna, y en un subterráneo á cuyos lóbregos senos se baja por un caracol hallé al buen conde Sancho Diaz, á aquel ilustre señor de Saldaña, que en otro tiempo puso tantas veces á vuestros pies las lunas africanas, y os dió victorias tantas, peleando

por vos contra los moros de Toledo y de Calatrava. Pálido, consumido y aherrojado, ¡qué diferente, ay Dios! parecia de lo que fue, segun me lo representan, cuando en tiempos pasados volvió á Leon cubierto de laureles, y ufano con los despojos que ganó al enemigo en Orcejon, en Orbigo, y Valdemoro! Ved aquí, señor, la causa de mi justo sentimiento, y la ocasion de este luto, que tengo hecho propósito de no dejar mientras dure la prision del Conde y el rigor de vuestros enojos. Pero si para moveros á piedad no bastan lágrimas ni ruegos, decid, á lo menos, á que precio me darcis su libertad; y pues os le pido á rescate, mirad cuantas cabezas enemigas quereis por él, cuantas banderas, villas y castillos, que á todo me obligo, y á todo sale fianza el valor que me anima como sobrino vuestro é hijo de Sancho Diaz.”

“Bernardo, sobrino, amigo, dijo el Rey, levanta del suelo, y escucha mi resolucion. Aunque altamente ofendido con el Conde, siento de manera tus pesares, y pueden tanto conmigo tu valor y merecimientos que desde ahora prometo dar á tu padre la libertad, y volverle todo mi favor; pero ha de ser bajo ciertas condiciones, que si tú las cumples, como ofresces, en mi palabra no habrá falta.” Procedió el Rey entonces á manifestar á Bernardo como, segun noticias que acababa de recibir, estaban ya los franceses en movimiento, y se acercaban á la frontera con un ejército numeroso. Presentándole el baston de general, que en obsequio suyo habia cedido don Tibalte de Velasco, y exhortándole á que diese buena cuenta de aquella insignia, con la cual le entregaba el mando de sus tropas, y ponía en sus manos la seguridad

del reino y la gloria de Castilla, le dijo: “marcha contra el francés, rompe sus haces, y vuelve victorioso; que si así lo hicieres, la libertad del Conde y el aprecio de la patria serán el galardón de tus servicios.”

La proposición del Rey llenó á Bernardo de un ardor belicoso, y despertó toda la energía de su carácter. Con los deseos que tenía de salir contra el enemigo; las horas se le hacían siglos, y cualquiera dilación en tales circunstancias le parecía un agravio hecho á su padre el Conde. Determinando desde luego ponerse al frente del ejército, se retiró del cuarto del Rey acompañado de los capitanes que se hallaban presentes, y de acuerdo con ellos dió sus disposiciones para que al día siguiente se hiciese una reseña general.

Entretanto, no dejaba de inquietar á Bernardo la incertidumbre en que se hallaba sobre la suerte del conde Fernán Ramírez: sus diligencias para averiguar las causas de aquel repentino desaparecimiento habían sido inútiles, é ya le iban abandonando las esperanzas, cuando Edelfrida, á quien comunicó este cuidado, tranquilizó en parte sus temores, manifestándole lo que sabía en la materia.

Habiéndose retirado esta dama á su aposento la noche que Bernardo se despidió de ella para Miduerna, halló á su doncella muy ocupada, al parecer, de un secreto importante, y con muchos deseos de descubrirlo. “¿Qué tenemos? dijo Edelfrida á su criada (cuyo aire misterioso había llamado la atención de su señora) qué tenemos hoy de nuevo? qué descubrimiento has hecho, que tan distraída te hallo?”

“¿Luego no sabeis lo que pasa?, dijo Casilda, (que así se llamaba la criada.) ; Ay señora! tenemos grandes novedades, pero son cosas reservadas, es un secreto de gabinete.”

“Ea pues, dijo Edelfrida, habla, y sepamos ese secreto tan importante.”

“Pues, señora, prosiguió Casilda, sabreis que aquel Ruy Velasco, aquel labrador de Miduerna, que pasa por tan bueno, ya no es ni bueno ni labrador, ni se llama Ruy Velasco, porque es un traidor, es el conde Fernan Ramirez, y mañana, Dios mediante, le tendremos aquí preso, porque todo se ha descubierto.”

“Casilda, tente, dijo Edelfrida, y no prosigas que me llenas el alma de amargura; pero di, ¿quién te comunicó una noticia tan funesta? por qué se ha mandado prender á Fernan Ramirez?”

“De manera es, repuso Casilda, que si no me dais licencia para hablar, ni tampoco quereis que calle, mal podré...”

“Pues dilo ya todo (replicó Edelfrida, interrumpiéndola) y sepa yo por estenso este suceso tan desgraciado como importante.”

“Es el caso, continuó Casilda, que hablando ayer conmigo un page de Alvar Fañez, me manifestó que su amo le habia encargado una comision muy secreta y delicada, para cuya ejecucion saldria de Búrgos esta noche, ó mañana lo mas tarde. Hícele las mayores instancias para que me descubriese la naturaleza de las órdenes que llevaba, y al fin conseguí hacerme dueño de su secreto. El Rey instruido de hallarse oculto en el valle de Miduerna aquel Fernan Ramirez que estando sentenciado á muerte por trai-

dor logró fugarse de su prision, ha mandado á Alvar Fañez que le haga prender, y le traiga á la capital. Alvar Fañez, poniendo á disposicion de su criado una fuerza competente, ha dado á este las instrucciones necesarias para la ejecucion de unas órdenes que acaso son una consecuencia de sus consejos al Soberano. Esto, señora, es lo que pasa, y esto es lo que tenia que deciros.”

“La relacion de Casilda habia llenado de confusion á Edelfrida, que sabia la historia de Fernan Ramirez y veía el golpe que amagaba á este, sin hallar por de pronto el modo de desviarlo. Al fin se le ofreció contra este cuidado un recurso, y fue él de espedir luego un aviso al Conde. Con este intento habia tomado al punto sus medidas, y antes que rayase el dia, estaba caminando para Miduerna un mensagero bien montado con una carta para Fernan Ramirez en que se le prevenia del peligro que le amenazaba.

Esta providencia habia tomado Edelfrida, y estas fueron las noticias que pudo dar á Bernardo sobre un asunto que tanto le interesaba. Pero no habiendo vuelto aun el mensagero que llevó la carta, quedaba siempre en pie la duda de si habria, ó no, llegado á tiempo aquel aviso. Entretanto ¿cuál seria la suerte de Fernan Ramirez? se habrian apoderado de él sus perseguidores? estaria acaso gimiendo en una prision? ó se habria salvado con la fuga? Esta cruel incertidumbre traía cuidadoso y pensativo á Bernardo, que no pudiendo hacer otra cosa, hubo de remitir al tiempo el descubrimiento de una verdad que se le ocultaba en las tinieblas del misterio.

CAPÍTULO XV.

Con los mejores de Asturias
Sale de Leon Bernardo,
Puestos á punto de guerra,
Á impedir á Francia el paso.

Las eficaces disposiciones de don Alfonso habian puesto ya á sus egércitos en estado de abrir la campaña; todo estaba prevenido y á punto; y las tropas, así nacionales como extranjeras, formadas en un campo cerca de Búrgos, solo esperaban la presencia de su nuevo general para ponerse á la primera intimacion en marcha contra el enemigo.

La fama de Bernardo, á quien se solia ahora llamar el Bastardo de Castilla, habia cundido entre los soldados, inspirándoles las mas lisongeras esperanzas. Así es que cuando se presentó á su frente para que lo reconocieran por general, fue recibido por ellos con aclamaciones; y el grito de “¡viva Bernardo del Carpio! viva el Bastardo de Castilla!” resonó por toda la hueste atronando los vecinos montes. Rodeado de sus capitanes, discurre Bernardo entre las filas, reparte los haces, y ponen orden á los soldados; todo lo recorre, y á todos infunde con su presencia valor y confianza. Su gallarda figura, su juventud y lozanía, llevan tras sí los ojos y los corazones de cuantos le miran. Quién pondera la destreza y gracia con que sujeta su fogoso caballo; quién admira la finura y curiosa labor de

sus armas, que aquel día eran negras, así como las plumas de la pomposa cimera que le coronaba el yelmo ; quién, en fin, repara embelesado en aquella intrepidez de alma que anuncian sus ojos con un mirar entre fiero y amoroso.

Las fuerzas reunidas de tres ejércitos, desplegadas en aquella vasta llanura, ofrecían un espectáculo magestuoso é imponente. Las espesas columnas del Rey cristiano y los lucidos batallones de Marsilio y Almanzor, cubriendo un espacio inmenso, se estendían hasta perderse de vista. El estandarte respectivo de los tres Monarcas descollaba magestuosamente sobre las enseñas inferiores ; y veíase tremonar el Leon de Castilla junto á las Lunas del Sarraceno : veíase relumbrar á los rayos del sol millares de lanzas y corazas, y mezclados yelmos cristianos y turbantes moros, relucir el campo todo con armas, galas y trofeos.

Oyese la aguda voz del clarín ; y aquella masa viviente, inmóvil hasta entonces, se pone en movimiento ; levántase una nube de polvo, el pesado huella de los caballos hace temblar la tierra, las voces de los gefes, el crugir de las armas, y el estruendo de bélicos instrumentos, atruenan los confines ; y finalmente despues de algunas evoluciones, empiezan á marchar las tropas desfilando por compañías. Entretanto, Edelfrida desde un mirador del alcázar de Búrgos, que daba al campo, veía con dolor ausentarse su amante, y seguía con la vista la marcha del ejército, respondiendo con ayes y suspiros al estruendo marcial de los tambores.

Al frente de un cuerpo de caballería que en el

lucimiento de sus arneses, adargas tunecies, y marlotas ricamente bordadas mostraba ser tropa escogida, cabalgaba el intrépido Abindarraez, conduciendo la vanguardia. Á este seguía Bernardo con el centro del ejército que se componía principalmente de tropas españolas. Con él venían las legiones de la Rioja, cuya divisa era un León de oro, y sus armas lanza y espada, y anchas rodela cubiertas de corizas de alcornoque; venían también las gentes de Zamora, de Oviedo y Toro, con sus divisas respectivas, que eran águilas, bandas, castillos y leones; y con ellos los moradores de la vega de Uránzua, y los del valle de Bastan, armados aquellos de arcos y flechas, y estos de cuchillas relumbrantes. Los montañeses de Idubeda, sin espada ni rodela, ni mas defensa que una piel de oso, traían por armas duros robles empedrados de pedernales. Otros había que estaban apercebidos de hachas de armas y jabalinas; y otros, en fin, que solo tenían largas hondas que manejaban con destreza maravillosa.

Con todo este aparato y pompa militar, marchó Bernardo la vuelta de los Pirineos: la tarde de aquel día acampó á las faldas de la sierra Idubeda, ó montes de Oca, y á la mañana siguiente, volviendo á ponerse en movimiento, se internó en aquellas soledades por sendas estrechas y fragosas, siguiendo unas veces el pedregoso cauce de un arroyo, y otras atravesando barrancos y trepando precipicios con suma dificultad, y no sin algun peligro. Habiendo marchado todo aquel día, salieron sus tropas de la Sierra, bajaron á lo llano, y descansaron en Bribiesca. Desde aquí pasaron adelante hasta Pancorvo,

y en tanto que subian lentamente de cuesta en cuesta hasta encumbrar el puerto de este nombre, tuvo lugar Bernardo de contemplar aquellos estupendos peñascos hacinados unos sobre otros, por entre los cuales le conducian las revueltas del camino, aquellos elevados riscos, cuya inmensa mole, vencida de su propia pesadumbre, parecia que amenazaba desplomarse sobre el pasajero. Llegando á la cumbre del puerto, mudó enteramente la escena, y se le presentó una dilatada llanura donde la naturaleza, con los atavíos del cultivo y del arte, aparecia bajo el aspecto mas halagüeño; pues hasta donde alcanzaba la vista no se descubria sino huertas, sembrados y praderas, y una multitud de cortijos y casas de campo que matizaban esta hermosa campiña, en cuyo verde seno se veía tambien correr el caudaloso Ebro, derramando la fertilidad y la abundancia.

Habiendo vadeado este rio, prosiguió su marcha el ejército aliado, y al cabo de tres jornadas se aposentó en Vitoria. Aquí concedió Bernardo un corto descanso á sus soldados, y pocos dias despues sentó su Real bajo los muros de Pamplona, donde se le reunieron las tropas del Rey de Navarra, que tambien apoyaba la causa del Monarca castellano.

Entretanto el ejército frances habia llegado al pie de los Pirineos, y se disponia á pasar aquella inmensa cordillera, que como raya natural, separa la Francia de la España. En toda la cristiandad, y en muchos años, no se habia visto hueste mas lucida y numerosa. La flor de la nobleza de Francia, conducida por los doce pares, y acompañada por los

deudos y vasallos de sus casas respectivas, habia concurrido á esta empresa, y constituía la fuerza principal del ejército, en cuyas filas venia, ademas, una multitud de hidalgos aventureros, deseosos de participar en las glorias y provechos de una conquista que miraban como cierta.

Entretanto por uno de los pasos de los Pirineos, empezaron los franceses á internarse en las asperezas de aquellos montes, sin hallar mas obstáculos á su marcha que los que la naturaleza habia acumulado enderredor. Todo allí era grande, sublime, y pintoresco; enormes peñascos y pelados riscos que se presentaban bajo diversas y fantásticas formas, y parecian elevarse hasta las nubes; profundos barrancos y derrumbaderos, que amenazaban con la muerte ál que diese un paso falso; y espesos matorrales donde el peludo oso y el sanguinario lobo tenian sus guaridas. Á veces se estrechaba el camino, y conducia por parages donde de la una parte se elevaba una muralla natural, que parecia tajada á cincel, y de la otra bostezaba un espantoso precipicio á cuyos pies se veia espumear y agitarse un torrente: otras veces guiaba al través de una empinada y fragosa cuesta, ó bien formando una pendiente rápida, parecia conducir á los abismos. Veíase descollar en los valles la robusta encina, el enhiesto pino, y el lúgubre ciprés, y blanquear en las alturas la perpetua nieve que los coronaba. De cuando en cuando, al encumbrar una elevacion, dominaba la vista, por una parte, las tierras de Navarra, y por otra, las campiñas de Gascuña: veíanse bosques, rios y montañas, en orden confuso,

collados cubiertos de tamariscos y lavándula, y vastas llanuras que se estendian hasta el horizonte. La serenidad y pureza del atmósfera, embalsamada por las yerbas olorosas que abundan en aquellos sitios, añadian al placer que causaban estas escenas encantadoras, é inspiraban aquella dulce melancolía que suspende la imaginacion y adormece los sentidos.

Despues de una larga y penosa marcha al través de aquellas montañas, descendió el egército frances al territorio español, y se derramó como un caudaloso rio por los campos de Valcarlos. Á esta sazón se hallaba Bernardo en los puertos de Aspa; y entrando luego en Roncesvalles formó allí su campo, con propósito de esperar al enemigo, que no tardó en presentarse; pues apenas tomó Bernardo su posicion en un extremo del valle, se asomó por otro el egército de Carlomagno.

CAPÍTULO XVI.

Mala la hubisteis Franceses
En esa de Roncesvalles;
Don Cárlos perdió la honra,
Muriéron los doce Pares.

Hallándose los dos egércitos contrarios á la vista uno de otro, tomaron respectivamente sus generales cuantas medidas creyeron necesarias para atacarse con ventaja, y asegurar el éxito de aquella terrible prueba que iban á hacer de sus fuerzas dos naciones rivales y poderosas. Todo aquel dia se pasó en hacer reconocimientos, abrir trincheras, y ocupar posiciones: á la noche se veía arder hogueras en diferentes puntos de las montañas, oíase en uno y otro campo el rumor de las prevenciones; el ruido de los armeros ocupados en bruñir y componer las armas, él de los operarios que herraban los caballos, y la voz de las centinelas, que pasando de unos en otros mantenía á todos en vigilancia.

El sol del dia siguiente pareció darse prisa para salir á contemplar la escena marcial y pintoresca que presentaban los campos de Roncesvalles, y ser testigo de una batalla que habia de ser memorable en los ánales de España. En un extremo del valle estaba acampado el egército de Carlomagno, y en el otro habia tomado posicion él que defendia la causa de don Alfonso. De la una parte tremolaba el estandarte imperial de Francia, y de la otra flotaba en el viento

el pendon real de Castilla. Veíase brillar los cerros con armas españolas ó francesas, y blanquear toda la llanura con numerosas tiendas de campaña, entre las cuales descollaban de trecho en trecho suntuosos pabellones que denotaban las estancias de los caudillos.

Apenas empezaron los primeros albores del dia á dorar las vecinas cumbres, se notó un movimiento general en entrambos campamentos. Los capitanes franceses habian determinado presentar batalla, y los españoles no pensaban rehusarla. Saliendo de sus Reales con banderas tendidas, y sonido de clarines y tambores, avanzaron aquellos hasta la mitad del valle, y empezaron á ordenar sus haces en el llano. Cada division venia capitaneada por uno de los doce Pares. La primera que se presentó fue la de Ricarte de Normandía, que llevaba por divisa en su bandera la puente Mantible, donde este caudillo habia dado una prueba insigne de su valor. Á este siguió Reynaldos de Montalban, tan enamorado como valiente. Venia despues Gaiferos, él que gozaba los favores de la bella Melisendra; tras de él llegó Oliveros, sobrino del Emperador, y famoso en batallas de gigantes. En fin, fueron saliendo al campo los otros paladines, y por último se presentó Roldan, vencedor en mil batallas y terror de la morisma. Tenia este héroe fama de invulnerable, y solo su nombre valia un egército. Sus armas eran un pino desmochado, una hacha de armas que le pendia de las espaldas, y una espada llamada Durindana, cuyo temple escedia en finura á cuanto la industria humana habia producido hasta entonces. Traía ademas asegurada al cinto una corneta, ó bocina, que solo se tocaba en los casos

mas urgentes. Con él venia Gerardo, duque de Rosellon, caudillo veterano, que ya en otro tiempo habia dado en que entender á los españoles, y á quien estaba confiado ahora el estandarte imperial de Águilas negras.

Entretanto no permaneció Bernardo espectador ocioso de este vistoso alarde, ni se dejó arredrar por la fuerza imponente que presentaba el enemigo. Tenia ya comunicadas á sus capitanes las órdenes necesarias; y sus tropas, puestas en buena ordenanza sobre una altura, solo esperaban la señal, para dar principio á la pelea. En tal estado, Bernardo, cuya fogosa condicion no le permitia esperar á ser acometido, manda avanzar al ataque; y sus tropas, obedeciendo esta orden, se precipitan desde aquella altura, semejantes á un torrente arrebatado, y se arrojan contra el enemigo con terrible rumor y vocería. Una multitud de dardos y saetas oscurece como nube todo el campo de batalla; tiembla la tierra y gimen las atónitas cumbras de Roncesvalles: al choque de las armas y al ruido de las espadas que caen sobre los yelmos y broqueles, se mezclan las voces de los gefes, el relincho de los caballos, y el estruendo de los atabales, cajas y clarines: una polvareda espesa cubre á los combatientes, arroyos de sangre inundan la llanura, y el furor y la desesperacion esparcen por doquiera el terror y la muerte. Bernardo montado en su veloz caballo, vuela de fila en fila, habla á los unos y exhorta á los otros, y á todos anima con la voz y el ejemplo. En todas partes aparece, y donde quiera que se presenta, da nuevo vigor á la pelea. La muerte parecia presidir en la punta de su espada,

pues allí donde caía Belisarda habia un enemigo menos.

Habíase mantenido buen rato la contienda con inimitable valor y obstinacion, sin ventaja conocida de una y otra parte, pues ninguno queria ceder un palmo de terreno, y donde caía uno, entraba luego otro á remplazarle; cuando un escuadron de caballos franceses, haciendo un rodeo, vino á dar como rayo en el ala izquierda de los españoles. Por desgracia peleaban allí los montañeses de Asturias, que no estando acostumbrados á esta clase de enemigos, se turbaron á la vista de la caballería, y empezaron á remolinarse. La confusion que entró en ellos se comunicó á los deinas, y en breve se apoderó de todo el egército. Notándolo Roldan, el general de los franceses, mandó adelantar un cuerpo de caballería, y acaudillándolo en persona, cargó con ímpetu irresistible á las tropas de don Alfonso. Ni los gritos de Bernardo, ni los esfuerzos de Alamar, ni los prodigios de valor que hacia Abindarraez, fueron poderosos á detener el movimiento retrógrado de los soldados. “Cobardes! les decia el primero, no huyais, ó al menos volved el rostro y me vereis morir!” Asido al pendon de Castilla, casi solo, y rodeado de enemigos, parecia Bernardo una roca combatida de las olas de un mar alborotado. Entretanto, sus soldados retirándose en desórden, se agolparon en un paso angosto por donde únicamente se podia salir del valle. Todo parecia perdido; los franceses gritaban victoria, y hacian un estrago enorme en los moros y españoles. En tal conflicto notó Bernardo que los fugitivos hallaban algun estorbo para salir por aquel paso,

pues muchos de ellos, rechazados, al parecer, por alguna fuerza irresistible, volvian desesperados, y hacian rostro al eneinigo. Animado por un rayo de esperanza, corre allá Bernardo, llega, y ve con admiracion apostado en aquel estrecho á un anciano pastor armado de una gruesa rama de roble, con que repartia sendos golpes, y magullaba las cabezas de los que pretendian forzar el paso. Semejante á Horacio Cocles el romano, ó á Vargas Machuca, de tiempos posteriores, mantenia con teson su puesto el impertérrito viejo, en cuyos ojos brillaba todo el fuego de la juventud, y presentaba una barrera insuperable á la fuga del egército.

Bernardo, cubierto de polvo, y de sudor y de sangre, se arroja á sostener los esfuerzos del pastor, é hiriendo á unos y vituperando á otros, logra detener á los fugitivos. La necesidad y la desesperacion hicieron animosos á los cobardes, y dieron mas valor á los valientes. Los soldados, viendo que no habia alternativa entre morir ó defenderse, y movidos de un impulso simultáneo, revolvieron contra los franceses con furia irresistible, y no solo detuvieron al enemigo, sino que le hicieron retroceder. En este crítico momento cargó Abindarraez con toda la caballeria, y con tanto efecto, que tuvieron lugar los capitanes moros y españoles de reunir sus haces y conducir las de nuevo á la pelea.

Así volvió á encenderse el combate, haciendo unos y otros esfuerzos increíbles por ganar el ascendiente. En esta ocasion hicieron los doce pares cosas dignas de memoria, y pelearon con un valor que merecia mejor fortuna. Oliveros, siempre en lo mas espeso

de la batalla, hacia no menos estrago en los moros y españoles, que el segador cuando derriba la mies madura: Gaiferos y Reinaldos seguian sus pasos, y ayudaban sus esfuerzos: Roldan, en cuyo brazo relampagueaba Durindana, infundia, donde quiera que llegaba, el terror y el espanto; y entretanto, Gerardo de Rosellon, abrazado al estandarte, miraba con aspecto sereno los horrores y peligros de aquella sangrienta lucha. En fin, todos ellos acreditaron bien la fama que tenian de valientes; pero no fue de ningun provecho su valor; porque á breve rato se oyó sonar la corneta de Roldan, intimando la retirada, á cuya señal empezaron los franceses á replegarse sobre los puestos que habian ocupado al principio. Bernardo, aprovechando esta ocasion con que la fortuna parecia brindarle, avanzó con un cuerpo de tropa escogida, y dió con ímpetu y vigor en los últimos escuadrones del enemigo, cuyos caudillos ya solo trataban de cubrir la retirada de sus tropas. Estas, hostigadas por los españoles, entre los cuales iba de los primeros el anciano pastor esgrimiendo su nudoso roble, apelaron en breve á la fuga, y dieron á huir por aquellos campos como ovejas perseguidas por el lobo.

Roldan, de la misma suerte que un Leon acosado por los cazadores, revolvía de cuando en cuando, hacia morder la tierra á seis ú ocho, y proseguía su retirada; pero al fin, fue alcanzado por Bernardo que le tiró la lanza, y le arrancó parte del coselete. “Temerario! gritó el héroe francés, volviendo como vívora pisada, yo soy Roldan!” “Yo soy Bernardo del Carpio!” replicó el Bastardo, y cerrando uno con

otro los dos guerreros, trabaron entre sí una pelea tan reñida, que mirándola los soldados de ambas partes, suspendieron sus propias contiendas; y por ser espectadores, dejaron de ser enemigos.

Con el ruido de las fieras cuchilladas que se daban parecia el campo una herrería, y tal era la viveza con que menudeaban los golpes, que la vista mas aguda no era capaz de seguir el movimiento de las armas. Veíase salir de las espadas centellas, y volar por el aire plumas, galas y pedrería; pero tan fina y bien acerada era la armadura de entrambos caballeros, que aun despues de pelear buen rato ninguno se hallaba con herida. Al fin, la suerte se declaró en fávör de Bernardo, pues alcanzando éste á su enemigo en la parte donde tenia falseado el coselete, le hirió gravemente, y por primera vez se vió correr la sangre de Roldan, tenido por invulnerable. Admirado y enfurecido el paladin, al mirarse ensangrentado, suelta la espada, y aferrando con ambas manos su enorme hacha, la levanta en alto en ademan de hendir á su contrario hasta la ciuta. Pero Bernardo, aprovechando el momento en que Roldan tiene las manos levantadas para descargar el golpe, le dirige la espada por debajo de un brazo, y se la clava hasta la guarnicion.

En tan riguroso trance probó Roldan á tocar su corneta, y se la llevó á la boca, mas no la pudo hacer sonar, porque de todo punto le habian faltado las fuerzas y el aliento, y ninguno osó acudir á su socorro. Reculando algunos pasos, cayó al pie de una peña; un sudor frio le cubrió la frente, se le ofuscó la vista, y tras de un profundo suspiro voló su alma

á reunirse con su Criador. ¡ Así se eclipsó la gloria de la cristiandad, la honra de los franceses, la flor de la Caballería !

Bernardo, que le veía muerto, permaneció un rato contemplándole con una mezcla de admiracion y respeto. “ ¡ Ved aquí se decia, al príncipe de las batallas, al vencedor de gigantes, al espejo de los caballeros ! ¡ Estas manos, ahora frias, son las que daban los fuertes golpes, y despedazaban los mas finos yelmos y arneses ; y esos ojos, cubiertos ya de una noche eterna, son los mismos que poco ha ponian pavor al mas valiente con solo una mirada ! ” Cogiendo luego la espada de Roldan, dijo : “ Oh Durindana insigne ! espada de gran valor, y la mejor que nunca fue forjada ! á cuántos no has hecho temblar ! cuánta sangre no has derramado ! Mia eres, prenda preciosa, mas no soy digno de empuñarte ; y pues no te merezco yo, quiero hacer de modo que no te goce otro dueño. ” Diciendo esto, la tomó con ambas manos, y dió con ella en la peña tantos y tan fieros golpes, que abrió á esta hasta el suelo, sin que en la espada hubiese mella : tal era la finura de su temple. Y viendo que no la podia quebrar, dió con ella de punta en el peñasco con tal pujanza, que (segun cuentan las historias) la envainó toda en la piedra viva.

En esto, quedaba todo el valle libre de enemigos ; habia cesado el estruendo de las armas, y reinaba en el campo de batalla un medroso silencio, interrumpido tan solo por los agudos lamentos de los heridos, y el profundo gemir de los moribundos. Los destrozos de cuarenta mil hombres estaban esparcidos en

aquellas llanuras, y no se veia por cualquier parte sino muertos hacinados sobre muertos, vencedores que yacian mezclados con los vencidos, cuerpos mutilados, banderas y armas destrozadas.

La pérdida de Roldan no fue la única de consideracion que sufrieron los franceses en aquella jornada azarosa. Oliveros, despues de un combate porfiado, murió á manos de Abindarraez; Reynaldos de Montalban rindió la vida á los pies de Aben Alamar; en fin, todos los doce pares perecieron aquel dia tan funesto para las armas imperiales. La Francia se cubrió de luto, y el dolor y la desesperacion, se opoderaron de Carlomagno con la noticia de un suceso tan desastroso.

Tal fue la batalla de Roncesvalles, y tan señalado el triunfo que alcanzaron las armas españolas y sarracenas, bajo la conducta de Bernardo, cuyo nombre era ya la gloria de su patria.

Recogidos los despojos, y juntos los prisioneros, condujo Bernardo sus tropas al campamento, y tomó sus disposiciones para ponerse al dia siguiente en marcha para Leon.

CAPÍTULO XVII.

Lloraré de mi mal las ocasiones,
Sabrá el mundo la causa por que muero,
Y moriré á lo menos consolado.

Vuelto Bernardo al real, y recogidos los despojos de la batalla, se hizo muestra de los prisioneros; y entre ellos fue hallado Gerardo, duque de Rosellon, á quien hemos ya citado. Este ilustre caballero, aunque de una edad bastante avanzada, no habia temido esponerse á las fatigas de la guerra, y siguiendo, en la pasada empresa, las banderas de su Soberano, habia perdido la libertad. Con él venia un page ó escudero, que parecia tenerle una aficion particular; pues no se apartaba un punto de su lado: era persona de bello rostro, de figura interesante, y de complexion delicada. Ambos fueron presentados á Bernardo, que los recibió en su tienda con el mayor agasajo, tributando al Duque, por la distincion de su clase, las atenciones mas lisongeras.

Entretanto, unos soldados que habian tenido orden de reconocer el campo, y recoger los heridos, se presentaron en la tienda de Bernardo con un caballero del ejército español, que estaba mortalmente herido, y que, segun despues se supo, habia solicitado se le llevase á la presencia del general. Habiéndose hecho así, mandó Bernardo aliviarle de sus armas, y que le vendasen las heridas. Pero él, sin admitir estos cuidados, é incorporándose cuanto sus pocas

fuerzas le permitian, rogó á Bernardo que le escuchase, y dijo : “ No cuideis, generoso señor del Carpio, de una vida que solo deseo conservar algunos momentos, para haceros una declaracion de que pende el honor de una familia ilustre, y el reposo de mi alma : y plegue á Dios que mi arrepentimiento, aunque tardío, disminuya en algun modo la gravedad de mi delito, y satisfaga, si por ventura aun fuese tiempo, el agravio mas cruel hecho al mas virtuoso de los hombres.” Lanzando entonces un profundo suspiro, prosiguió así con voz doliente y moribunda. “ Tenia yo, en un tiempo, un amigo que me honraba con toda su confianza ; y este tenia una esposa que constituía toda su felicidad ; pues en virtud y belleza ella era el Fenix de su sexo. Ved ahora el modo indigno con que pagué la amistad de este caballero, y las infernales artes con que logré perder en su concepto á su inocente esposa, de cuya muerte he sido causa.”

Una noche (¡ así hubiera sido la última de mi vida !) y en un banquete, (¡ ojalá se me hubieran vuelto veneno las viandas que probé !) estando varios amigos que eramos, discurrendo sobre el mérito de las mugeres, comenzó Rodrigo Arias de Mendoza (que así se llamaba el caballero á quien tan alevosamente vendí) á hacer el retrato de Elvira, su muger, que poco despues vino á ser víctima de una calumnia atroz, que solo un malvado como yo era capaz de discurrir.

Al llegar aquí el caballero, fue interrumpida su relacion por el page del duque Gerardo, que habia estado escuchando, y que, vencido de un mortal

parasismo, cayó al suelo sin conocimiento. Bernardo y los demas que se hallaban presentes, acudieron luego á socorrerle ; ; pero cual seria la sorpresa de todos ellos cuando, al desabrocharle el vestido, descubrieron en el desmayado page una muger ! El duque de Rosellon, no menos confuso que los demas, aguardaba con impaciencia que volviese en sí la dama, por ser ella sola quien podia esplicar un suceso tan extraño.

Á poco rato tornó en su acuerdo la desfallecida dama, y fijando la vista en el moribundo caballero : “ ¡ Hombre cruel ! dijo, autor de todas mis desdichas ! causa fatal de mis pesares y ruina ! reconoce en mí la víctima de tu proceder inicuo, la infeliz Elvira, la misma que suponias muerta, pero que vive todavia ; si puede llamarse vivir, cuando se vive sin honor. Declara ahora tu nombre, y los artificios que empleaste para inspirar á mi esposo aquellos injustos celos que le cegaron el entendimiento hasta hacerle intentar contra mi vida. Esfuerza el espíritu, y antes que enmudezca la lengua para siempre, procura poner algun medio en tanto mal, en tan enorme estrago.”

“ Si haré, dijo el mal herido caballero ; pues ya que el cielo os ha conservado la vida, á mí me toca restituiros la honra. Yo, señora, soy aquel Gonzalo de Benavides que, si bien os acordais, llegó hace muchos años á Zamora, y se presentó en vuestra casa con cartas de vuestro esposo Rodrigo Arias.

Movido por los encarecimientos con que este habia ponderado vuestro mérito, ofrecí (¡ temerario empeño !) convencerle en vuestra persona, de la livian-

dad de todo el sexo. Con tan perverso designio, os hice las indignas proposiciones que sabeis, y que de vos fueron oidas con el desprecio que se merecian. Quedando así deslucida mi pretension, recurrí á una traicion horrenda, para abusar de la credulidad de Rodrigo Arias. Escusado parece traer á vuestra memoria que la noche anterior á mi salida de Zamora, os envié un cofre grande, suplicando me lo guardaseis solo por aquella noche en vuestra casa, y sin perderlo de vista; por contener efectos de gran valor, que no estaban seguros en mi posada. Accediendo á mis deseos, hicisteis poner el cofre en vuestro mismo cuarto, que era lo propio que yo queria; y bien agena de que estabais favoreciendo, en daño vuestro, la traicion mas negra que jamas fue concebida, dejasteis entrar en vuestro aposento aquel caballo de Troya, que encerraba vuestra ruina; pues no era otro su contenido sino yo mismo, que iba metido en él con el intento que vereis.

Era la media noche, y reinaban en vuestra casa el silencio y la oscuridad; vos estabais recogida, y la ocasion parecia favorable á mi designio. Entonces, abriendo suavemente el cofre, salí de él sin el menor ruido; y hallándome asegurado de que yaciais en un profundo sueño, encendí una pequeña linterna que traia prevenida, y me puse á reconocer vuestro aposento. Noté sus muebles, sus adornos, los cuadros y su asunto: en fin, todo lo observé y encomendé á la memoria, para que sirviese de apoyo á una impostura atroz que debia convencer á vuestro esposo de mi triunfo y vuestra deshonor. No satisfecho con esto (perdonad, señora, mi osadia,) me

acerqué á vuestra cama, y recorriendo con los ojos tanta belleza como yacia allí sepultada en la insensibilidad del sueño, ví que teniais en el lado izquierdo un lunar ; cuya señal, y este brazaletes que os robé al mismo tiempo, sirvieron despues en gran manera á confirmar el inícuo testimonio que os levanté, y que mi corazon ha llorado con lágrimas de sangre. Prevenido de estas noticias, volví á entrar en el cofre, cerrándole por dentro con un resorte que tenia ; y estuve en él esperando que á la mañana siguiente viniesen á retirarlo, como en efecto se verificó.

En fin, Rodrigo Arias, no pudiendo creer sino que habiais roto el vínculo de la fidelidad, y teniendo por cierta su desgracia, se confesó vencido, y me entregó este diamante, que, segun estaba pactado, habia de ser el galardón de tan infame vencimiento. He aquí esa joya funesta, y juntamente el brazaletes ;” y habiendo entregado á Elvira ambas prendas, prosiguió su relacion. “ Lleno de asombro, y muerto de dolor, se alejó de mí vuestro esposo, y desapareció sin dejar el menor rastro del rumbo que tomó. Posteriormente llegué á entender que, arrebatado por la furia de los celos, habia vengado en vuestra inocente vida su imaginada afrenta. Desde entonces, atormentado por los remordimientos de mi conciencia, y perdida la paz del alma, he vivido sin gusto, y sin disfrutar un momento de sosiego.

Creyendo hallar en la guerra el remedio de la pena que me consumia, y resuelto, cuando no, á morir peleando, por espiar en cierto modo mi delito, ofrecí al Rey mis servicios en esta campaña, y siguiendo hasta aquí sus banderas, he llegado á ver cumplidos

mis deseos, porque siento ya sobre mí la helada mano de la muerte ; la llama vital va estinguiéndose por momentos ; llegó mi postrimera hora ; y plegue al cielo que mi muerte..... que mi arrepentimiento.....” Aquí le faltó la voz al desgraciado caballero ; y naturaleza habiendo hecho el último esfuerzo, sucumbió á aquella imperiosa ley que no distingue entre príncipes y pastores, y alcanza así al poderoso como al débil.

Concluida la confesion de Benavides, vino á ser Elvira el objeto de la atencion y curiosidad de todos los presentes. Los infortunios de esta dama les habian inspirado el interés mas vivo ; y así Bernardo como el Duque, manifestaron el deseo que tenian de saber los sucesos posteriores de su vida. Accediendo, pues, á esta peticion, prosiguió Elvira su historia en los términos siguientes.

“ Pocos dias despues de haber salido de Zamora Gonzalo de Benavides recibí de mi esposo una carta que me trajo un soldado que le seguia en el egército. Á consecuencia de lo que en ella se me prevenia, partí sin dilacion para reunirme á él, llevando en mi compañía á Mendo (que así se llamaba el portador de la carta,) y fiando de él la proteccion de mi persona. Dos jornadas habiamos hecho, y empezabamos á entrar en un pais montuoso y solitario, cuando noté en la conducta de Mendo una mudanza que no dejó de inspirarme algun recelo. El silencio que guardaba, su distraccion, y las miradas misteriosas que de cuando en cuando volvía sobre mí, me parecieron fuertes indicios de una intencion siniestra : “ Mendo, dije, ¿ qué tienes ? qué te sucede, que me miras y no me

hablas?" Pero él, sin pronunciar palabra, me respondia suspirando. Creyendo, al fin, descubrir su pensamiento, le pregunté si habiamos errado el camino, y en este caso, propuse volver atras para buscarlo.

"¡ Volver! dijo Mendo, no hay que pensar en eso."

—" Pues pasemos adelante."

—" Tampoco puede ser."

—" ¿ Pues qué haremos?"

" No lo sé" dijo Mendo ; y despues de una breve pausa, añadió : " Si supierais, señora, lo que pasa, lástima tendriais de mí, como del hombre mas infeliz y desgraciado que sustenta la tierra."

" ¿ Qué quieres decirme? le respondí; qué intentas? ea, camina ya, y llévame á la presencia de mi esposo."

" ¡ Ay señora! repuso Mendo, él no quiere sino que os lleve á....."

—" Á dónde?"

—" Á morir."

" Villano! exclamé, no pienses encubrir tus criminales proyectos imputando á tu señor tan inicuo pensamiento; teme su venganza, teme la justicia divina, y vuelve á tu deber."

Mendo, entonces, sacando un bolsillo lleno de oro, y una daga, que bien conocí pertenecia á mi marido, dijo con tono solemne: " ¿ Veis estos dos objetos? pues sabed que entrambos me los entregó Rodrigo Arias; el oro para mí, el hierro para vos."

Estas terribles palabras hirieron, cual trueno, mis oidos; y fue maravilla no acabaran conmigo en aquel punto la sorpresa y el dolor que me causaron.

" ¡ Justo Dios! dije, qué demencia se apoderó de mi

marido, que quiere ejecutar conmigo una crueldad tan grande! en qué le pude ofender! qué culpa será la mia!” Dirigiéndome luego á Mendo, le supliqué una y muchas veces me declarase, si podia, el delito que se me imputaba; y al fin, llegué á comprender los injustos motivos que tenia Rodrigo Arias para tan riguroso proceder, y el error en que vivia.

Á todo esto, Mendo, pensativo é irresoluto, luchaba, al parecer, consigo mismo, y vacilaba entre la palabra dada y su conciencia. “Y tú, le dije entonces, tendrias valor para ejecutar tan cruel mandato! si así lo resuelves, apresurate, é hiere, no sea que me mate el dolor antes que llegue el golpe de esa daga.”

“Primero bañaré mil veces en mi propia sangre esta arma impía, dijo Mendo (arrojando lejos el puñal,) que tal haga, ni consienta. El cielo, al fin, me ha abierto los ojos para ver vuestra inocencia, y me sugiere un medio con que libraros de la furia de un esposo á quien un error ha quitado el uso de la razon. Alejaos, señora, de este pais, porque el destierro es, por ahora, vuestro único recurso, y dejad á mi cuidado el persuadir á Rodrigo Arias de vuestra muerte, que lo haré con tales señas y noticias, que no le dejen formar sospecha alguna de la verdad! Entonces, exigiéndome palabra de no volver á Zamora, ni á parte alguna donde fuese conocida, me obligó Mendo á tomar una porcion del oro que tenia, se quedó con un velo que yo llevaba, diciendo que lo habia menester, y se despidió de mí con las mas sinceras demostraciones de interés por mi suerte. No pudiendo corresponder de otro modo al generoso proceder

de este criado, pedí al cielo le colmase de bendiciones, y me alejé de allí, sola, y sin conocimiento del camino, para ocultarme donde no se supiera de mí hasta tanto que el tiempo, con el favor divino, hiciese resplandecer mi inocencia.

Sin determinarme á fijar mi residencia en parte alguna, recorrí varias provincias, visité muchas tierras; y en tan larga y triste peregrinacion gasté por lo ménos diez y ocho años, los mejores de mi vida. Por fin llegué á los vecinos reinos de Francia, y fue á la sazón en que empezaban á entrar en España las tropas de Carlomagno; y fuese el ardiente deseo que tenia ya de volver á mi patria y á mi esposo, ó fuese una inspiracion del cielo, determiné seguir el ejército francés, y regresar con él á Castilla. Con este pensamiento, y disfrazada en traje de hombre para mi mayor seguridad, me presenté á vos, ilustre Rosellon, y os ofrecí mis servicios en calidad de page, y bajo vuestra proteccion y amparo he llegado hasta aquí, donde el peregrino suceso que acaba de ocurrir, parece anunciar el término de mis trabajos.”

“Lo demas, dijo Bernardo, dejadlo, señora, por mi cuenta; porque en mí teneis un piloto que sabrá conducir la combatida nave de vuestra fortuna á un puerto de paz y seguridad.”

Así terminaron los sucesos de este dia, en que el venturoso Bastardo, bajo la proteccion especial del cielo, halló ocasion no solo de cubrirse de gloria como soldado, sino de cumplir una de las obligaciones que le imponia su profesion de caballero.

CAPÍTULO XVIII.

Amaina, barquilla, amaina,
Recoge las velas presto ;
Que ya se descubre tierra,
É ya llegamos al puerto.
Y no vuelvas mas, barquilla,
Del mar al mudable seno,
Do son inciertas las glorias,
Y son los peligros ciertos.

El triunfo de las armas españolas en los campos de Roncesvalles habia terminado la guerra con la Francia: los estados de Castilla quedaban libres de una invasion que amenazaba su independendencia; y logrados felizmente estos importantes objetos, se hallaba Bernardo con derecho de reclamar la libertad de su padre, el Conde; la cual, segun quedó convenido con el Rey, habia de ser el premio de la victoria. En tal estado, y con el ansia de volver cuanto antes á la vista de las dos personas que mas le interesaban en el mundo (el conde de Saldaña y Edelfrida,) no perdió aquel un instante en poner sus tropas en movimiento, y el dia despues de la batalla, ya estaba el egército marchando alegremente la vuelta de Leon.

Trasladada la corte á esta capital, supo allí don Alfonso el próspero suceso de sus armas; y determinando honrar á los vencedores, se adelantó, para recibirlos, hasta el castillo de Luna, donde llegó con una comitiva brillante al mismo tiempo que dió vista

á esta fortaleza el egército castellano. Ya desde lejos habia divisado Bernardo el estandarte real, que tremolaba sobre aquellos antiguos torreones, indicando la presencia del Monarca; y viendo, al acercarse mas, coronadas las almenas de damas y caballeros, cuyos magníficos atavíos hacian un contraste singular con el aspecto sombrío y serio del castillo, se apresuró á llegar allá para poner sus laureles á los pies de don Alfonso. Separándose, pues, del egército, pasó adelante con el duque de Rosellon, con el anciano pastor, que tanto habia trabajado en la jornada de Roncesvalles, con Elvira, y algunos de los capitanes principales.

Entre vivas y aclamaciones, y con sonido de músicos instrumentos, llegó Bernardo á la real presencia, oscureciendo con los rayos de su gloria la magestad del Soberano, y arrebatando la admiracion de todos por la nobleza de su semblante, y por la gravedad y gracia de sus modales. Don Alfonso le recibió con demostraciones particulares de favor, y le tributó, complacido, los elogios mas lisongeros. El venturoso Bernardo, lejos de arrogarse todo el mérito del pasado suceso, llamó la atencion del Rey hácia los que mas se habian distinguido en él por su valor y bizarría; y presentándole el anciano pastor, le refirió el peregrino modo con que éste habia estorbado la fuga del egército. Fijó en él la vista don Alfonso, y con admiracion y disgusto reconoció al conde Fernan Ramirez.

Conviene, antes de pasar adelante, explicar porque casualidad se halló el Conde en la batalla de Roncesvalles, donde tan buena cuenta habia dado de su

persona. Ya se ha visto que Edelfrida, temiendo los efectos del enojo que el Rey habia concebido contra este caballero, le envió un mensagero, avisándole de su peligro, y aconsejándole que huyese. Recibido por el Conde este aviso, y no quedándole otro partido, apeló á la fuga, y despues de ocultarse por algun tiempo, se dirigió á la frontera, con el propósito de buscar un asilo en Francia. Pero aun no habia salido del suelo patrio, cuando oyó en los campos de Roncesvalles el rumor de las armas, y el estruendo de la batalla que estaba ya trabada entre castellanos y franceses. No pudiendo escusar la ocasion que se le presentaba de prestar todavia un servicio á la pátria, acudió allá, sin mas armas que una gruesa raina que desgajó de una encina, y llegó precisamente á la sazón en que las tropas castellanas retrocedian en desórden. El Conde apostándose en el paso angosto por donde huía el egército, hizo las proezas que quedan referidas, y que fuera ocioso repetir. Hábiale reconocido desde luego Bernardo en aquella ocasion, pero se abstuvo de declarar quien era, pareciéndole seria coyuntura mas favorable cuando llegasen á la presencia del Soberano. Por lo demas, la tardanza del mensagero de Edelfrida en dar la vuelta, y la incertidumbre que de aquí se siguió en cuanto á la suerte del Conde, provino de haber dado aquel una caida con su caballo que le detuvo muchos dias.

Volvamos ahora á don Alfonso, el cual, habiendo reconocido al conde Fernan Ramirez, permaneció un rato turbado é indeciso, mirando ya al Conde, ya á Alvar Fañez, que se hallaba presente, y cuyo

semblante padecia una alteracion visible. Rompiendo, al fin, el silencio dijo: "Conde, gustoso partiera yo mi corona con él que me certificara de tu inocencia. Pero sea como fuere, yo te perdono: alza del suelo y vive."

"Señor, dijo el Conde, no ha de ser de esa suerte; que yo no estoy aquí para implorar vuestra clemencia, sino para pedir justicia: mis hechos jamas han desmentido mi lealtad."

"¿Y tu correspondencia con el enemigo, á quien años atras diste entrada en mis estados?" replicó el Rey.

"¿Y la traicion, añadió Alvar Fañez, que manifiestan las cartas del general frances, dirigidas á vos y halladas en vuestro poder?"

"Algun traidor como tú, dijo Fernan Ramirez, las habrá forjado: son falsas."

"Y para prueba de ello, dijo Bernardo al Rey (presentándole el duque de Rosellon, y descubriendo el nombre y calidad de este caballero) aquí tiene Vuestra Alteza al mismo general frances con quien se supone que el conde Fernan Ramirez estaba de inteligencia, y cuyo nombre figura en las cartas que se citan: él dirá la verdad, oid su testimonio."

El duque de Rosellon era, en efecto, el caudillo que en otra ocasion hizo, como queda referido, una entrada por los estados de Castilla, despues de corromper con el oro al general español que mandaba en la frontera. Llamado ahora á justificar al conde Fernan Ramirez, procedió á manifestar la inocencia de este Ministro, negando con dignidad y firmeza haber escrito las cartas que se le atribuian, y ase-

gurando á fe de caballero que jamas habia tenido con el Conde ningun género de inteligencia ni relaciones.

Una declaracion semejante por una persona de tan alto carácter como el Duque, era para todos una evidencia de la lealtad de Fernan Ramirez; y cuando esto no fuera bastante, el silencio y confusion de Alvar Fañez, que no acertaba á defenderse, los acabara de convencer. El Rey, mirando á este último con semblante airado, dijo; "Maravillado estoy, Alvar Fañez, de tí y de mí mismo; de tí, por tu ingratitud y perfidia, y de mí por haber puesto mi confianza en un hombre tan indigno de ella." Adelantándose entonces Abindarraez, que tambien se hallaba presente, denunció á Alvar Fañez como cómplice de don Bueso, en el alevoso atentado que este habia cometido contra la Real persona al tiempo que caminaba don Alfonso para san Esteban de Gormaz; y manifestando las proposiciones que se le habian hecho por conducto del primero para inducirle á participar en aquella infamia, ofreció probar su acusacion, bien fuese con documentos ó escritos suficientes, ó bien con las armas en el campo.

Las circunstancias de este suceso, y singularmente la de haberse ausentado entonces Alvar Fañez un momento antes que estallase la traicion, se agolparon ahora en el ánimo de don Alfonso, y le hicieron ver bajo su verdadero aspecto el carácter criminal y alevoso de su privado. "¿Esto mas?" dijo el Rey, encendido en cólera, "y esto ha podido ser reinando yo en Castilla? Ola, guardias, llevad de aquí á ese malvado, y tenedle en prision estrecha mientras dispongo su castigo."

Esta orden fue al punto obedecida, y don Alfonso, con perder de vista á Alvar Fañez, recobró su acostumbrada serenidad. Bernardo, entonces se atrevió á recordarle su promesa, y á pedirle la libertad del Conde. “Tranquilízate, Bernardo, le dijo el Rey, que para entregarte tu padre vine aquí; pero antes quiero que tengas otro placer, que acaso no esperabas.” Al decir esto, hizo una seña, y abriéndose de par en par las puertas de la sala, vióse entrar en ella á la Infanta doña Jimena, adornada de magníficas vestiduras, y acompañada de Edelfrida. “Bernardo, dijo el Rey, abraza ahora á tu madre, y recibe su bendicion.” Alegre y presuroso, fue nuestro héroe á echarse á los pies de la Infanta; pero ella le acogió en sus brazos con todas las demostraciones de un tierno y maternal afecto. Pasado este movimiento de alegría, dijo la Infanta á Bernardo: “¿y tú, hijo, tú que hoy das la libertad á un padre preso, y á la patria un dia de gloria, ninguna cosa pides para tí? habla, y mira si te queda algun deseo por cumplir, pues por el cetro del Rey, mi hermano, que la merced que me pidieres te sca al punto otorgada.” Bernardo, entonces, volviendo una mirada sobre Edelfrida, como para cerciorarse de su voluntad, declaró á la Infanta el amor que tenia á esta dama, y pidió en premio de sus servicios que se le hiciese dueño de su mano. “Dásela, dijo la Infanta á Edelfrida; y tú, Bernardo, cuida de honrar y estimar á esta dama como si fuera una de las ricas hembras de Castilla; pues á la que le sobran virtudes, nunca faltó la nobleza.” Con rubor, pero de buen talante, dió la hermosa Edelfrida su mano al

enamorado Bernardo, que imprimió en ella con sus lábios el sello de tan feliz contrato.

En tal estado de cosas fue admitido á la Real presencia uno que en el trage parecia religioso, y que dirigiendo la palabra al Rey, pidió su permiso para descubrir un secreto que importaba á una persona principal. En el metal de voz, en las facciones y en el hábito dél que hablaba, creyó el conde Fernan Ramirez reconocer al ermitaño; y un momento despues, Elvira, que tambien se hallaba en aquel concurso, y le habia estado mirando con atencion, conoció, sin que le quedase duda, á su esposo Rodrigo Arias; pero ambos disimularon su agitacion y sorpresa para oir lo que diria. Pasando al asunto de su venida, manifestó Rodrigo Arias, que la dama á quien se conocia en la corte por el nombre de Edelfrida, y como hija de un labrador del lugar de Mansilla, no era sino hija del conde Fernan Ramirez, cuya esposa habia espirado pocos momentos despues de dar al mundo esta criatura. Y para confirmar esta verdad, prosiguió diciendo; “que en el egercicio de su ministerio habia asistido pocos dias antes, en sus últimos momentos, á la viuda del citado labrador, llamada Anarda, que esta le confesó, en el trance de la muerte, haber engañado á la Infanta doña Jimena y al conde Fernan Ramirez; á este, haciéndole creer que su hija, de cuya crianza se habia ella encargado, era muerta; y á la Infanta con llamarse madre de esta niña, actualmente Edelfrida, al tiempo que su Alteza la pidió para llevársela á la corte; y finalmente que los motivos de Anarda para este doble engaño, fueron el deseo de

asegurar las ventajas que pudieran resultarle de tener á Edelfrida como hija suya al servicio de doña Jimena.”

Aun no habia acabado de hablar él de Mendoza, cuando estaban padre é hija en brazos uno de otro. El placer que entrambos experimentarían con este reconocimiento se deja á la consideracion de los que conocen el corazon humano. Bernardo, en este intermedio, habia hablado algo en secreto con el Rey, el cual en su consecuencia, volvió á Rodrigo Arias, y le preguntó quien era. Bien hubiera querido este caballero escusar la respuesta, y no darse á conocer, pero á las instancias de un Monarca no era posible resistir, y al fin manifestó su nombre y su calidad.

“Ahora bien, dijo el Rey, yo sé, Rodrigo Arias, que te casaste con una dama de Zamora: ¿tu esposa Elvira qué se hizo? dónde queda?”

Si un rayo hubiese caido á los pies de Rodrigo Arias en aquel punto, no hubieran sido mas su asombro y confusion. Las circunstancias del rigor que habia usado con su muger se le representaron en toda su viveza, y parecióle que era llegado el terrible momento de retribucion que el cielo reserva para los delincuentes. En tan amargo conflicto apenas acertó á decir que su esposa habia muerto.

“¿Cómo, y cuando?” repuso don Alfonso.

Aquí le faltaron á Mendoza todos los recursos; y confesándolo todo tuvo por bien echarse á los pies del Soberano para implorar su clemencia.

“¡Desdichado! dijo don Alfonso (poniéndole á Elvira delante) alza los ojos, y mira el juez á quien

remito tu sentencia; y por el solio de mis abuelos que el fallo que ella diere, ese mismo se cumplirá.”

No de otra suerte quedó Rodrigo Arias, al mirar á su esposa, que el homicida á quien se aparece la sombra de su víctima. Sobrecojido de terror, apenas se atrevió á hablarle. Pero ella, con palabras consoladoras, procuró serenar su ánimo; é informándole de la traicion de Benavides, vindicó su honor, apoyada en el testimonio del duque de Rosellon, y de Bernardo, y demostró hasta la evidencia la rectitud de su conducta. Por último, le enseñó el diamante y el brazalete, y tendiéndole los brazos, dijo: “tu error Rodrigo Arias, procedió de un entendimiento ofuscado, no de un corazon perverso: olvidemos lo pasado, y enlazando nuestras almas con los vínculos del amor y la confianza, volvamos á nuestra union antigua, para nunca mas separarnos.” La vergüenza, el regocijo, y un cúmulo de sensaciones diversas tenian á Rodrigo Arias en tal estado, que por de pronto hubieron de espresar sus miradas lo que no podia decir la lengua. Pero despues, correspondiendo á la ternura de su esposa, la estrechó contra su seno con lágrimas de alegría.

Los variados eventos de este dia, sucediéndose rápidamente, habian dilatado hasta aquí el cumplimiento del ardiente deseo que tenia Bernardo de ver en libertad á su padre, el conde de Saldaña, el cual permanecia aun en su prision, porque habia determinado el Rey que solo el hijo de este desgraciado caballero tuviese la satisfaccion y honor de sacarle de ella. Llegó, al fin, el venturoso momento que con tanta impaciencia habia esperado el cora-

zon filial de Bernardo, y bajaron todos á las bóvedas del castillo, donde yacia el buen Conde en solitario y triste encierro.

El primero que entró en su lóbrego aposento fue Bernardo, diciendo alborozado, “¡ó padre mio querido! ó buen señor de Saldaña! llegado es, al fin, el término de vuestros males. Ved aquí al Rey, que viene á restituiros el honor y la libertad; ved tambien á doña Jimena, ya desde hoy legítima esposa vuestra, y en fin, á vuestro hijo Bernardo, que os pide la bendicion.”

“¡ Mi libertad! el Rey! doña Jimena! (esclamó el Conde) ¿qué dices hijo amado? tanta dicha me tenia guardada el cielo! Pero hay de mi triste! que el corazon me engaña, y cuanto veo y oigo no debe ser mas que una ilusion de mi fantasia.”

“No lo dudes noble Conde, dijo el Rey; desde hoy quedas libre; desde aquí vuelves á mi estimacion y confianza; y porque así lo entiendas, recibe con este abrazo las primicias de mi favor, y con la mano de mi hermana Jimena, la indemnizacion de tantas penas como por mi causa has padecido.”

Animado por estas palabras, reunió el anciano Conde las pocas fuerzas que le quedaban, besó la mano al Rey, tomó la de doña Jimena, volvió á abrazar á Bernardo, y lanzando un profundo suspiro, quedó muerto en los brazos de su hijo: ¡tan fatal suele ser el efecto de una alegría estremada y repentina!

Así falleció el ínclito don Sancho Diaz, conde de Saldaña, cuyo lastimoso fin anegó en lágrimas todos los ojos, y llenó de amargura todos los corazones.

En vista de esta catástrofe, se retiraron todos de tan funesto sitio, y quedó deshecho aquel concurso.

Aquí hace punto nuestra historia ; pues resta solo decir, que trasladada la corte á la capital de Leon, volvió el conde Fernan Ramirez á privar mas que nunca con el Rey, y á dirigir como antes, la nave del estado : la Infanta doña Jimena, prefirió las dulzuras de un retiro decoroso á los honores que le correspondian por su clase : Elvira y Rodrigo Arias, estrechamente unidos, volvieron á ser un egemplo de dos esposos amantes y felices ; y Alvar Fañez desterrado para siempre de Castilla, se fue á llorar en un pais remoto sus maldades y traiciones. En cuanto al duque de Rosellon y Abindarraez, el primero regresó á su patria sin rescate, acompañado y servido de muchos caballeros que le fueron escoltando hasta la raya ; el segundo, rico con los dones y mercedes que se le hicieron, pasó á descansar de las fátigas de la guerra en los brazos de su bella Zayda. Finalmente, habiéndose hecho las exéquias del Conde con la mayor ostentacion y aparato, y pasado un término regular, se celebró el desposorio de Edelfrida con nuestro héroe ; y éste, siguiendo con el mismo ardor en su brillante carrera, dió mas adelante, con sus triunfos, nuevos blasones á las armas del Rey, y nuevas glorias á su patria, la cual recuerda todavía con interés y admiracion las desgracias del conde de Saldaña y los hechos de Bernardo del Carpio, el Bastardo de Castilla.

